

# Rosalía de Castro

## Ruinas

*Novela publicada en  
El Museo Universal*

XUNTA DE GALICIA

Edita: Xunta de Galicia.  
Consellería de Cultura e Turismo

Lugar: Santiago de Compostela

Ano: 2019



Edición electrónica a partir de:

*Ruinas* / Rosalía Castro de Murguía

Madrid, 1866 / Novela publicada en *El Museo Universal*, número 5 ( 5 febreiro 1866)-  
número 16 (22 abril 1866)

Esta obra, seleccionada pola Biblioteca de Galicia para enriquecer a colección de libros electrónicos de Galiciana-Biblioteca Dixital de Galicia, atópase en dominio público, polo que a utilización destes textos é libre e gratuíta.

No proceso de conversión desta obra a formato ePub tentouse respectar na maior medida posible o texto orixinal, por exemplo en todo o relacionado coa ortografía, pero pode atopar modificacións puntuais co obxecto de obter unha mellor lexibilidade e adaptación ao novo formato. Se atopa erros ou anomalías no texto que presentamos, estaremos moi agradecidos se nolo fan saber a través do enderezo electrónico [biblioteca.galiciana@xunta.gal](mailto:biblioteca.galiciana@xunta.gal).

que su conclusion se debe al celo y suma diligencia del entusiasta por las bellas artes, señor don Ambrosio C. Sauto, doctor en farmacia y entendido químico, á quien hay que tributar por ello un justo y merecido elogio.

A. MARTINEZ DEL ROMERO.

## BELLAS ARTES, FOTOGRAFIA COLOREADA.

Una conquista en el dominio de los descubrimientos científicos ó artísticos conduce siempre á otra conquista, por la razon que todo se relaciona en las leyes que constituyen para nosotros los secretos de la naturaleza.

Después del daguerrotipo, primer milagro de la reproducción por medio de la luz, ha venido la fotografía, que es un progreso considerable, sobre el descubrimiento de Daguerre.

Pero la fotografía no es todavía mas que un dibujo. Todos los esfuerzos de los sabios y de los artistas dedicados al adelantamiento de este arte, nacido ayer, y que sin embargo ha alcanzado grande importancia, tienden á conseguir la reproducción de los colores del natural, con sus tonos tan delicados como infinitos.

Muchas veces se ha creído que este difícil problema se habia resuelto; pero cada vez se han presentado nuevos inconvenientes que venian á desbaratar los cálculos fundados sobre una mejoría ilusoria.

Verdad es que varios pintores, iluminando pruebas fotográficas, han podido hacer objetos de arte agradables, pero eso ha sido solo rodear la dificultad, no vencerla.

Cuando se ha querido reemplazar el pincel del artista con un procedimiento mecánico, objeto de incesantes preocupaciones, no se ha obtenido mas que un emplasto de colores crudos, insoportable á la vista y dañoso á la semejanza. Hoy se presenta en la lid, abierta á todos los descubridores, un hombre de talento, un espíritu perseverante, que creeria no haber hecho nada si le quedaba algo por hacer.

Los inventores son gente entusiasta, y no se les debe acriminar de este entusiasmo, porque es la luz viva con la cual alumbran su ingenio y su inteligencia. La crítica tiene mas calma, porque su papel se limita solo á apreciar los trabajos de los inventores. Aunque estamos lejos de creer que Mr. Robert (apellidado del inventor), ha llegado al último punto de lo posible, podemos á lo menos asegurar la excelencia relativa de su ingenioso procedimiento.

En las pruebas que hemos visto de retratos hechos del natural, las carnes son de una transparencia infinita, y recuerdan la manera de los pintores sobre marfil. Todos los tonos de la inmensa gama cromática se encuentran en ellos lo mismo que en la naturaleza, y el color, lejos de dañar á la regularidad de las líneas, las vivifica, contribuyendo así á la semejanza, que no deja después nada que desear.

Los colores y el tejido de los vestidos aparecen con el prestigio de las mas bellas pinturas al óleo, y jamás la dulzura de los reflejos escluye el vigor de los colores principales.

Se ve, pues, por nuestro rápido juicio, que el procedimiento Robert es un descubrimiento y un verdadero progreso, y al consignarlo así, es un justo elogio y una primera recompensa que damos de todo corazón á este modesto é inteligente artista.

Tenemos el gusto de anunciar al público de Madrid, que el artista Mr. Robert, caballero de la orden de Isabel la Católica, inventor del procedimiento del cual nos ocupamos en estas líneas, pertenece como pintor á la casa fotográfica de los señores sucesores de Disdéri, calle del Príncipe, núm. 11.

En la muestra de este establecimiento se ven varios de los retratos pintados por Mr. Robert, en medio de muchas de las pruebas fotográficas que tanto han acreditado dicho establecimiento en esta corte y en el extranjero.

## RUINAS.

No voy á hablar de las ruinas de Roma, que no he visto, y que quisiera ver, ni de las de Pompeya ó Herculano, con que he soñado muchas veces, viengándose así mi imaginación de la mala suerte que no me ha permitido contemplarlas realmente.

Pero aunque así no fuera, ¿qué iria yo á decir sobre esos antiguos y magísticos restos, después que nos han descrito con el lenguaje de la mas bella poesía tantos genios ilustres?

También existen ruinas vivientes que arrastran en pos de sí un mundo de gloriosos y tristes recuerdos, y que aparecen tan aisladas en medio de los hombres nuevos como si bogasen sobre las olas misteriosas de mares desconocidos, ó habitasen en medio de los yerros de la Tehaida.

Respirando una atmósfera propia, que parece rodearle, como una muralla impenetrable á los ojos profanos, habitan un mundo ignorado de todos, y mien-

tras las modernas gentes se rien de su apariencia carcomida y harapos, y de aquellos usos ya perdidos, que ellas guardan cuidadosamente como un precioso tesoro: mientras las personas sensatas y cuerdas, murmuran sin duda con intencion moralizadora, de las rarezas y escentricidades de esos entes que vienen á mezclarse entre ellas como una tela sucia entre sus ropas domingueras, esas pobres ruinas vivientes si guen imperturbables su marcha por el derrotero de la vida, dejando aun después que se han estinguido un eterno recuerdo, que si bien hace asomar comunmente una sonrisa á los labios, conserva en el fondo algo que conmueve dolorosamente el corazón.

Yo voy á hablar de alguna de estas ruinas.

En cierta pequeña, pero hermosísima villa, en la cual desde tiempos antediluvianos toda la gente es de *genio*; en aquella villa, en donde el que allí vejeta, es siempre bautizado con la sangre de su propio martirio, y cuya raza primitiva á juzgar por su característica y singular audacia, que no hubiera desdeñado para alguno de sus golpes de mano el mismo Napoleon Bonaparte, debe ser diferente á no dudarlo del resto de la provincia; allí existian á principios de este siglo, varias ruinas vivientes que vagaban por entre aquella atmósfera densa y caliginosa, como astros errantes y perdidos lejos de su órbita.

La primera de estas ruinas, era una anciana y solterona señora, rama caída de una casa ilustre á quien las adversidades y la mudanza de los tiempos, habian dejado únicamente el recuerdo de sus glorias, sus piedras de armas, y las pocas fanegas de tierra que pueden constituir apenas un vínculo mezquino.

Perecía la noble dama por los alimentos que la correspondian, cuarenta y un reales al mes, una taza de manteca al año, una gallina y un ferrado de lentejas. Ella hubiera podido vivir cómodamente al lado de su hermano mayor, heredero principal que tenia un buen sueldo por el ejército, y que le ofrecia con una bondad y cariño paternales, un lugar preferente en su casa. Pero la noble señora profesaba ciertas ideas de independencia individual que nadie hubiera podido modificar, y que en honor de la verdad conceptuaba amenazadas al lado de una cuñada y varios sobrinos, por lo cual rehusó heroicamente, aunque cariñosa y agradecida, la hospitalidad con que se le brindaba profiriendo su taza de manteca, su gallina, sus cuarenta y un reales al mes y su ferrado de lentejas.

De este modo, sola y á sus anchas, vivía en amable concordia, con un enorme gato verdaderamente aristocrático, gordo, inteligente, pulido, de pelo brillante, de grandes ojazos amarillos, de larga cola, y que se llamaba Florindo.

Gato alguno se ha visto jamás bautizado con un nombre mas armonioso, pero el buen Florindo merecía ser de este modo distinguido, porque segun cuentan las crónicas era una verdadera maravilla en su especie, era todo lo que se dice un gracioso gato que queria mucho á su dueña, y hasta le hacia mimos cuando aquella le daba *chulas*, ó sea huevo frito, á lo que era muy aficionado, aun cuando á decir verdad le agradaba mas una sardina fresca y sin otro adobo que el que habia traído del mar. No era, pues, de estrañar que la noble dama prefiriese aquel amigo fiel á toda otra compañía.

De la amistad íntima con las criaturas de nuestra especie, suelen comunmente sacarse lágrimas y pesares, y todo lo peor que podia acontecerle á la buena señora con el compañero que habia elegido, era recibir algunos arañazos que solia curar con bálsamo reservado y cuidado en un tiesto para el efecto, aun cuando pocas veces tenia que recurrir á él, pues Florindo era el gato mas leal, mas amable y bien educado del mundo.

Como estuviese bien harlo, era todo lo que se dice un mero de paz, dispuesto siempre á cazar moscas y ratones, á hacer cabriolas, y á jugar y volver una maraña el ovillo de la calceta de su dueña, y esta noble anciana, encantada de tantas maravillas, ¿Sábelo Dios! muchas veces pasaba sin comer por darle al animalito.

La segunda ruina, era un comerciante que, poderoso en otros dias, habia ido descendiendo rápidamente á la miseria por sus incesantes prodigalidades, y que mantenido de limosna por un antiguo criado suyo, vivía á la sazón en una especie de ratonera aboarrillada, en donde solia pasar las horas filosofando tranquilamente, como si se hallase todavía en sus salones cubiertos de alfombra y de espejos de Venecia.

El pobre hombre, miserable hasta el último extremo, soñaba todavía con derrochar grandes tesoros, á la manera que el avaro sueña con encerrarlos bajo cien llaves; se imaginaba que sus arcas estaban llenas, y que el pueblo apiñado en torno de su puerta recogia henchido de alegría las monedas y las golosinas que él les arrojaba desde las altas galerías de su hermoso palacio.

En los primeros dias de su miseria, cuando despojado de todo, él, que habia poseído una inmensa fortuna, se vió precisado á aceptar la hospitalidad que le habia ofrecido su criado, no pudiendo persuadirse de que las riquezas le habian cerrado su mina inagotable, cuando veia que algun pobre se acercaba á pedir, que

el niño del labrador no tenia cuartos para llevar á la romería, ó que la lavandera traía la colia rota, sin acordarse de que el oro que tenia delante ya no era suyo, echaba la mano sin recelo y repartía lo que le parecia oportuno para remediar los males del prójimo.

El criado pudo notar bien pronto que sus caudales disminuian, y no tardó en conocer la causa, así acercándose un dia al que habia sido su amo, le dijo con el mayor respeto, salvo el enojo involuntario que hinchiaba sus narices:

—Señor, yo bien quisiera poder poner á su disposición todas las riquezas de cierto hombre de la antigüedad, que segun cuentan se llamaba *Queso* y era el mas poderoso que se ha conocido, mas empiézo mi vida todavía todo lo he ganado y lo gano á costa de mi sudor, y por eso le tomo á cuanto poseo un cariño paternal. Sí, señor; quiero al último clavo que hay en mi casa, y me duele desperdiciarlo, cuando pienso que solo á costa de mi trabajo lo he comprado y he podido poner una llave á mi puerta para guardarlo y decir sin miedo: «clavo, eres mío.» Así, señor, usted sabe muy bien que mi fortuna tuvo principio á su lado...

—Y tanto que lo sé!

—Y que por lo mismo, me creo en el deber de poner cuanto tengo á su disposición.

—Es justo.

—Pero entendámonos; usted no es el vecino, ni la lavandera, ni el hijo del carretero, que quiere rosquillas, cuando puede llenar el vientre con *borona* y con cerezas.

—Y si se los dan con pichones, pasteles y confites como el mas pintado, porque tiene boca y paladar como los demás y un magnífico apetito que muchos envidiarían. ¿Pero á dónde vas á parar con lo de *Queso*, el clavo y el hijo del carretero?

—Voy á parar, señor, y usted me perdonará tanta franqueza, á que si el hijo del carretero quiere pasteles y rosquillas que los coma en buen hora hasta reventar, pero no con mi dinero.

—¡Ah!!! ¿Como que me habia olvidado de que *era* tu dinero! Te advertiré, pues, que sino quieres que el hijo del carretero coma confites echas la llave á tu dinero, porque si así no lo haces, en verdad te digo que me olvidaré de que *es* tuyo. ¿Y hé aquí cómo te vas haciendo avaro! ¿No sabes, Juan, que has de morir? ¿Y entonces te llevarás tu fortuna dentro de la mortaja? No, tonto, que se lo comerán tus herederos, á hurtadillas, como el gato come lo que ha robado, y llaurán después á sus perros para que aprovechen las migajitas por temor á que el pobre que muere de hambre á su puerta, pueda llevarse alguna.

El criado, que no pensaba del mismo modo que el que fuera su amo, echó desde aquel dia la llave á sus cajones, mientras don Braulio resignado con su suerte proseguía aconsejando á todo el mundo, que se apresurasen á quitar el dinero de las gabetas y á emplearlo tan generosamente como él lo habia empleado, pues en esto consistia el verdadero placer del hombre y la verdadera filosofía.

—¿Para andar mendigando como usted anda ahora? le respondian.

—Y no me arrepiento, contestaba sereno é impasible. ¿Querrias acaso que me dejase sorprender por la muerte en medio de las riquezas? Seria ciertamente un chasco del diablo. Nada de eso. Es preciso aprovecharse de los buenos dias que Dios nos da, y gozar plenamente de las riquezas en el vigor de la juventud cuando el corazón es susceptible de todas las acciones generosas y de las emociones mas veementes que produce el hacer bien. Repartir entonces lo que tenemos con los que nada tienen, dar de beber al sediento, dar de comer al hambriento, vestir al desnudo, hacer pasar, en fin, algunos momentos de felicidad á los desgraciados que arrastran una vida de privaciones y tormentos, hé aquí la gran misión del rico en sus buenos dias, cuando el cuerpo lleno de salud y de vigor, y ardoroso el espíritu, no desconfía nunca ni de Dios ni del porvenir. Yo creo haber hecho todo esto con tiempo y oportunidad, y espero tranquilo y resignado la muerte. ¿Y tú, avaro, que escondes tus tesoros en las entrañas de la tierra, gritaba entonces con voz estentórea, tú aguardas la muerte con la misma serenidad que yo? ¿qué has de aguardar! La temes como á un ladrón que te lo ha de arrebatar todo, hasta el pellejo. ¡Viva, pues, Braulio que ha gastado cuanto tenia entre sus hermanos, y que no teme á la tumba, á semejanza de los picaros que todo lo han ambicionado para sí. Dios es su juez, y Dios le salvará.

—Sí, «fiate en Dios y no corras,» le respondian con socarronería. Si no fuera por su antiguo criado, se parecería usted al que, habiéndose tumbado al raso, esperando en que la providencia que mantiene á los pájaros le mantendría á él, sintió después de largas horas de confianza que una paloma se le habia ensuciado en la boca.

—¡Pobrecillos aquellos que no tienen fe! replicaba don Braulio. La providencia no cuida de los olgazaneros, pero vela de continuo sobre el que alza su corazón á Dios, esperando ser salvo. Sabed que si mi criado no fuera, mi criado que cumple con un deber de conciencia, tendiendo ahora la mano, á quien en otro tiempo se la ha tendido, no me hubieran negado un pedazo de



Muralla de lienzo y engrudo: modelo tradicional.



Corbata de escalera á abajo.



Balcon de suela á que se asomaban nuestros padres.



Tirilla de cola de pato: recomendable por la dignidad que presta al individuo.



Corbatin que trasforma al hombre en autómeta.



Cuello que acaricia la astucia.

pan, en cada puerta, así como yo no lo he negado á los que se han acrecido á la mia.—Dios es siempre justo.

Tal era don Braulio, noble ruina que habia gastado su inmensa fortuna con aquel pueblo miserable que ahora se reía de su miseria, pues si bien es infalible, que Dios es infinitamente misericordioso, no puede negarse que el hombre es el ser mas ingrato de todos los seres.

La tercera ruina era un jóven alto, delgado, rubio

como el oro, de nariz acaballada como el hidalgo de la Mancha, de cabellera blanca y de barba luenga y rizada á lo antiguo trovador. Pudiera decirse un caballero del siglo XVII, arrancado de su tumba. Habitaba con su madre, ya anciana, una miserable barraca á orillas del rio, y descendia en linea recta de una de las principales familias de aquellos contornos. Se murmuraba muy recio que le habia sido injustamente arrebatada la fortuna que debia heredar de su padre, y mientras vivia sumido en la indigencia, al lado de su anciana

madre, veia levantarse á lo lejos hermosa y risueña entre los bosques y las praderas que la circundaban al casa de sus antepasados que habitaban, sus infames usurpadores, cuanto ricos, vanos, torpes y llenos de un necio orgullo, que hacia mirasen á su pobre pariente por encima del hombro, cuando pasaban á su lado.

(Se continuará).

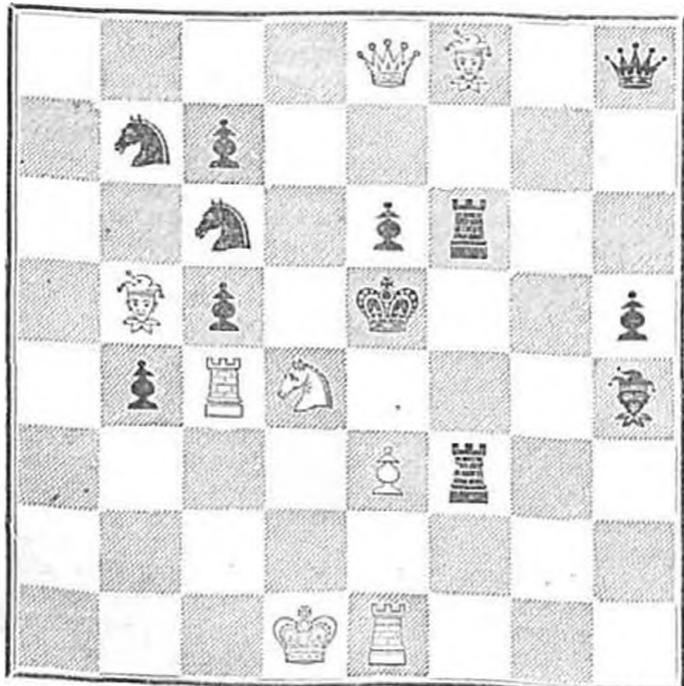
ROSALÍA CASTRO DE MURGÍA.

JUEGO DEL AJEDREZ.

PROBLEMA NUM. 46.

COMPUESTO POR DON M. ZAMORA (DE ALMERIA).

NEGROS.



BLANCOS.

LOS BLANCOS DAN MATE EN TRES JUGADAS.

SOLUCION DEL PROBLEMA NUM. XXIII.

Blancos.

Negros.

- 1.ª DSTR.
- 2.ª D1T
- 3.ª C4D
- 4.ª R5TD
- 5.ª C5CD jaq. mate.

- 1.ª T1A jaq.
- 2.ª A1D
- 3.ª P7AR
- 4.ª Libre.

Soluciones exactas.—Señores B. V. Garcés, J. Iglesias, J. Díaz, M. Rodríguez, de Madrid.—M. Zamora, de Almería.

SOLUCION DEL PROBLEMA NUM. 45.

- 1.ª C5TD jaq.
- 2.ª Dc AD jaq.
- 3.ª D5AD jaq.
- 4.ª A7R jaq. mate.

(A)

- 2.ª D5AD jaq.
- 3.ª A7R jaq. mate.

- 1.ª R5CD
- 2.ª R1D

Soluciones exactas.—Café nuevo del Siglo.—Señores G. Domínguez, J. Oller, C. Valdespino, E. Castro, R. Sierra, B. Garcés, R. Canedo, J. Alba, J. González, de Madrid.—M. Zamora, de Almería.

PROBLEMA NUM. XXIV.

COMPUESTO POR D. V. M. CARVAJAL.

R5AD  
C4CD

R8TD  
P5TD

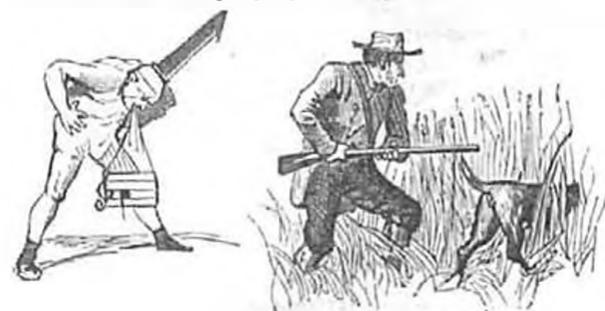
Los blancos dan mate en siete jugadas.

Solucion de los problemas 45 y XXIII.—J. Romero, de Valladolid.

GEROGLIFICO.

SOLUCION DEL ANTERIOR.

Tiempo tras tiempo y agua tras viento.



Yo T



La solucion de éste en el próximo número.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPARD. IMPRENTA DE GASPARD Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRINCIPE, 4.

## SONETO.

Bajo el enorme peso doblegado  
de la gran peña, que en sus hombros carga,  
Sifiso asciende por la ruda y larga  
cuesta, por su cansancio quebrantado.

Mas apenas al término ha llegado  
y del peso en la cumbre se descarga,  
rueda al valle la piedra, y en su larga  
fatiga nunca cosa el desdichado.

Yo así tambien por escabrosa vía  
llevo mi carga de ilusiones bellas,  
que hace rodar la realidad impía;  
y yo, regando con sudor mis huellas,  
ni afán lamento, y con tenaz porfía  
torno mil veces á hajar por ellas.

FEDERICO VELLE Y CHACON.

## RUINAS.

(CONTINUACION.)

Gordos relumbrantes y pausados como gente que se nutre bien, sin cuidarse del hambriento y sin pensar jamás que se habían de morir como el último insecto, cuando veían al que habían despojado sin conciencia no dejaban nunca de murmurar aunque con disimulo, por temor á cierta espada omniohécida, que el hidalgo sacaba á relucir muchas veces. —Este pobre mozo debía vestir un traje mas adecuado á su persona, pues así tiene toda la forma de un murciélago hambriento, á quien el sol sorprende fuera de su agujero. —Mientras el otro decía para sus adentros acariciando el fojo y hundido vientre.

—¡Así! miradme de reojo, picaros ladrones de mi hacienda, que yo espero que me las habeis de pagar, y que llegareis á saber lo que es la indigencia como yo lo sé ahora. Estoy estudiando leyes, si; no hay que reírse, pues mi inteligencia no crecerá mas con haber penetrado como muchos otros, en la gran universidad compostelana. Infinitos conozco que han oído allí en vano por largos años, pomposos discursos, saliendo tan torpes al fin de su carrera literaria, como si jamás hubiese llegado hasta ellos una sola palabra de ciencia. Yo estudio en mi casa porque la miseria en que me tenéis sumido, no me permite como al hijo del último tendero bien acomodado penetrar en el templo de Minerva. ¡El lance hubiera parecido inverosímil á mis ilustres antepasados! pero esto no es capaz de desalentar un espíritu fuerte. Yo solo aprenderé lo bastante, mucho mas acaso de lo que vosotros deseariais, y el día que me hallo convenientemente instruido, os juro que os ajustaré las cuentas como se le ajustan á un criado ingrato y ladrón. Empezaré por dirigirme á la ciudad de Santiago en busca de gente que, exenta de preocupaciones, pueda entender en toda su estension lo que pretendo decirle en buenos términos judiciales, y si allí nada consiguiese, que no es factible, sin dilación pasará á la Coruña y de la Coruña á Madrid, en donde definitivamente todo quedará zanjado, haciendo que me devolvais hasta la última piedra, cuanto de derecho me pertenece.

Este jóven y rubio hidalgo, que tan fácil encontraba, siendo un pobre, recuperar una herencia usurpada, se llamaba Montenegro, nombre el mas adecuado al color de su suerte, aunque por fortuna suya, como entonces aun no era moda tener *espín* por mas que su situación fuese triste y precaria, hasta el último estremo, no solía darse demasiado á la melancolía.

Estudiaba largas horas, con una asiduidad que rayaba en locura, en unos libros de derecho que se había proporcionado con gran trabajo, y aunque algunos de ellos estaban roídos en parte por los ratones, él no se cuidaba demasiado de esta circunstancia (que hubiera causado aprension á un ser mas vulgar), aunque la deplorase, pues tenía tal fe en sí mismo sobre este punto, que contaba con adivinar lo que faltaba luego que supiese el resto.

El tiempo sobrante, que no era mucho, despues de dedicarse á su tarea cotidiana, lo empleaba en pasear por las calles y alrededores del pueblo y en visitar á las damas que eran mas de su agrado.

Siempre acariciando con su mano trasparente y descarnada los rizos de su barba rubia: *erguido* como un príncipe en una ceremonia de corte, con las botas agrietadas como escarcha que empieza á derretirse al sol, pero tan limpias y charoladas como si acabasen de salir de manos del zapatero, jugando con la caña del baston, semejante á esos pollos que desean ardientemente hacer comprender á todo el mundo que han perdido la vergüenza, cuando el rubor los vende á cada paso, tal andaba Montenegro, por las bonitas calles de su pueblo natal, mirando ya para su sombra proyectada en la pared, ya para las niñas mas hermosas, hacía las cuales sonreía con tanta satisfacción por lo menos, como para los rizos de su barba, sin par en la villa, y quizás... quizás en toda la España, porque el origen de aquella barba, no podía ser completamente español.

El efecto, que su presencia causaba en las jóvenes, con todo aquel aparato de dorado, tieso y transparente,

puede suponerlo el lector. Montenegro era para ellas la figura mas cómica y visible del universo. Pero no podían nunca desecharle formalmente, ni enfadarse con él, porque pese á su estiradísima, flaca y rubia figura, no era nunca importuno, ni pedía mas de lo que honestamente querían darle. Y si alguna vez se atrevía á propasarse en algo de su acostumbrado comedimiento, era de una manera tan delicada y modesta, que las jóvenes se veían precisadas á condescender con él y estímarle aun cuando no pudiesen hacer lo mismo con sus encorvadas narices y su pobre traje raído.

A pesar de esto, se dirigía siempre á las mas hermosas y gallardas cuando quería bailar aunque acontecía, que las gallardas y hermosas, no gustaban de su amable persona para esos lances, aduciendo como disculpa, con la franqueza que presta la confianza, que no seguía bien el compás.

El comprendía muy bien que no era en el compás donde se encontraba el mal, sino en su pobreza y mal atavío, pero lejos de enojarse por esto, al acabar de recibir tales desaires que ellas procuraban endulzar con una sonrisa ó un apretón de manos, echaba una filosófica mirada sobre su traje, y decía para su colero.

—Las entiendo, ¡picaronas! y tienen razon en parte las pobrecillas, pero, ¡cuándo ande elegante, como les encantará mi dorada barba, y cuánto danzaré con ellas!

Porque es de advertir que Montenegro se ocupaba mucho de su persona y se esforzaba en creerse buen mozo, sin que por esto fuese vano, pues quería consolarse de su desgracia con las mujeres culpando á su malhadada fortuna y malísimo atavío, en lo cual no le faltaba razon, pues aparte de sus narices y su estremada delgadez, tenía toda la apostura y bizarría de un elegante caballero. Si se ocupaba tanto de sí, era precisamente porque quería ocultarse á sí mismo la apariencia miserable que tanto contrariaba sus instintos de lujo y de gran señor para que había nacido; pues á poseer los bienes que le habían sido usurpados, Montenegro no hubiera pensado jamás, á buen seguro, ni en su levita, ni en sus botas, con las que tanto enudado tenía.

De este modo se iba deslizado en la miseria la existencia del pobre hidalgo, mientras su infeliz madre tenía que hilar ó hacer calcetas para mantenerlo y hacia las labores de una criada yendo á la fuente, al río, é ingenándose de manera, que ni ella ni su primogénito pudiesen morir de hambre.

Montenegro, que tenía el mejor corazón del mundo, y que amaba á su madre entrañablemente, sentía la mala y trabajosa vida á que su suerte la tenía reducida, pero nadie había podido obligarle, á pesar de esto, á que escribiese en una oficina ó se hiciese pasante de procurador.

—¡Nunca! exclamaba con aire digno: cada uno ha nacido para lo que ha nacido, y aun cuando para mí todos los hombres son iguales, no soy del mismo parecer respecto de su posición social, y como no encuentro propio de un noble primogénito ser escribiente, no lo seré jamás.

Su anciana madre, aunque imbuida tambien en aquellas ideas de hidalguía, solía oponerle alguna vez, que no tratándose de una cosa degradante ó deshonorosa, todo era menos que dejarse morir en la indigencia, lo cual hasta podría llegar á ser un pecado delante de Dios, mas él, irguiéndose tan alto como podía, y revistiéndose de toda la dignidad que le era propia, decía entonces.

—Madre, imposible me hubiera parecido en otro tiempo que usted llegara á aconsejarme tal cosa; es una obcecacion, madre! ¿En verdad, querria usted, que por un mezquino sueldo, se dijese mañana, cuando me vean pasear en mi carretela: «Ese noble caballero ha sido un escribiente?» ¡Lejos de mí esa mala tentacion! Suframos, madre mia, ya que hemos sufrido hasta aquí, pasemos en silencio nuestras miserias que el tiempo de la justicia se acerca, y entonces podrá usted vivir descansada y morir tranquila.

Despues de decir esto, con lo que dejaba convencida y resignada á la pobre anciana, Montenegro se retiraba á un pequeño huerto de la casa para ocultar las lágrimas próximas á caer de sus ojos y bañar á torrentes aquella dorada barba, nacida para ser empapada, no en llanto, sino en aguas perfumadas.

¡Pobre madre! ¡Pobre madre mia! murmuraba entre sollozos, qué vida tan trabajosa arrastra la infeliz, y qué miserables ó indiferentes pasa los días de su vejez! Al verla agoviada por tantos males, casi siento partirme de dolor el corazón; pero cuando yo sea rico, ¡Dios mio! ¿qué no buscaré para darla? Tendrá litera, coches, lacayos, pisará alfombras, y su habitación estará forrada de terciopelo y oro como la de una reina. Pero en tanto, ¿á qué sollozar de este modo y amilanarse como una mujer? Lágrimas no son diamantes, ni la pena es dinero. Valor, y vamos á ensayar nuestras fuerzas que es lo que importa.

Deciendo esto procuraba borrar los últimos vestigios del dolor que le había mortificado; peinaba aquella luenga y rizada barba que era su mayor gala, y vestido de negro, sin llevar una sola mancha sobre su ropa

raída, despues de haber comido como el último de los miserables algunas coles mal cocidas ó patatas condimentadas con agua y sal, se encaminaba con la mayor dignidad á casa del mejor abogado del pueblo, con el objeto de discutir con él sobre sus derechos, á los bienes que le habían usurpado, y juzgar al mismo tiempo de sus propios adelantos en las leyes.

Preciso será advertir que á pesar de sus preocupaciones y manías, tenía muy buen sentido y aun inteligencia y capacidad; así al poco tiempo de haber empezado sus eternas discusiones, conocia demasiado lo distante que se hallaba todavía del punto á donde pretendía llegar. Pero esto no era bastante á desanimarlo en el propósito que se había formado esperándolo todo de su constancia en el estudio, y de sus indisputables derechos á los usurpados bienes. En vano el juriconsulto procuraba por medio de argumentos incontrastables, disuadirle de su loco proyecto, aconsejándole abandonase unos estudios que de nada podían servirle como no fuese para trastornarle la cabeza, y haciéndole ver, que aun en el caso de que, como creía, toda la razon estuviese de su parte, era inútil luchar con una familia poderosa que haría durar el pleito mas que la vida del legítimo poseedor.

Montenegro proseguía siempre en su tema, aun cuando conociendo la oportunidad de proseguir hablando del asunto con quien de tal modo le contrariaba, se despedía urbanamente, porque jamás faltaba á las conveniencias con nadie, y mas imbuido que nunca en sus locas ideas se iba á dar un buen atracon de derecho civil.

Fácil será comprender que no había quien no se riese descaradamente de aquella manía del buen Montenegro, que solo, y pobre, quería luchar contra la riqueza y el poder; pero á pesar de esto, era recibido en casa de las principales familias del pueblo que no ignoraban que corria sangre noble por sus venas. El era por otra parte uno de esos pobres cuyo orgullo y dignidad, acaso excesiva, les impide molestar á nadie con el relato lastimoso de sus miserias.

Tampoco hablaba de su pleito si no se le provocaba á ello, descubriéndose en todo su porte un corazón noble y sencillo, y una estremada delicadeza de sentimientos que rayaba en fatuidad, segun decían las malas lenguas.

Jamás había podido conseguirse de él que aceptase un convite ó una fineza por pequeña que fuese, escusándose siempre con tal fino, que no fuera posible tacharle de impolitico ni de soberbio. De esto se extrañaban no obstante algunos ricos, que hubieran deseado mostrarse pródigos con él, regalándole alguna levita vieja ó alguna camisa cuajada de zurcidos. Solían irritarse contra el caballero que nada aceptaba de ellos, ni siquiera el honrarse sentándose una vez al año en su mesa el día del santo patron; pero al fin concluían por reconciliarse con aquel miserable tan poco pegajoso, cuya presencia nunca les amenazaba con obligarles á ofrecerle una jicara de chocolate, ó hacerse servir un vaso de agua con azucarillo, costumbre un tanto dispendiosa, que segun ellos hace mucho tiempo debía haberse quitado de la sociedad, á juzgar por lo adelantada que se encuentra en otras materias, quizá mucho menos importantes que estas, que toca todos los días un pobre padre de familias, que encuentra razonable el trato de gentes, y á cuyo placer se entrega muchas veces con pesar por lo del chocolate y otros apéndices.

Únicamente existían dos personas de quien Montenegro nada rehusaba; la vieja solterona y el comerciante arruinado; y era de ver cómo en las noches de estío, reunidos los tres, iban á pasearse por alguno de los caminos reales que blanquean entre el verde del lino de aquellas praderas, compartiendo amigablemente lo que llevaban en los pobres bolsillos.

Iba envuelto el comerciante en un leviton que lo cubría desde las orejas hasta los talones; soberbio leviton de otros tiempos, con tanto vuelo como una capa, forrado de una bayeta tupida y gruesa como un colchon con un cuello tan alto, que levantado le llegaba hasta los ojos, y con unos bolsillos en los cuales cabían provisiones para tres semanas.

Pocos gabanes se han visto en nuestros tiempos, como el de don Braulio, aquel leviton hecho con todas las reglas del arte, bien respunteado, bien cortado, bien holgado, y perfectamente sólido, hasta el punto de poder resistir sin descomerse ni romperse, ni agujerarse por parte alguna, á las inclemencias de diez años contados día por día, y noche por noche, pues el leviton de don Braulio, despues de servirle de vestimenta, le servía asimismo de manta, porque aun cuando tuviese suficiente abrigo, nada le prestaba en la cama un calor tan cariñoso como su querido y nunca bien ponderado leviton.

Tambien esta utilísima prenda le ahorraba la mayor parte de las veces de ponerse los pantalones, como que le cubría hasta el suelo semejante á una sotana, y por eso don Braulio paseaba en las noches de estío, con sus dos amigos predilectos, en este sencillísimo traje. — Leviton, gorro de darnir encajado hasta las orejas, calzoncillos de franela, medias de lana negra y babuchas.

Este era ciertamente un modo de vestir misto, cómodo y exclusivo de don Braulio, que segun decía, quería poner en práctica este refran: «Si en todo tiem-



LA MUJER. ¡Ay desgraciada de mí!  
 ¡Cómo se ha puesto el indio!  
 ¡Anda, que no te conozco!  
 EL MARIDO. Pues para eso me he vestido.



EL ANGEL. ¡Suelta aquí el dinero!  
 EL TURCO. ¡Cómo!  
 ¿es usted ladrón de veras?  
 EL ANGEL. ¡Quiá! es de broma: pero suéltalo  
 porque de darla, completa.

po quieres andar sano, trae la ropa de invierno en el verano.»

Pero en cambio la anciana solterona vestía siempre como conviene á una dama que anda con las estaciones. En el invierno, usaba antiguos jubones de terciopelo abrochados hasta el cuello y sayas de tisú acolchadas, ó de una tela fuerte que formaba al andar un ruido

seco, que desde lejos venía diciendo: «Ya llega doña Isabel Salgado y Peñaranda, la gran señora, noble por los cuatro costados, y de pura sangre azul.»

Y en verdad, la buena anciana, alta, bien formada, arrogante en el andar, magestosa y altiva en la actitud, tenía toda la apariencia de aquellas antiguas castellanas de clarísima estirpe, cuyas ideas y acciones

estaban siempre en consonancia con su distinguido y elevado nacimiento. Por esto doña Isabel Salgado y Peñaranda, era tan señora en la indigencia, como lo fuera en la prosperidad.

(Se continuará.)

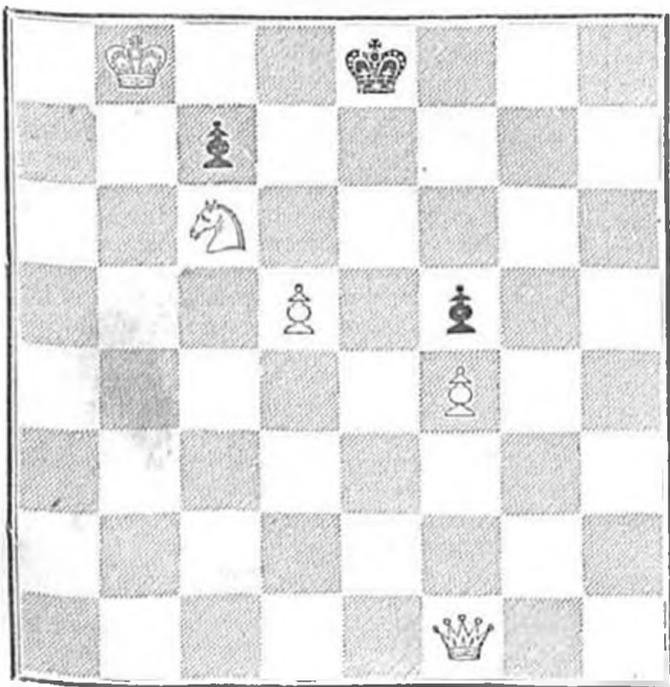
ROSALÍA CASTRO DE MURCIA.

### JUEGO DEL AJEDREZ.

#### PROBLEMA NUM. 4.

COMPUESTO POR DON J. ROMERO (DE VALLADOLID.)

NEGROS.



BLANCOS.

LOS BLANCOS DAN MATE EN TRES JUGADAS.

#### PROBLEMA NÚM. XXV.

COMPUESTO POR DON N. FONTANA (DE LORCA.)

Blancos.

Negros.

R 5 T D  
 T 7 T R  
 A 3 C D  
 A 6 C D  
 C 2 D  
 C 7 C R  
 P 3 T R  
 P 5 T R  
 P 3 R  
 P 4 A D  
 P 2 T D  
 P 6 T D

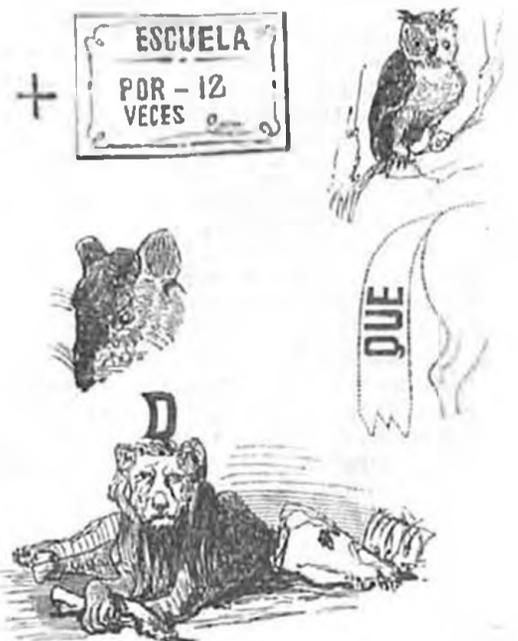
R 4 C R  
 A 6 A R  
 P 3 T R  
 P 2 A R  
 P 4 A D

Los blancos obligan á los negros á dar mate en tres jugadas.

### GEROGLIFICO.

SOLUCION DEL ANTERIOR.

Uno levanta la caza y otro la mata.



La solución de éste en el próximo número.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPÁR,  
 IMPRENTA DE GASPÁR Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRINCIPAL, 1.

Presentemos la prueba. Así demostraré prácticamente la verdad de mi teoría, y salvaré al lector de la aridez de toda esposición.

Las *Elegias* podrían por sí solas bastarme: pero son las únicas composiciones de este libro, que yo no quiero, porque no debo, convertir en prueba. El poeta ha podido objetivar el dolor del padre; el artista ha debido consolar al hombre; el arte salvar á un corazón del tormento del vacío: el crítico que conoce los límites de su círculo de acción, debe admirar y callar.

Si á la vista de este dolor augusto, cantado por la misma avidez del dolor inconsolable, no saben los lectores educar su corazón ni sabe el sentimiento público bendecir los beneficios sobrehumanos de que es capaz el arte, yo no debo intentar una empresa infructífera si la dirijo á espíritus indiferentes; inútil si á sentimientos perspicaces.

Mas si me vedo el penetrar en el fondo de este dolor que el arte immortaliza, concédome el derecho de estimular la actividad cerebral de los lectores, y antes de proseguir, copio, para que admirén, dos estrofas; la primera retrata luminosamente el ángel que encarnó en una niña celestial:

«Su mirada tenía  
el pálido fulgor de las estrellas,  
y pensar nos hacía  
en otros seres y regiones bellas  
sobre los montes y el azul profundo:  
que no era, no, mi Elisa de este mundo.»

La segunda... no cometeré la profanación artística de cortar en partes el maravilloso todo del poeta: va íntegra la XIV elegía: es la muerte... no, es la vida; es un ángel que se lleva á otro:

«¡Silencio!... ¿Oísteis?...  
Suena en su estancia  
un rumor tenue  
cual si dos alas  
un invisible  
ser desplegara,  
á las acordes  
voces lejanas,  
muy lejanas,  
muy lejanas,  
mas que la luna  
mucho mas altas,  
nunca oídas  
ni soñadas,  
así como ecos  
de liras y arpas,  
con que otros niños  
la llaman de los cielos  
en los abismos.»

Que el poeta revela al hombre y que los triunfos conseguidos en éste por el bien contra el mal, encierran una enseñanza, á todos asequible, porque va directamente del sentimiento al sentimiento, ha sido el tema que, por vagamente desarrollado, sería ineficaz sino lo acompañaran las adjuntas pruebas:

*La gaita gallega.* Sus sonidos melancólicos, la energía con que recuerdan la triste soledad de aquellas campiñas, en vano hermoseadas por Dios, pues el hombre se ve tristemente obligado á trocarlas por las calles de la corte, por las fuentes de las capitales del reino, por la maleta, la sillería, la carga de la acémila en el resto de España, en Portugal y en las *Américas*, esas *Américas* propicias, suelo hospitalario de todo proscrito, de todo peregrino; la gaita con su tristeza y sus recuerdos, hubiera inspirado al poeta una elegía, *tristium*, mas tristes que las del Ponto; pero si el hombre no hubiera temido al par que noble horror de la injusticia, fe en la rehabilitación de lo caído, no hubiera dicho el poeta:

«Cuando la gaita gallega  
el pobre gaitero toca,  
no sé lo que me sucede,  
que el llanto á mis ojos brota.  
Ver me figuro á Galicia,  
bella, pensativa y sola,  
como amada sin su amado,  
como reina sin corona.  
Y aunque alegre danza entone,  
y danze la turba loca,  
la voz del grave instrumento  
suena tan melancólica,  
á mi alma revela tantas  
desdichas, penas tan hondas,  
que no sé decirlo  
si canta ó si llora,

porque para decir esto con tan profunda verdad, es necesario que el hombre haya meditado muchas veces en el injusto destino de esa hermosa comarca. Sin un convencimiento racional, sin una seguridad de que en una época de estabilidad, la misera provincia ha de aprovechar los elementos de riqueza y de ventura que mil causas, inespresables aquí, le arrancan, el poeta

hubiera lanzado un quejido al terminar su elegía, no la tranquila esperanza que le inspirara el hombre:

«¡Espera, Galicia, espera!

Pero los tiempos se acercan;  
y cuando suene la hora,» etc., etc.,

el pária de las provincias españolas; esa Beocia moderna, tan calumniada como la antigua, blanco del sarcasmo de los necios, inspiración burlesca de espíritus sin vista, será lo que ofrecen su posición geográfica, sus puertos, sus campos, la tenaz laboriosidad de sus hijos, la pureza de costumbres que anuncia virilidad, nuncio á su vez de la palanca de la mecánica moral; la fortaleza.

*Por la patria.* ¡Cuántos poetas la han cantado! ¡cuántos han agotado su inspiración, haciendo hablar á sus sentimientos! Algunos han sido admirables; todos, sobre todo, los nuestros, en demasía verbosos. Las madres espartanas los hubieran mirado sonriendo: «Aquí hay arte, hubieran dicho desdeñosamente, pero falta el hombre.» El que sabe amar á su patria, sabría ser el hijo de esta madre que, anegada en llanto, al verlo prepararse para la guerra, cuando su hijo le responde,

—Al umbral de nuestras puertas  
ya los franceses están,

enjugándose las lágrimas, clama sublimemente, sin vacilar, sin miedo, sin estremecimiento.

—¡Guárdete Dios!  
¡Corre á morir por la patria!

Concebir que la injusticia es esperanza de justicia, y amar la patria, llevando la obra á la palabra, sin afectación, sin clamoreo, son dos revelaciones de alto progreso en el espíritu. El hombre que lo alcanza, si es gran poeta, como sería gran sacerdote de cualquier ministerio de la vida, es porque ha llegado, como entidad moral, al punto en que se encuentran las armonías del espíritu... Estado feliz, por adversos que sean los accidentes, es propicio para el arte, porque esterioriza al hombre digno de serlo; al fuerte por su esfuerzo.

EUGENIO M. HOSTOS.

Hoy que la prensa toda y el público de Madrid se ocupan del malogrado Ventura de la Vega, á propósito de la representación de su última y magnífica obra, creemos que los lectores de *El Museo* verán con gusto la siguiente epístola, hasta ahora inédita, en la cual se revela hasta qué punto el inspirado autor de la *Muerte de César* era dueño del idioma castellano.

EPÍSTOLA INEDITA.

AL EXCMO. SEÑOR DON TOMAS CORRAL Y OÑA, MI AMIGO.

No pienses que esta epístola  
Corral Escelentísimo  
va dirigida al célebre,  
de Hipócrates discípulo.  
Por mas que yo sin brújula  
bogue en estrecho círculo,  
sin que tus sabios récipes  
den al bajel mas ímpetu,  
no tanto aflige el ánimo  
de este doliente misero  
el ver la ausencia crónica  
de su doctor científico,  
como las dulces pláticas,  
del amigo carísimo  
no oír, ni en grato diálogo  
darnos placer reciproco.  
Lo que es en cuanto al médico  
si de mi casa el cimbalo  
tocase, y dentro viéralo  
fuera con el brevisimo.  
«Solamente dijérale  
que ante el poder febrifugo,  
de las plateadas píldoras  
que introduce en mi fisico,  
y gracias á la pócima  
con que Simon el químico,  
purgó mi region ínfima  
de materiales rígidos,  
y á la virtud benéfica  
de aquel sabroso líquido  
producto del cuadrúpedo  
que con Balan fue esplicito,  
ya mis repuestas visceras  
merced á esos antidotos  
con el morboso cómplice  
han roto el fiero vínculo.  
Y aunque el diafragma atónico  
en sus funciones tímido,  
no corresponde enérgico  
del cliter al estímulo,  
con todo, ya mi estómago

digiere el néctar indico  
que en espumante jicara,  
es de mi gula el idolo:  
si bien no tan benévolo  
suele mostrarse el pícaro,  
cuando la carne sólida  
aunque de tierno vitulo,  
envuelta en jugos gástricos  
baja al duodeno crítico  
y toca por sus trámites  
en la region del ligado.  
Ya allí mas climaterico  
se presenta el capítulo,  
hay flema en el exófago,  
el vientre timpanítico;  
la digestion, por último  
cuesta trabajos improbos:  
mas se hace, y luego el órgano  
vuelve á su estado pristino.  
En estos días plácidos  
en que venciendo el frígido  
rigor, el número délfico  
mostró su rostro vívido,  
salí, según tus órdenes,  
en alquilon vehiculo,  
del ambiente atmosférico  
á aspirar el oxígeno.  
Y mi nun con este método  
place al Dios soporifero,  
que de noche mis párpados  
cierre sueño pacífico...»  
Esto al doctor dígerale,  
mas no podré decirselo,  
que de mi hogar doméstico  
tocar no quiere el cimbalo.  
Mas tú que de ese prófugo  
amigo, eres tan íntimo,  
según es fama pública,  
Corral amabilísimo,  
tú de mi parte búscale,  
y dile que mi espíritu  
se anega en un Oceano  
de humor hipocondriaco;  
que un régimen dietético  
me imponga, y yo solícito  
mas que al Koran los árabes  
guardaré sus artículos.  
Dile que si algun mérito  
halla en mis versos líricos,  
si de escritor dramático  
me otorga el alto título,  
torne á este cuerpo lánguido  
vigor, que mi estro rítmico  
encienda, y en mi cítara  
verá, que en son dulcísimo  
canto su nombre célebre,  
que es ya de salud simbolo,  
y acaso al suyo uniéndole  
suba mi nombre altísimo.

VENTURA DE LA VEGA.

10 de marzo de 1853.

RUINAS.

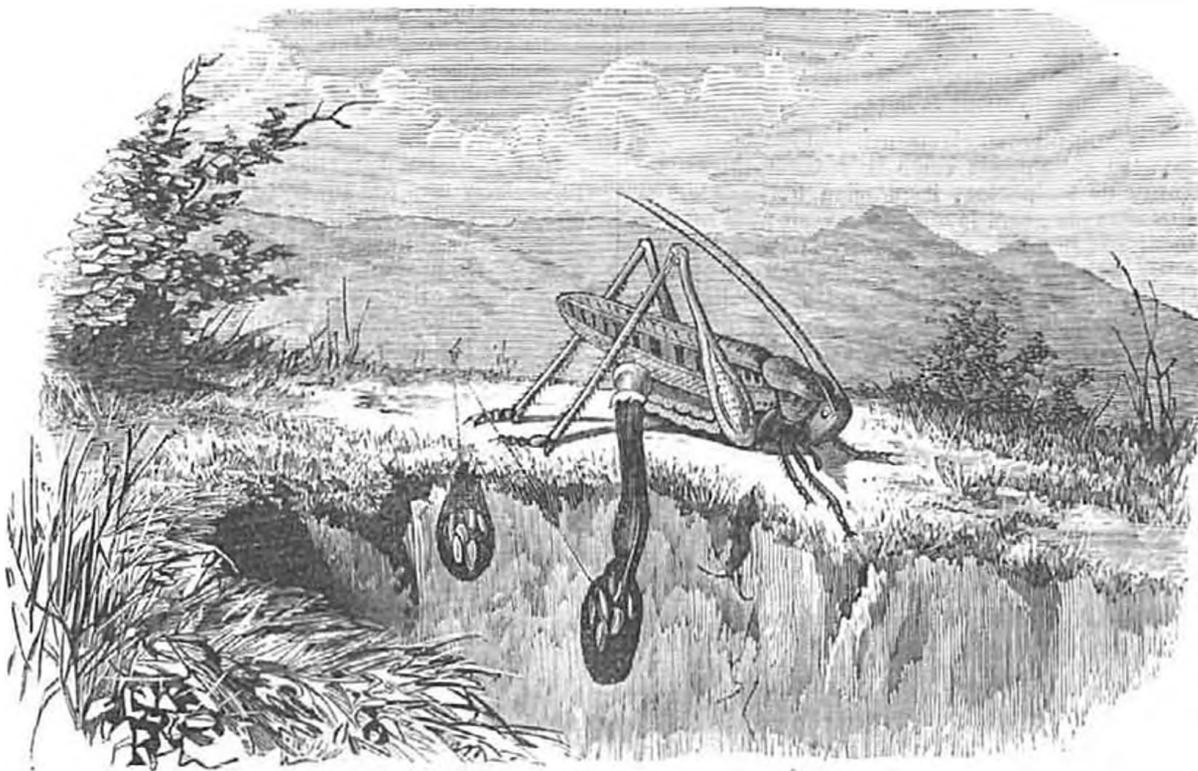
(CONTINUACION.)

El que mas y el que menos sabría escribir un libro sobre economía doméstica que haría morderse las uñas á mas de cuatro personas de *buen gobierno*, y respecto á lo bien sentado de sus cabezas, la forma y el volumen, podía ser una garantía en prueba de que no era fácil que tales cabezas anduviesen á la ligera como muchas otras.

¿Qué razones poderosas no podían, pues, alegar todas estas gentes predestinadas desde la cuna á hacer causa comun contra aquellas tres ruinas hambrientas que pasaban continuamente por debajo de sus ventanas oliendo el vao de las manjares ajenos? Oler el esquisito aroma de los guisos que ellas no habían confeccionado. ¿No era acaso una imperpetua libertad? ¿Con qué derecho se tomaban esta libertad? Y despues de esto, ¿ver acaso con envidia cómo las chimeneas de los vecinos humeaban, porque en su hogar estaba apagado el fuego!

¿Y no hacer puchero como todo el que vive económica y decentemente! ¿Y vestir unas ropas hechas á estilo del siglo pasado, cuando hasta el tabernero (ó el que despacha vinos) viste á la moderna, y despues de todo esto, erre y mas erre con tenerse en las suyas, y andar por la calle como cualquiera!

Cuando lo meditaban seriamente los vecinos de la immortal villa, se indignaban contra las ruinas y juraban decirselas frescas, cuando se presentase la ocasion, porque así como así, aun cuando las ruinas no pedían un miserable ochavo á los ricos del pueblo, se irritaban de ver al uno, sin querer aceptar nada de nadie, mientras todos sabían que andaba con el vientre flojo como pellejo vacío, á la otra haciéndose todavía la gran señora cuando ya ni restos le quedaban de sus antiguos fueros, y al buen don Braulio, queriendo derrochar lo-



LOCUSTA VERIDISSIMA (LANGOSTA VERDE) EN EL ACTO DE PONER SUS HUEVOS Y LABRAR EL CANUTILLO.

davía los bienes del prójimo, cuando no tenía en donde caerse muerto.

Estos rumores fueron creciendo á medida que la miseria y la vejez se iba apoderando cada vez mas de los pobres desheredados; pero ellos proseguian en tanto sin vacilar la senda espinosa que les habia sido trazada.

Doña Isabel queria á su gato cada vez mas, y á pesar de las miradas burlescas que se posaban sobre ella cuando la veian guardarle alguna fineza para Florindo, resistia serena y sin turbarse, saliendo vencedora en la lucha. Muchas veces pretendian abrumarla con infinitas sátiras contra el gato, la manga corta, el tupé y el zapalito de tacon; las gentes se reian de ella, pero ella se reia á su vez de las gentes improvisando versos en un estilo que queria ser clásico; (doña Isabel era poetisa, cualidad que heredaba de sus antepasados) y mostrando á las remilgadas bellezas que se agitaban en torno de ella su frente altiva y serena, el torneado brazo y el pequeño pie calzado con el zapalito de raso, esclamaba.

—Esto ha sido reinar, hijas mias, mi tiempo era el gran tiempo de las nobles hermosuras del regio pisar, del donaire y de la gracia que impera sobre la cabeza y sobre el corazon. Una sola mirada de mis ojos azules

valia un imperio, aniquilaba un mundo de esperanzas, ó hacia dar vida á un pecho agonizante, el solo rumor de mis vestidos levantaba una tormenta de sensaciones en el corazon del que me amaba, y si yo dejaba caer á sus pies mi pañuelo perfumado, él era tan feliz como si hubiese vencido brazo á brazo al mismo Cid Campeador. ¡Mas hoy, queridas mias, cuán raquítico se ha vuelto el mundo! Queriendo asemejaros á mujeres griegas, parecéis muñecas medio desnudas, con quien las niñas juegan riéndose de sus pantorrillas de algodón. Y por eso el hombre al veros tan pequeñas, rodando como una hoja seca en ese loco torbellino que se llama wals, dejando á un lado el ceremonioso respeto que usaba en mi juventud, os tomó por la mano, y sin aguardar á que le diérais vuestro permiso, os condujo á donde ha querido como cosa suya.

—Quizá sea verdad, doña Isabel, le respondian con ironía y mordiendo los labios; pero hé aquí que toda la hermosura de los ojos de usted, y lo torneado de ese brazo que hace hoyuelos en el codo como el de un niño, toda su gracia y su donaire, en fin, no le han valido siquiera un mal marido.

—¡Marido! ¡Santo Dios!... A puñados, pobrecitas mias, los tenía yo, tanto, que de los que he desairado,

os contentarais se hiciese un enjambre que os eligiese por flores. Mas... ¡qué locura! Ellos eran notables á veces por su talento, es cierto, eran algunos tambien arrogantes, y otros hombres honrados é inmensamente ricos, pero...

—Cómo, doña Isabel, ¿y usted, no los ha querido?

—Qué habia de querer... ¡y mi dignidad!

—Con el oro se hubiera aumentado infinito...

—El oro... yo bien digo que esta juventud es inferior á la de mis tiempos... ¡el oro! ¡pues! Bello es el oro, hijas mias; el oro que todo lo puede, menos que la sangre roja haga una bonita mezcla con la sangre azul de pura raza, y como ellos no eran bastante nobles, allí teneis descifrado el misterio.

—¿Acaso la descendiente de una casa ilustre, la que cuenta cien nobles abuelos, podia enturbiar su memoria admitiendo por esposo á un médico, un abogado, ó lo que es aun menos que esto, al que se enriqueció ayer vendiendo y comprando al por mayor? Temeraria á que la sombra de mis antepasados viniese á despertarme en mi lecho nupcial, y que cogiendo á mi esposo por la cabellera, me le llevase en un traje impropio á los ojos de la decencia, al lado de un enfermo con capulmas, á medir sus fuerzas en algun vergonzoso litigio en donde el que defiende tiene que avergonzarse con el ofendido, ó á tomar y recibir cuentas, entre montones de fardos, cuyo olor de fábrica trastorna los nervios.

—¿Con que es decir, señora, que usted llena de experiencia y de talento, desprecia la profesion lucrativa y civilizadora del comercio, desprecia usted las ciencias y los hombres de ciencia?

—¡Yo, criaturas! ¿despreciar la profesion lucra... ti...va del comercio? respondia doña Isabel, fingiendo con estremada gracia dificultad en pronunciar la palabra *lucrativa*. ¡Yo!... Dios me libre de despreciar á nadie. Ellos valen tanto en su esfera, como yo en la mia; y soy la primera en estimar á los que deseche para maridos, ellos lo saben. Pero si les pareció mal que yo no hubiese querido mezclar mi sangre azul con su sangre roja, hubieran ellos hecho lo mismo no queriendo mezclar la roja con la azul, y estábamos pagados, aunque por mi parte, hijas mias, no reconozco deudores.

—No nos atrevemos á decir tanto, señora, porque aun existe el rollizo Florindo que le debe á usted toda una vida de satisfacciones y de delicias.

—Pues os engañais grandemente, porque yo no hago mas que pagarle asi la cacería que hace en los ratones que se atrevian á mis vestidos, y la satisfaccion que me causa al verle jugar con mis zapatillas y el hilo de mi calceta, mientras con mi mano, que él conoce, acaricio su pelo brillante y blanco como la piel de un cisne. ¡Oh, mi hermoso gato! él me estrañará y me buscará melancólico cuando yo haya muerto, mientras vosotras, queridas mias, direis al son de ese wals que ha discurrido el diablo: «descanse en la tumba doña Isabel, puesto que ya ha pasado el tiempo de los minutos.»

(Se concluirá.)

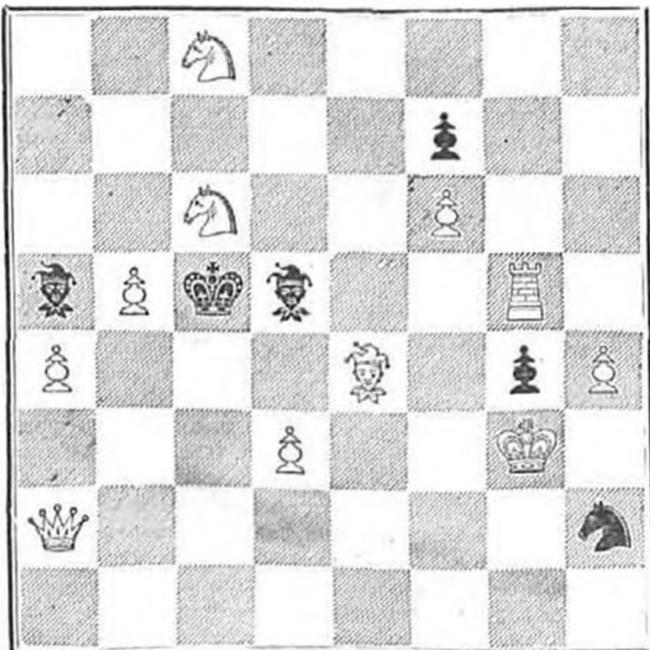
ROSALÍA CASTRO DE MURCIA.

JUEGO DEL AJEDREZ.

PROBLEMA NUM. 48.

COMPUESTO POR DON V. LOPEZ NAVALON.

NEGROS.



BLANCOS.

LOS BLANCOS OBLIGAN A LOS NEGROS A DAR MATE EN NUEVE JUGADAS.

SOLUCION DEL PROBLEMA NUM. 46.

- |                             |                         |                           |  |
|-----------------------------|-------------------------|---------------------------|--|
| Blancos.                    |                         | Negros.                   |  |
| 1.º D 6 C R                 |                         | 1.º T 1 D (A) (B) (C) (D) |  |
| 2.º C 1 T jaq.              |                         | (E) (F) (G)               |  |
| 3.º P 6 T jaq. mate.        |                         | 2.º R juega.              |  |
| 1.º                         | (A) 1.º D 1 A           |                           |  |
| 2.º C 1 C jaq.              | 2.º R juega.            |                           |  |
| 3.º D 5 D jaq. mate.        |                         |                           |  |
| 1.º                         | (B) 1.º P de A D 1 C    |                           |  |
| 2.º P de R 1 P j. doble.    | 2.º R juega.            |                           |  |
| 3.º D 6 T jaq. mate.        |                         |                           |  |
| 1.º                         | (C) 1.º T 1 P R         |                           |  |
| 2.º T 1 T jaq.              | 2.º R juega.            |                           |  |
| 3.º D 6 T jaq. mate.        |                         |                           |  |
| 1.º                         | (D) 1.º C 5 A 2 R       |                           |  |
| 2.º C 6 A D jaq.            | 2.º C 1 C 6 R juega.    |                           |  |
| 3.º D 4.º D 5 D j. mate.    |                         |                           |  |
| 1.º                         | (E) 1.º T de G 5 5 A R  |                           |  |
| 2.º P R 1 T jaq. doble.     | 2.º R juega.            |                           |  |
| 3.º D 6 T jaq. mate.        |                         |                           |  |
| 1.º                         | (F) 1.º C 5 D 6 D 2 T R |                           |  |
| 2.º C 1 C jaq.              | 2.º R juega.            |                           |  |
| 3.º D 2 D 6 P 1 R j. mat.   |                         |                           |  |
| 1.º                         | (G) 1.º R 4 D           |                           |  |
| 2.º A 1 C jaq.              | 2.º R 1 T 6 1 R         |                           |  |
| 3.º D 2.º A D 6 1 R j. mat. |                         |                           |  |

SOLUCIONES EXACTAS.

Café nuevo del siglo: señores V. M. Carvajal, C. Valdespino, G. Dominguez, E. Castro, R. Sirera, de Madrid.—J. S. Fábregas, de Tarragona.

SOLUCION DEL PROBLEMA NUM. XXIV.

- |                       |             |
|-----------------------|-------------|
| 1.º R e A D           | 1.º P 6 T D |
| 2.º C 2 A D jaq.      | 2.º R 7 T D |
| 3.º C 4 D             | 3.º R 8 T D |
| 4.º R 2 A D           | 4.º R 7 T D |
| 5.º C 2.º R           | 5.º R 8 T D |
| 6.º C e A D           | 6.º P 7 T D |
| 7.º C 5 C D jaq. mat. |             |

SOLUCIONES EXACTAS.

Café nuevo del Siglo: señores J. Oller, E. Castro, G. Dominguez, J. Gonzalez, de Madrid.—M. Zamora, de Almería.—M. Campá, Porta de Vich.

GEROGLIFICO.



La solucion de éste en el próximo número.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPAS. IMPRENTA DE GASPAS Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRINCEPE, A.

TU Y YO.

Cendal flotante de leve bruma,  
rizada cinta de blanca espuma,  
rumor sonoro de arpa de oro,  
beso del aura, onda de luz,  
eso eres tú:

Tú, sombra aérea, que cuantas veces  
voy á tocarle, te desvaneces  
como la llama, como el sonido,  
como la niebla, como el gemido  
del lago azul.

En mar sin playas, onda sonante,  
en el vacío, cometa errante,  
largo lamento del ronco viento,  
ansia perpetua de algo mejor,  
eso soy yo:

Yo que á tus ojos, en mi agonía,  
los ojos vuelvo de noche y día;  
yo que incansable corro demente  
tras una sombra, tras la hija ardiente  
de una visión.

GUSTAVO ADOLFO BEZQUEZ

SONETO.

En los bosques canora filomena  
su duelo canta en amoresos trinos,  
y con sus dulces ecos peregrinos,  
la selva en torno enamorada suena:

El sentimiento de su propia pena  
espresa solo en cánticos divinos,  
y trasmite á los céfiros vecinos  
la voz, que con suspiros envenena.

Yo así, que á los acordes de mi lira  
en bronco son de llanto y de tristeza  
canto desdichas y pesares cuento;  
yo, á quien la musa del dolor inspira  
cómo he de dedicar á tu belleza  
el monótono son de mi lamento.

FEDERICO VELLE Y CHACÓN.

A MI MADRE.

Esposa fiel y amante, y madre cariñosa,  
de tu deber esclava, modelo de piedad,  
jamás de una alegría la luz esplendorosa,  
brilló por un momento sobre tu santo hogar.

No tu virtud preclara, ni tu incesante duelo  
aplausos mendigaron, ni compasiva voz;  
dolores y virtudes tan solo allá en el cielo,  
el Ser de lo creado con su bondad premio.

¡Madre! adorado nombre, de encanto irresistible,  
nuestra primer palabra, nuestro supremo bien,  
fuego que purifica, tu amor inextinguible  
enciende en nuestro pecho la llama de la fe.

¡A Dios niega el ateo, y al pronunciar tu nombre  
se humilla ante el que impera en la región azul;  
podrá todo en la tierra abandonar al hombre,  
le deja la esperanza, mas no le dejas tú!

Tu imagen madre llevo en la memoria impresa,  
y al ver ¡ay! que partiste, que ya no volverás,  
preguntome asombrado con la conciencia opresa  
por que cuando vivias aun no te quise mas.

¡La inexorable parca con temeroso alarde  
puso en mis ojos llanto, y á mis venturas fin,  
y tuve que perderte para saber, muy tarde,  
que no hay bien parecido al bien que yo perdí!

¡Oh! ¡cuántas veces cuántas! fui blanco madre mía  
del desengaño fiero, de la falaz pasión:  
nublábase mi alma, y entonces comprendía  
que en tu cariño estaba la paz del corazón!

Y por el mundo herido corría delirante  
en tus maternos brazos consuelos á buscar,  
cual afanoso busca el peregrino errante  
para su sed ardiente el puro manantial.

De la verdad trasunto, de la ternura esencia  
tu plática sencilla y tu consejo fiel,  
mas ciencia atesoraban que la pomposa ciencia  
en que el orgullo humano sustenta su poder.

¡No los cansados años, ni la cercana muerte  
amenguan de una madre la mágica virtud:  
la sombra de su cuerpo, enflaquecido, inerte,  
es para el hijo amado; escudo, vida, luz!

Porque es tu amor perene, de la eternal morada  
tu espíritu me acude, volando está por mí;  
por ti, del honor guardo la ley immaculada:  
la dicha, si á mi viene, vendrá madre de tí.

En soledad profunda mi corazón hoy gime,  
y á tu recuerdo plácido se templó mi dolor.  
Amor materno, santo, de abnegación sublime,  
¿qué amor hay comparable á tan inmenso amor?

FRANCISCO DEL VILLAR Y BUSTOS.

RECTIFICACION.

Equivocadamente se expresó en el número anterior,  
y al pie del grabado que representa un claustro bizan-  
tino, que era el del antiguo monasterio de San Juan  
de las Abadesas, siendo así que es la copia de una fo-  
tografía del inestimable de Ripoll, donde descansaban  
los restos del conde Vifredo el Velloso, no hallados  
aun, los de su hijo Seniofredo de Urgel, que se en-  
contraron y se conservan, y donde existen los de la  
familia de los condes de Besalú.

RUINAS.

(CONTINUACION.)

—Señora, eso es juzgarnos con un poco de ligereza.  
Pero en verdad, á la edad que usted cuenta, ¿no se  
cansa de vivir, una pobre criatura racional, que pien-  
sa y discurre? Tantos años pasados sobre una mu-  
jer, por mas que esta mujer sea noble por los cua-  
tro costados, deben hacerla vacilar sobre su cúspide  
de mármol, diciéndole al oído.

—Abajo el tupé, la manga corta y el zapatito de ta-  
con, abajo Isabel, (supongamos que la anciana se  
llama Isabel), con tu arrogancia y tu frente coronada  
de visos tricolor, que solo Dios sabe cómo allí los sos-  
tienes todavía. ¿Tú no adviertes que bulle en torno tuyo  
una generacion nueva, que detesta ese revuelto pei-  
nado, y que las tumbas se abren diariamente para el  
que ha corrido su mundo, puesto que los hombres no  
son eternos? En verdad, señora, contíese usted que á  
su edad, deben sentirse represivos deseos de reposar  
á la sombra de un sauce, y que la muerte hace cos-  
quillas en el corazón de los ancianos rebeldes á la  
tumba.

—¡Perdónales, Señor, que no saben lo que dicen!  
Sin los ancianos, pobres criaturas, el mundo se hu-  
biera parecido á una escuela de pábulos! ¡Nosotras  
sois las ramas, nosotros el tronco que os sostiene! ¡Ved  
lo que es un pobre niño sin el amparo de sus padres!  
Y por otra parte.

Es mas fuerte si es vieja  
la verde encina,  
mas bello el sol parece  
cuando declina.  
Y de esto inliere  
por qué ama uno la vida  
cuando se muere.

esta es una letrilla que enseña mucho y ojala os hará  
ver por qué los viejos no desean nunca la muerte, en-  
contrándose por el contrario, mas apegados á la exis-  
tencia. Cuando yo era joven no pensaba en otra cosa  
que no fuesen mis vestidos y mis joyas, era extrema-  
damente susceptible, y me daba tormento á mí misma,  
por el mas leve pelillo de amor propio, sin acordarme  
de la naturaleza que Dios hizo tan bella, ni de admi-  
rar sus obras. Mas ahora, un solo rayo de sol que en-  
trando por mi ventana llega á calentar mis pies, me  
encanta de una manera indecible, las gracias de un  
niño me admiran, me entretengo y alabo á Dios cuan-  
do contemplo las hojas de una flor, y me rio con las  
piruetas que hace mi gato al jugar con una bolita de  
papel que le echo á rodar por el suelo. Otras veces  
cojo mi viejo violín, y resbalando suavemente el arco  
sobre las cuerdas tirantes, hago resonar en ellas algu-  
nos aires de mi tiempo, pareciéndome así que soy jó-  
ven todavía y que el mundo rejuvenece conmigo, para  
no envejecer jamás. Y en el invierno, cuando yo y  
Florindo sentados junto al pequeño brasero que me

sirve de hogar, venas cómo cuece la cena y humean  
las castañas en el puchero, mientras por fuera llueve  
á torrentes, ¡qué feliz soy y cómo bendigo á Dios, por  
que me da un abrigo, un poco de fuego para alegrar  
mi pequeño cuarto, y un lecho en donde descansar sin  
importunos ruidos y dueña absoluta de mi libertad!  
Os confieso que la vida me parece cada vez mas her-  
mosa y que aun cuando tuviese que pasar infinitas pri-  
vaciones, como me quedase mi gato, mi violín, mi in-  
dependencia y un poquito de sol, viviria feliz sobre la  
tierra. ¡Que la vida es larga! ¡Dios mio! Mas breve que  
un soplo, y aun cuando viviera diez veces mas de lo  
que he vivido, seria todavía un soplo, lo que me  
prueba, y es lo único que me obliga á luchar conmigo  
misma para aceptar la muerte con resignacion, que  
esta vida no es la verdadera vida para que fuimos  
criados.

De este modo solia explicarse doña Isabel, que era  
graciosa en el decir, que poseia el buen tacto de no  
zaherir directamente á nadie aun cuando la zahiriesen,  
pero que efecto de su franqueza y vivacidad natural,  
jamás dejaba sin doble respuesta á los que pretendian  
hacerla hablar.

Así, vena á servir en la sociedad de diversion y de  
entreténimiento. Se reian de ella y se solazaban al mis-  
mo tiempo con sus improvisaciones en verso y su amen-  
na conversacion.

Una sola cosa acriminaban en la noble señora, y era  
que á donde iba tomaba chocolate cuando se lo ofrecian,  
aun cuando le hubiese ya tomado en otra parte, lle-  
gando hasta siete muchas veces los chocolates que se  
habia sorbido en una sola tarde. Tal comportamiento  
solia achacársele á glotonería; pero tan lejos de esto,  
doña Isabel ni era glotona ni golosa, pues su alimento  
cotidiano era tan parco y sencillo, que apenas bastaria  
para mantener á un niño. Únicamente tenia la manía ó  
no manía de creer que el chocolate no era alimento de  
ningun modo, y que para ella el tomarlo era una mera  
diversion, como la de chupar un caramelo ó sorber un  
refresco.

Por eso menos quisquillosa en esto que el joven Mon-  
tenegro, no recelaba nunca aceptar aquella niñería que  
se le presentaba en un *dedal grande* y que apenas lle-  
naria sorbido de una vez la boca de un aldeano.

Don Braulio presentaba á la faz de aquel pueblecillo  
ilustradísimo en el arte de la murmuracion y de la ehis-  
mografía, un lado mas flaco todavía que el chocolate de  
doña Isabel.

Como él, cuando era rico, recibia en su casa á todo  
el mundo, sin escluir las horas de comer, como acos-  
tumbra los honrados vecinos de aquella especialísima  
villa, solia cuando le parecia oportuna, subir á casa de  
alguno de aquellos que fueron en otros días sus eternos  
convidados, y sentándose á la mesa tomar algo de lo  
que le parecia mejor, entre lo poquisimo bueno que se  
le presentaba de grado ó por fuerza. Pero aun no pa-  
raba ahí su *osadía*.

Las prodigalidades de don Braulio habian dejado un  
eterno y grato recuerdo, sobre todo en la memoria de  
los mendigos y de los que se complacen en vivir á  
cuenta del bolsillo ajeno.

Cuando el hombre pródigo festejaba sus dias, su na-  
talicio, la Natividad del Señor, la fiesta de la villa, etc.,  
lo hacia con una espléndidez desconocida en los fastos  
de la historia, espléndidez que causaba escalofríos en  
los avaros y asombro en las gentes de costumbres *co-  
medidas*, que por allí abundan.

Si las damas le pedian fiesta, don Braulio, inocente  
como un niño que arroja perlas á un lago, derramaba  
su oro para complacerlas, y tras del banquete  
venia el baile, y tras de aquel baile otro, exigiendo por  
única recompensa que, robando cada una media hora  
al tiempo que habian de dedicar á sus amantes, le ro-  
deasen formando una rueda y cantasen en coro un  
vals ó una cancion de amor de aquellas en que Cupido  
siempre salia á relucir con la venda y las flechas ni  
mas ni menos que si se tratase de Guillermo Tell.

Don Braulio quedaba muy contento con este obse-  
quio, que las jóvenes le hacian de muy buena gana,  
mirándole como á un hombre excelente que de tal  
modo las complacia.

Pero no solo las damas y caballeros participaban de  
tales beneficios, porque esto á don Braulio le hubiera  
parecido injusto y poco humanitario. Era preciso que  
el pueblo gozase á su vez la parte que debia tocarle  
en tales regocijos, y para el efecto llamaba algunos  
gaiteros y tamborileros, ponía una ó dos pipas de buen  
vino á las puertas de su casa, raciones de carne bien  
guisada y hogazas de pan, y el pobre no tenia mas que  
llegar, llenar el vientre, beber su taza de vino, y...  
¡viva don Braulio! gritaba despues. Como él no ha na-  
cido ni nacera otro alguno tan bueno para el pobre.

Todo esto duraba hasta la *media noche*, y al fin don  
Braulio saliendo á su balcón arrojaba sobre la muche-  
dumbre dulces y dinero, como otro pudiera arrojar  
granos de arena.

—Don Braulio, usted se arruina por esas gentes que  
se alegran de verse buenas y no se lo agradecen, solia  
decirle algun amigo *caritativo* para todos menos para  
sí mismo.

—No lo crea usted, le respondia don Braulio con  
alguna ironía, pues á pesar de su excesiva bondad no

dejaba de conocer en dónde le apretaba el zapato. Si alguien me arruinase á mi no serian los pobres, sino los ricos. Lo que se gasta con el rico es la parte de trigo que en la parábola del Señor siembra el labrador sobre un peñasco, que no da fruto; pero lo que se da al pobre es la parte de grano que cae en buena tierra, no porque yo espere precisamente en este mundo la recompensa, sino en el otro. Además... ¿cree usted que la vida del hombre es tan larga que pueda uno temer á la miseria? Yo casi he andado ya mas de la mitad de la mia; el mundo se acaba presto y es preciso que pague al fin estos placeres con que ahora me regalo. Y añadia en seguida dirigiéndose al pueblo:

—Alegraos, desgraciados, alegraos, que para mí y para vosotros me ha dejado ganar Dios lo que poseo. Tened un día de contento en la vida ya que siempre florais, sin hallar consuelo, alegraos y emborrachaos, que aunque ese es un abominable vicio, yo espero que por una sola vez al año, el Señor os perdonará.

—¡Es mucho hombre! murmuraban entonces á su espalda todos los convidados. En su bolsa mete la mano todo aquel á quien se le antoja llamarse desgraciado ó amigo. Su prurito de hacer bien no es ya mas que una manía y aun podríamos añadir que estaba loco, si fuera de esto no razonase como el mas juicioso: pero es de dudar que Dios le tome todo esto en cuenta cuando muera, pues en resumen no hay aquí mas sino que el pobre ha nacido despilfarrado y cumple su mision.

—Ayudándole nosotros, añadia alguno á quien el buen vino del despilfarrado empezaba á calentar los cascos.

—Amigo, respondia otro, poco mas ó menos en el mismo estado que su compañero de mesa, «locos lo dan y cuerdos lo reciben,» el refran es ya muy viejo y mientras mas viejo mas verdadero, segun mis cálculos. Y aunque suelen decir que en cuestiones de estraña conciencia (muy estrecha debe ser en efecto) tanto peca el pródigo como el que ayuda á malgastar los bienes del pródigo, á mí no me conviene creerlo, y no lo creo.

—Suspender el pensamiento es lo mejor, añadia un hacendado de primer orden que solo creia en la sabiduría de los abogados y de San Agustín. Todas esas son cuestiones puramente teológicas, y allá la Iglesia que las aclare. Nosotros, pobres ignorantes y legos en la materia, obrando como está en el uso y en las costumbres de nuestro país, tenemos bastante. Comamos, pues, ya que don Braulio nos convida; hé aquí un pastel cuyo olor resuscita los muertos.

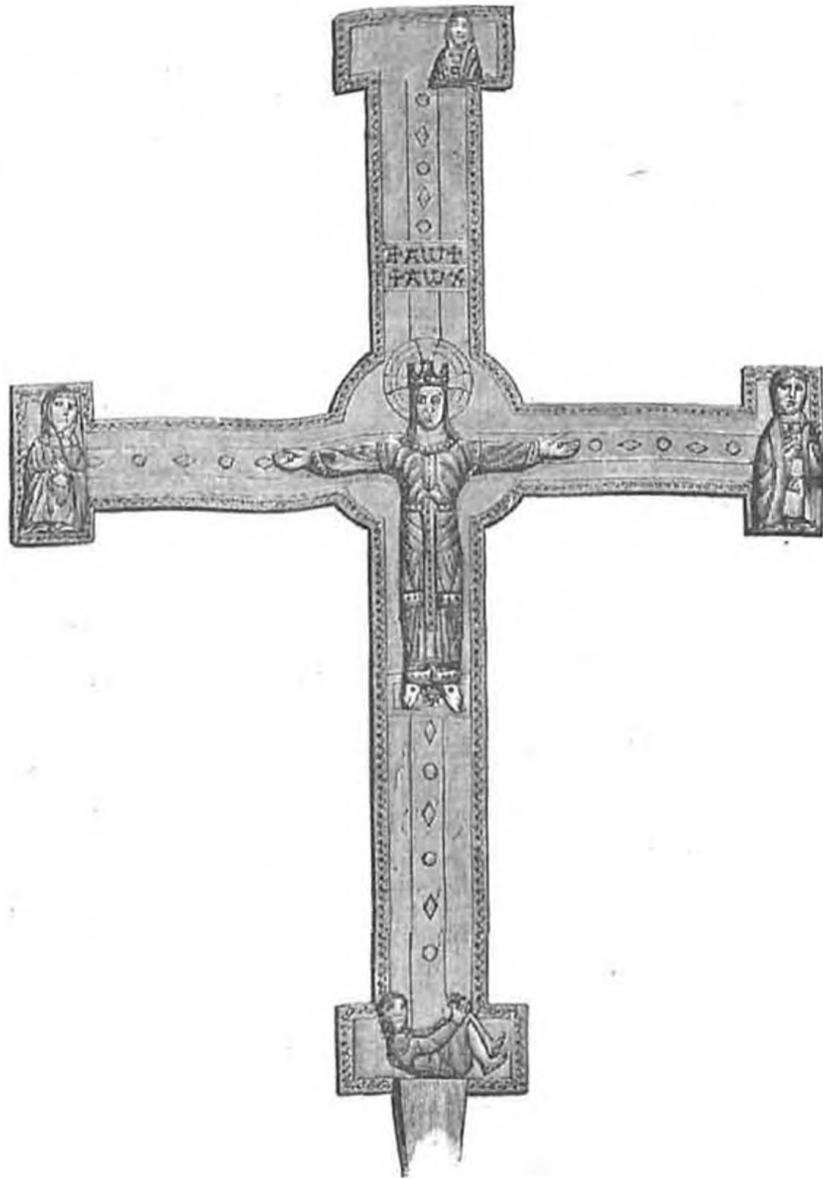
Y aquellas gentes honradas ¿quién se atreveria á asegurar lo contrario? comian los manjares en que se iba derritiendo la conciencia del comerciante, sin el menor escrúpulo de conciencia, por aquello de que es-

taba en el uso «darlo locos y recibirlo cuerdo.»

Pero es el caso que acostumbrado don Braulio á aquel esplendor que le rodeó hasta el invierno de su vida, cuando despues en su indigencia veia á alguno de sus antiguos amigos bien acomodados portarse de una manera mezquina en aquellos dias que él se habia complacido festejar, se entraba de rondon hasta la cocina, y tomando asiento al lado del hogar, mientras dirigia una oblicua mirada á las cazuelas y á las ollas, echaba un sermón sobre las gentes tacañas y la tacañería, que ardía en un candil.

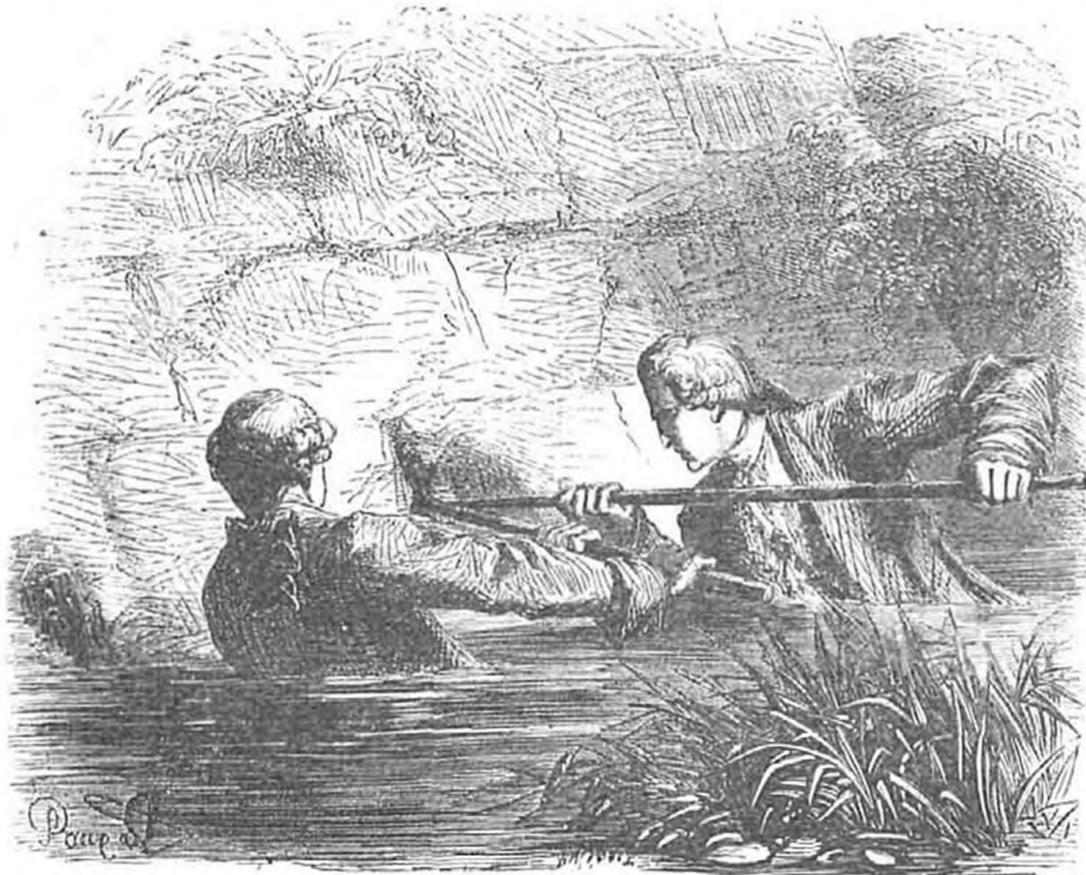
—¡Psel esclamaba, se conoce que la fortuna de don Braulio ha dejado ya de existir. Desde que él es pobre no se ha visto en esta maldita villa una fiesta como Dios manda. Don Fulano, bien podía usted en un día como el de hoy haber mandado hacer una ollita para esos pobres hambrientos que andan rondando en torno de la puerta. Peste sobre los avaros; en el mismo sepulcro han de ser perseguidos por los desrapados que le piden pan. Don Fulano, quede usted con Dios, hoy no me sentaré á la mesa de usted, no acostumbré contentarme en un convite con el ala de un pollo lisico: muchas gracias y buen provecho.

—¡Insolente! replicaba entonces á espaldas de don Braulio el amo de la casa: á fe que debiera tener presente su situacion y no meterse á gobernar vidas ajenas. Gracias á Dios no hemos nacido todos con el fa-



CRUZ BIZANTINA DEL SIGLO IV, QUE EXISTE EN EL ANTIGUO MONASTERIO DE SAN JUAN DE LAS ABADESAS.

## CAUSAS CELEBRES ESPAÑOLAS Y ESTRANJERAS.



La estraordinaria aceptación que obtiene esta obra nos ha impulsado á hacer una nueva edicion en el mismo tamaño y con iguales grabados que la primera, pero á un precio mas reducido para hacerla asequible á todas las fortunas.

CONDICIONES DE LA SUSCRIPCION.—Se repartirá por entregas de 8 grandes páginas, con grabados intercalados en el texto.

Cada 25 ó 30 entregas forman un tomo, y la colección de Causas constará de 5 tomos.

El precio de cada entrega es 6 cuartos en toda España.

tal instinto de despilfarro que á él le anima, pero de cualquier modo no tengo por qué oír sus impertinencias, y de hoy en adelante le cerraré las puertas de mi casa. En verdad que de los miles de veces que he comido en la suya, me he librado muy bien de hacerlo ninguna objecion respecto de sus dispendios y locuras; comia, callaba, y adelanté la procesion.

—¡Toma! solia responderle su esposa. ¿Y qué otra cosa te correspondia hacer cuando á ti nada te costaba darte un atracon de ricos bocados? Eso debe hacer toda persona prudente, y no entremeterse en donde nadie le llama á uno como él hace ahora.

De este modo la mayor parte de hacendados y personas respetables y de buen gobierno de la villa negaron la entrada en su casa al arruinado comerciante, quien cuando los tropezaba solia esclamar en tono recio:

—Mal me quieren mis comadres porque digo las verdades. Y aunque sin importársele un ardite semejantes desaires, proseguia filosofando, empezaba á comprender, sin arrepentirse por eso de lo pasado, que la mayor parte de los hombres eran ingratos y egoistas, y que por eso dice aquel refran que á él le habia parecido siempre confuso, «haz bien sin mirar á quien,» y «nunca por el bien que lagas esperes ser remunerado en la tierra.»

Por eso, cada vez mas alejado de aquellas gentes, de las cuales en otro tiempo habia sido el idolo estrechó su amistad con la anciana y el hidalgo, diciendo para sí:—Nunca procures íntima amistad con los que sean menos que tú, ni con los que sean mas que tú, porque los primeros te envidiarán, y los segundos te tendrán siempre en menos. Hé aquí las cosas amargas que enseña la esperiencia, añadia. Cuando yo era rico no sabia nada de esto, y ojalá nunca hubiera llegado á saberlo. Me duele encontrarme á mal con la humanidad, de la cual formo parte.

(Se continuará).

ROSALÍA CASTRO DE MURGUIA.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

En países tiranizados no cabe amor á la patria.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPÁR.

IMPRESA DE GASPÁR Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRINCEPE, 4.

Y entonces fue cuando escribió la historia y en bronce los cincos esculpieron, hechos y hazañas de eternal memoria que eclipsaron los timbres y la gloria, de los que patria y libertad nos dieron.

Y poblando el estenso continente del clima de las cálidas arenas, otra España en América, potente, fundó el poder de la española gente con la sangre y el fuego de sus venas.

Y levantó con atrevido aliento, acueductos y templos, y ciudades, del arte emporio, y de riqueza asiento; y leyes dió que son un monumento, pasmo y admiración de las edades.

Hizo mas: los salvajes alaridos que el bárbaro lanzaba en la frontera de aquellos territorios estendidos, apagó con los místicos sonidos que eleva á Dios la cristiandad entera.

Y fue tan alta su mision y honrosa, y fueron sus afanes tan prolijos, que á pesar de la suerte veleidosa, España como madre cariñosa tan solo tuvo amor para sus hijos.

A América, cual hija verdadera, sin desmentir un punto su hidalguía, con su nombre la dió su vida entera; la hubiera dado mas si mas hubiera; ¿pudo hacer mas que dar lo que tenía?..

¡Pero inútil afán!.. ¡Todo fue en vano!.. Aquella raza de su ser deudora, paga su deuda con el odio iusano, y al fin se rompe el lazo americano de nuestro siglo en la sangrienta aurora.

Ya brilla el sol en su mayor altura; desde entonces acá ¡cuántos ultrajes te han inferido, oh patria sin ventura, los pueblos que te deben su cultura y que aun fueran sin tí pueblos salvajes!

América, la joven renegada, á millares las víctimas inmola; y en su carrera, á compasion cerrada, es la sangre española derramada, nada mas que por ser sangre española.

¡Y un crimen á otro crimen se sucede; y el insulto amontona á los insultos; ¡hija á la bondad ni á la amenaza cede; y deja, porque mas hacer no puede, los restos de su crimen, insepultos!

Hoy provoca otra lucha parricida que á eurojocer comienza el Oceano; ¡por sus hijos España es maldecida!... ¡pero tal maldicion, por fermentada, tienen que pronunciarla en castellano!

¡Qué mengua! ¡qué baldón!.. Tan iracundo odio, la historia juzgará severa: ya en su criterio universal, profundo, los apellida la opinion del mundo, nuevos Caines de la raza ibera!

Si llega el día del atroz castigo, y el enemigo yanke á cintarazos cruza el rostro y afrenta á su enemigo, ¿dónde hallarán la sombra de un amigo, si han roto ya de la amistad los lazos?

Los pueblos que sus crímenes no lloran y aguas de ingratitud pútridas beben, si los castigan el perdon implozan. ¡Perdónalos Señor, que ellos ignoran lo que á su raza y á su nombre deben!

¡Ay de los que á sus padres ultrajaron!.. la torpe envidia y la rastrera saña que los odios sin término engendraron, sus dardos ponzoñosos arrojaron al noble pecho de la noble España:

¡Mas no hay honra, ni honor, ni patriotismo, que no tenga una página en su historia!.. ¡ábrase al fin, en rudo cataclismo, para el malvado el antro del abismo, y para el justo el templo de la gloria!

AURELIANO RUIZ.

## RUINAS.

### II.

Entre las tres ruinas Montenegro era el menos satirizado por las gentes *razonables*, sin duda porque ni tomaba chocolate ni vasos de agua con azucarillo (si alguna vez se lo traían no lo tocaba, diciendo que no le gustaba el agua azucarada, y la señora de casa tenía con esto motivo de decir: Ya no le servimos á usted

azucarillo, puesto que le deja en la bandeja). Montenegro sabía con qué gente trataba, ni se permitía la menor objecion sobre los asuntos de cada uno, y sin embargo, era el que mas sufría.

Mientras don Braulio y doña Isabel tenían suficiente valor y suficiente energía para no hacer caso de quien los despreciaba, Montenegro con la susceptibilidad de su carácter, su noble corazón y su prurito de caballero, sin que nunca se realizasen sus ilusiones, y viendo cómo su madre moría en la miseria, una melancolía devoradora fue poco á poco invadiendo su espíritu, ocupado siempre en una idea fija. Sin hallar nunca término á sus estudios, venía á encontrarse después de largo tiempo de una asiduidad exagerada en la lectura, con que nada sabía, y muchas veces concluyó por echar á los ratones la culpa de su ignorancia por haberle roído acaso la mejor parte de sus libros, pues ya iba dudando de su ingenio para poder adivinar lo que en ellos faltaba. Además otra causa oculta y sin duda aun mas poderosa que su pleito, le preocupaba. Sus amigos lo notaron, pero en vano procuraron adivinarle, era un misterio, un secreto que el hidalgo se reservaba. Sin embargo, como las mujeres tienen por lo general una mirada penetrante para sondear ciertas heridas del alma, doña Isabel notó que Montenegro se ocupaba mas que nunca de su persona y de su traje, con el cual parecía andar en estremo mortificado.

Esto no hubiera debido parecerle muy extraño, cuando dicho traje iba siendo cada vez mas viejo, cuando su sombrero tomaba el color dorado ó mas bien tornasol del ala de una mosca, que él procuraba en vano encubrir alisando la felpa con un paño mojado antes de salir á la calle, y cuando sus hotas, riéndose descaradamente como mujeres sin vergüenza, descubrían los rotos calcetines de lana blanca y los zurcidos que en ellos le hacía casi á tientas su anciana madre.

Doña Isabel con sus ojos de linca, vieja no obstante, otra causa, al través de esta multitud de causas que parecían suficientes para mortificar á un hidalgo como Montenegro, así se decidió un día á abordar la cuestion, pero á esponerse á parecer importuna, á su susceptible amigo, pero todo era menos en su concepto que verle morir de tristeza, sin saber fijamente la causa por qué moría.

Montenegro llegaba á su lado muchas veces con los ojos hinchados como de haber llorado, aun cuando procuraba ocultarlo cuidadosamente; otras sus dos amigos le veían andar errante por parajes solitarios y como hablando consigo mismo. Todo el mundo notó que Montenegro estaba cambiado, pero como su ropa era cada vez mas haraposa, le tenían lástima desde lejos y muchas veces permanecía en la reunion solo en un rincón de la sala, al cual nadie se acercaba lo mismo que si allí hubiese un apestado.

En tanto se aproximaba uno de esos inviernos tempestuosos y abundantes en lluvias que dejan recuerdo en aquellas comarcas, inundando los campos, desbordando los rios y haciendo inhabitable la choza del pobre. El mes de octubre tocaba á su término, cubriendo el césped de los bosques con la hoja seca, que los enfermos y los ancianos sentados en el umbral de la puerta ó al pie de la ventana, mientras un rayo de sol calienta sus miembros ateridos, miran caer al son del viento, que las arrastra de remolino en remolino, como el presagio de su fin.

Para aprovecharse del último sol de otoño que acaso debían ver brillar en la tierra, doña Isabel y don Braulio solían pasear algunas veces por un bosque cercano á la ciudad, y aun cuando como hemos dicho tenían alegre humor, no dejaban de reflexionar algunas veces sobre su vida pasada, que ya no era para ellos mas que un recuerdo vano y sobre su porvenir, cuya perspectiva era una tumba abierta bajo sus pies.

—Todos los que hemos visto niños son ya hombres, decía doña Isabel; los árboles que en los días de mi juventud daban ricos frutos, hoy ya están secos; la casa en donde nací ha cambiado, porque una nueva familia ha introducido y mezclado en ella nuevos usos con los usos viejos; de manera don Braulio que en la edad que contamos ya no venimos á ser otra cosa en este mundo que dos piedras desprendidas de un edificio arruinado; pero así y todo yo vivo todavía contenta, y por mas que lo pretendo no puedo hallar agradable la muerte, sino que la detesto cada vez mas, siendo la única cosa que aborrezco de cuanto Dios ha hecho en todo el universo.

—Pues yo, señora, ¿qué le diré á usted? encuentro la muerte justa y natural, y me resigno á ella, con el íntimo convencimiento de que para morir he nacido. Si bien no me pesaría, lo confieso, quedarme por acá hasta al fin del mundo, si quiera fuese para alegrar la vida de algunos pobres con buenos vestidos, buenas comidas y mejores vinos. Dias hay que empiezan á parecerme largos, y otros que pasan demasiado aprisa, como si no quisieran que un pobre viejo gozase de ello plenamente. No tengo á nadie en el mundo á quien pueda interesar mi vida; mis antiguos conocidos se han vuelto cada vez mas tacaños, y no ve uno á su paso mas que penalidades, que ya no le es dado remediar. De modo, señora, que reconozco como usted dice que no somos mas que unas pobres ruinas... Y sin embargo... ¿no ve usted ese sol? ¿y así hablando

como buenos amigos no se van pasando las horas muy agradablemente? En realidad no debiera uno ni morir ni envejecer; pero hé ahí el pobre Montenegro que es joven todavía, que aun puede esperar algo del porvenir, y que sin embargo ha dado en la manía de ponerse triste.

—Ciertamente, repuso doña Isabel, y lo que mas me allige es no poder consolarle. Si yo pudiera adivinar...

—Nada, señora, adivinado está. Montenegro es pobre, y además no ha sido nunca rico. ¡que yo no hubiera conocido su miseria antes de haberme arruinado!

—Sería en vano: él no quiere mas que lo suyo; no admite nada de nadie, aunque con nosotros hace una escepcion. Pero no crea usted que la única causa de su tristeza es la pobreza; las mujeres entendemos mas que ustedes de estas cosas; solo el amor es capaz de hacer decaer el ánimo de un hombre como Montenegro.

—Quizá tenga usted razon; ¡y no haber caído antes en ello! pues que se case, que es el remedio infalible para curar un amor violento. Por eso yo que encontraba muy hermosa esa enfermedad, he querido permanecer siempre enfermo.

—¿Que se case! ¿puede hacerlo un hombre en la situacion de Montenegro?

—¡Válgate Dios! ¡en todo tiene usted mas prevision que yo!... que no se case entonces, señora, y que se deje arrastrar por los instintos... pero en resumen, yo me trabuco un poco cuando trato de dar consejos. Usted que tiene mas talento que yo decidirá...

—Decidir!.. Montenegro no es mas que un amigo que me estima y á quien estimo infinito, pero que me guarda su secreto. No obstante, no por curiosidad, Dios bien lo sabe, sino para si puedo remediar su mal pienso observarle detenidamente, y desde hoy iré á la reunion todas las noches... me parece que conozco á la delincuente...

Su conversacion fue interrumpida con la presencia de Montenegro, que con el rostro encendido y con cierto brillo extraño en la mirada, se adelantaba hacia ellos por entre los árboles del bosque. Los dos ancianos se admiraron de su aspecto, y le preguntaron inquietos si estaba enfermo.

—¡Oh! nada de eso, contestó con una animacion particular. Únicamente he pasado hoy siete horas seguidas leyendo y se me ha cargado un poco la cabeza. Pero se hace indispensable al fin que esto termine de una vez, tengo otros dos libros mas, y es preciso que los devore en pocos dias, y que cada palabra quede impresa en mi cerebro como lo está en el papel. Mis deudores sucumbirán, no hay remedio; ¡pero no será sin que les deje pan para comer! Antes pensaba de otro modo, mas ahora voy creyendo, que sería demasiada expiacion, hacer que esos usurpadores de mi hacienda, tuviesen que ver á su anciana madre morir-se de hambre y trabajar como una criada. ¡No podré ser tan cruel!

Don Braulio y doña Isabel, al oír esto, se miraron con cierta extrañeza, porque jamás su amigo les había hablado con el acento que entonces lo hacía. Doña Isabel no se atrevió sin embargo á decirle la menor palabra, pero el comerciante no pudo menos de esclamar con la franqueza un tanto brusca que le era propia.

—Señor de Montenegro, se me antoja creer que se esplica usted hoy de una manera poco acostumbrada. ¿Le habrá á usted acontecido alguna cosa? ¿Esos pedantes de parientes que le ha dado á usted la mala suerte, le habrán ofendido?

—¿Ellos? respondió al punto Montenegro en el mismo tono exaltado. Saben que soy de su sangre, que nací noble y que á la menor palabra hubiera ido á buscar la espada de mi padre que en donde quiera ha derribado el brazo enemigo. No, no es nada, no me ha sucedido nada. Mi madre, ¡la pobrecilla! se ha mojado mucho al querer vadear un riachuelo, á donde por distraerse había ido á lavar unos pañuelos, solo por distraerse. Ahora le ataca la reuma y está constipada, pero no será nada, porque mi señora y querida madre ha nacido fuerte ¡la pobrecilla! y resiste, eso sí; resiste á la fatiga como si tuviese quince años; yo lo sé bien. Por lo demas, mis queridos amigos, un gran pensamiento llena de continuo mi cabeza, derribar á mis usurpadores. Esto ya lo saben ustedes, y todo el misterio no se reduce á otra cosa como no se trate de cierto secreto que guardo en mi corazón.

—¿Un secreto? dijo doña Isabel sin poder contenerse, lo respeto; pero siento no estar al alcance de él.

—Quizá pasada esta noche pueda revelarles á ustedes algo... pero por ahora no hablemos mas de esto.

Montenegro calló y sus amigos no se atrevieron á decirle una palabra mas. El rostro del hidalgo tenía un aspecto ardiente y sombrío á la vez que les inquietaba sobre su porvenir: por eso la anciana no dejó de asistir aquella noche á la tertulia, á pesar de la lluvia y del viento que arreciaba con furor.

Cuando entró en el salon, ya Montenegro se hallaba solo, sentado detrás del piano, y ensimismado al parecer en vagos pensamientos. Ya miraba hacia el techo, cuya blanca monotonía nada podía ofrecerle de nuevo, ya acariciaba su rubia barba ó hacia girar en



El zapatero.



El carnicero.



El magistrado.



El hombre de letras.



El boticario.



El músico.

torno sus ojos, como si mirase sin ver. Ni siquiera notó que doña Isabel había entrado á pesar de que á su presencia se levantó un clamor unánime dando la bienvenida. Doña Isabel no quiso tampoco ir á importunarle, por el contrario, fué á sentarse muy lejos, desde un puesto en donde podía observar sin ser observada.

Pronto los ecos del piano resonaron, las parejas se pusieron en movimiento, y la sala tomó un aspecto de animación, que nadie hubiera esperado en la reunión casera de una tan pequeña villa, lo cual consiste en que todos allí tienen aspiraciones á poner en práctica, las costumbres de las grandes capitales. Y eso sí, no hay

que dudar que lo consiguen en parte, sobre todo, cuando se trata de cierta escuela que no podemos mentar por temor á que su solo nombre, á pesar del *que se me da á mí* que les es propio, pudiera dar lugar á una querrela contra nosotros, entre los habitantes de aquel pueblo, con quien no queremos estar á mul por nada del mundo. Sus venganzas tienen algo con aquella máxima de Maquiavelo: «Calumnia, calumnia, que algo queda.» Sépase, pues, que no queremos nunca hacer la menor ofensa al pueblo en cuestión. Cuando también trata á sus amigos, ¿qué hará con sus enemigos?

Montenegro fue el único que no se movió de su

asiento ni dirigió siquiera sus miradas al torbellino que rodaba delante de él, lo cual le hizo ver á doña Isabel que Montenegro estaba aun mas cambiado de lo que ella creía. Pero de pronto una voz algo atiplada se hizo oír entre el rumor del baile y de la música, y una jóven alta y de mirada desdñosa y enfática, penetró en la sala, rigidamente vestida á la moda de su tiempo, lo cual era ya una razon, para que le pareciese á la anciana mas detestable que las demás, aun sin tomar en cuenta su mirada de príncipe chino. La jóven en cuestión era bastante linda, pero era su hermosura de esas á las cuales se prefiere mil veces una fisonomía simpática ó una dulce voz. Sin embargo, era aquella la que había encantado al pobre Montenegro. Doña Isabel no se había engañado, y se sintió avergonzada por el hidalgo, al ver que el noble amigo suyo, aquel excelente caballero de corazón honrado y delicadeza infinita, se había enamorado de aquella que le parecía un mamarracho inflado, una muñeca de resorte, cuyos ojos eran de cristal y tinta de china. Montenegro estaba loco por aquella criatura, la menos capaz de tenerle lástima y de comprender, al través de las rarezas que había creado en él la miseria, sus excelentes cualidades.

(Se continuará.)

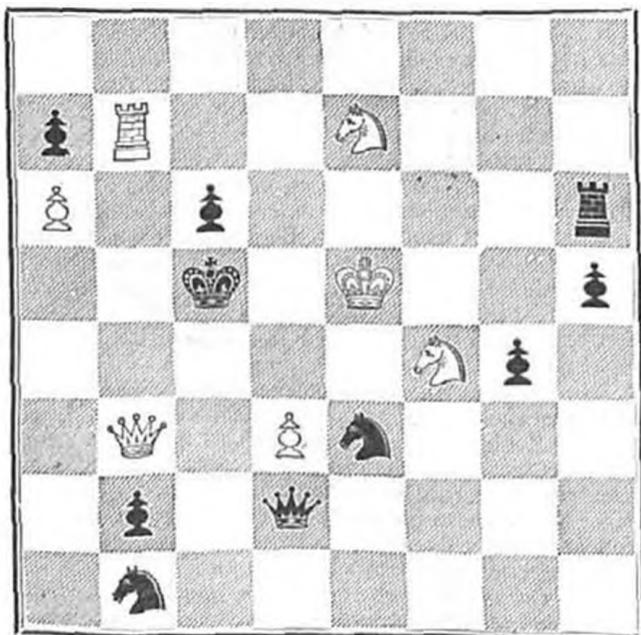
ROSALÍA CASTRO DE MURGUÍA.

JUEGO DEL AJEDREZ.

PROBLEMA NUM. 49.

COMPUERTO POR DON M. FONTANA (DE LORCA).

NEGROS.



BLANCOS.

LOS BLANCOS DAN MATE EN CUATRO JUGADAS

SOLUCION DEL PROBLEMA NUM. 47 (1).

- |                    |                   |
|--------------------|-------------------|
| Blancos.           | Negros.           |
| 1.º D 3 T R        | 1.º R 2 A (A) (B) |
| 2.º D 8 T          | 2.º R juega.      |
| 3.º C 5 R j. mate. |                   |
| 1.º                | (A) 1.º R 2 D     |
| 2.º D 5 T D        | 2.º R c R         |
| 3.º D 7 R j. mate. |                   |
| 1.º                | (B) 1.º R c A     |
| 2.º D 7 T          | 2.º R c R         |
| 3.º D 7 R j. mate. |                   |

SOLUCIONES EXACTAS.

Café nuevo del Siglo: señores G. Dominguez; J. Gonzalez; J. Iglesias; R. V. Garcés; R. Cauedo, de Madrid.—M. Zamora, de Almería.—J. S. Fábregas, de Tarragona.—M. Campá Porta, de Vich.—Señores socios del casino de Lorca.

SOLUCION DEL PROBLEMA NUM. XXX.

- |                  |                      |
|------------------|----------------------|
| 1.º C 5 A R jaq. | 1.º R 5 A R          |
| 2.º A 8 D jaq.   | 2.º A 2 R            |
| 3.º P 4 T D      | 3.º A 1 A jaq. mate. |

SOLUCIONES EXACTAS.

Café nuevo del Siglo: señores J. Iglesias, M. FREG. E. Castro, J. Oller, N. Espinosa, de Madrid.—M. Campá Porta, de Vich.—J. S. Fábregas, de Tarragona.—M. Zamora, de Almería.

(1) Este problema se publicó equivocadamente con el número 4.

GEROGLIFICO.



La solución de éste en el próximo número.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, O. JOSE GASPAR. IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRINCIPLE, 4.

va sus lechos alrededor del monumento del Santo Sepulcro, de donde ha de salir el fuego sagrado; otros se sientan al pie de las columnas, dejando apenas espacio para la circulación, que no se hace sino pisándolos. Llena la cúpula, se refugian en el coro de los griegos y en las galerías superiores. En la pared exterior del coro de los griegos se ven grandes armarios elevados tres metros sobre el nivel del suelo. A los escasos rayos de luz que penetran por las ventanas, se ven acurrucadas, apretadas en líneas como los libros de una biblioteca, un gran número de mujeres, que nos recuerdan los ídolos de los templos de la India.

«Ocupada la superficie entera de la iglesia, aun procuran estenderla para hallar un sitio tan deseado, un sitio por el cual han arrostrado tantos peligros y fatigas. Apoderáuse de todas las partes salientes de las columnas y de las cornisas, y establecen pequeños tabladillos formando plataformas en que pueden aun colocarse por encima de la multitud. Aquí se está á lo menos en mas libertad: entre las columnas, como en una localidad de teatro. Véase continuamente una procesion de hombres, de mujeres, de niños, que traen objetos de campamento. Se come, se fuma, se toma café sin gran tumulto: la policia no tiene que intervenir. Solo al entrar se toma una medida preventiva: se registra á los hombres, y se depositan sus armas, ocultas ó aparentes, en el divan. Pistolas, puñales, yataganes, están allí á la vista en un curioso desorden. Desde la hoja comun, envuelta en una gruesa vaina de cuero, hasta el puñal damasquinado con la suya de terciopelo y relieves de oro y pedrería.

«Y todos se dejan registrar sin oponer la menor resistencia.»

Mientras que los griegos arampan así en la iglesia del Santo Sepulcro, los latinos oran aun en las estancias de la Via Dolorosa, y no vuelven al templo hasta la noche para asistir á una procesion, que es en cierto modo todo un drama en accion y dura hasta media noche.

Una figura de bulto representa á Jesus con cabeza y miembros flexibles.

A las seis de la tarde los padres de Tierra Santa salen con este gran Crucifijo de la capilla de la Santa Virgen. Seguidos de fieles y con antorchas en las manos, van cantando alternativamente el *Stabat Mater* y el *Miserere*. Beliéense sucesivamente en los altares de la *Division del vestimento* y del *Oprobio*, donde se recitan las primeras escenas de la Pasion. Despues se dirigen hácia el Calvario, y un sacerdote refiere entonces, mostrando el Crucifijo, todo lo que el Hijo de Dios padeció en el Gólgota. Otros sacerdotes toman la divina imágen, la fijan con clavos á una cruz y la plantan en el mismo agujero en que se plantaba en otro tiempo el árbol divino de la humana redencion. La relacion del drama continúa. La voz del predicador se sofoca entre los gritos y sollazas, no solo de los presentes, sino tambien de los que están en el fondo de la iglesia. Por mucho tiempo no se oye mas que este ruido doloroso arriba y abajo, debilitándose ó creciendo como á ráfagas en la vasta estension del santuario. Finalmente, un religioso se acerca á la cruz, trayendo en una mano un martillo y en otra unas tenazas. Primero arranca la corona de espinas, en cuyo momento se inclina la cabeza de Jesus; despues los clavos de las manos, que caen á lo largo del cuerpo; ultimamente, los clavos de los pies, desliziándose el cuerpo en lienzos que tienen otros religiosos. La procesion entonces se pone en movimiento, llevando el sagrado cuerpo á la piedra de la Uncion, donde prosigue el drama imitativo. Un paño blanco cubre el mármol rojo, en cuyos cuatro ángulos hay unos vasos de perfumes. Un sacerdote los derrama en el cuerpo, envuelto en un sudario, y quema aromas, recordando las palabras del Evangelio. Por último, se deposita el Cristo, entre lamentaciones dolorosas, en el interior del Santo Sepulcro, sobre el mármol que lo cubre.

(Se concluirá)

X.

ASUNTOS DE CHILE.

QUINTA DE LOS DUQUES MERCANTES CHILENOS, APRESADOS POR LA ESCUADRA ESPAÑOLA. DE UN CROQUIS REMITIDO.

Las partes telegráficas primero, y despues diforntes correspondencias, nos han dado noticias de la quema de los buques mercantes chilenos apresados por nuestra escuadra en el curso del bloqueo de las costas y puertos enemigos. Esta inesperada determinacion del bizarro jefe de las fuerzas navales españolas, ha llenado de espanto al gobierno de Chile, el cual comienza á comprender cuán duras y terribles serán las represalias con que nuestros valientes marinos están dispuestos á vengar el agravio inferido á nuestra bandera con el alevoso apresamiento de la *Covadonga*.

REPAROS A UNAS DEMOSTRACIONES

CRITICAS.

Núm. 8.

(Párrafo 2.º de las demostraciones.—MUSEO UNIVERSAL SAT., núm. 51 de 1864).

Escribe el señor Acosta en el citado número, correspondiente al 18 de diciembre:

«*Texto de Cervantes*: «Estando en esto, vieron que hácia donde ellos estaban venia un hombre á pie, caminando apriesa y dando varazos á un macho, que venia cargado de lanzas y de alabardas. Cuando llegó á ellos, los saludó y pasó de largo. Don Quijote le dijo: buen hombre, deteneos; que parece que vais con mas diligencia que ese macho ha menester. No me puedo detener, señor, respondió el hombre, porque las armas que veis que aquí llevo, han de servir mañana; y así me es forzoso el no detenerme.»

«El señor Hartzembusch, en lugar de *mañana*, escribe *acaso mañana*...»

«Se ve clarisimamente en lo que hemos copiado del texto del *Quijote*, que el conductor de las armas caminaba con suma prisa. Su contestacion debia ser la mas favorable al propósito que de no detenerse habia hecho. Pues bien, *mañana* es mas perentorio que *acaso mañana*; y por eso dijo *mañana*, como escribió el gran Cervantes, y no *acaso mañana*, como escribe el señor Hartzembusch.»

No sin alguna prisa tambien andaría el señor Acosta, cuando al copiar el trozo que dejamos reimpresso, no reparó en omitir lo que puso Cervantes despues de las palabras: «me es forzoso el no detenerme.» Si-guiense estas: «Y á Dios. Pero si quisieredes saber para que las llevo (las armas), en la venta que está mas arriba de la ermita pienso alojar esta noche; y si es que haceis este mesmo camino, allí me hallareis, donde os contaré maravillas; y á Dios otra vez.»

Clarisimamente se ve en la segunda y última parte de la contestacion dada por el conductor del macho al buen Don Quijote, que no era la prisa de aquel tan grande como el señor Acosta supuso; bien pudo ingerir una palabra mas, antes del *mañana*, quien añadió en seguida mas de cuarenta.

Prisa llevaba el hombre; pero no le faltaban gani-llas de hablar, con las cuales no se repara en un vocablo de cinco letras. A no ser así, hubiera contestado sencillamente á Don Quijote: «No puedo detenerme: en la venta mas arriba de la ermita pienso alojar esta noche: si haceis este mesmo camino, allí me hallareis.» ¿A qué decirle nada ni de las armas, ni de las maravillas, cuando no se lo preguntaban? Era pues aquel buen hombre gentil hablador, como se vió luego en la puntual y saladísima relacion del asno perdido; y ya que habló con Don Quijote la primera vez mas de lo necesario, bien pudo y aun debió decirle lo conveniente:—la verdad, que no requería prolifas frases.

En las ediciones de Argamasilla se introdujo el ad-verbio *acaso* antes del *mañana* por esta razon.

Reunido en la venta el dueño del macho con Don Quijote, contó aquel á éste la ocurrencia de los dos regidores que rebuznaron para que un borrico les respondiera, y dijo al terminar su plática: «Yo creo que *mañana* ó *esotro dia* han de salir en campaña los de mi pueblo, que son los del rebuzno, contra otro lugar... y por sa-lir bien apercebidos, llevo compradas estas lanzas y ala-bardas que habeis visto.» Creia el hombre que saldrían á campaña sus convecinos ó al dia siguiente ó al otro; pero no lo sabia con seguridad; pues en efecto no sa-lieron hasta el cuarto dia despues: con que ó se con-tradijo el autor un poco, ó bien el conductor de las alabardas fingió ó mintió en algo, uno y otro sin necesi-dad, sin disculpa y sin gracia, defecto de que no se puede acusar á Cervantes.

El señor Acosta sostiene que entre decir primero «es-tas armas han de servir mañana» y decir despues «yo creo que mañana ó esotro han de salir en campaña los de mi pueblo.» no hay contradiccion; pues aunque en realidad mintió el de las armas, fue porque iba de prisa y queria llegar á la venta cuanto antes. Pero como no era tanta la prisa (y eso queda probado), ni el decir *acaso mañana* le obligaba á pararse; y sobre todo, como no se paró, sino que arreó al macho de tal manera «que no tuvo lugar Don Quijote de preguntarle qué maravillas eran las que pensaba decirles,» la impugna-cion del señor Acosta carece de razon, y por consi-guiente de fuerza.

Y con todo, muy lejos estoy de sostener la introduc-cion del adverbio *acaso*; pues aunque armoniza dos proposiciones que sin él aparecieran contradictorias, pudo la contradiccion consistir, no en la omision de esa voz, que no afirmaré yo la escribiese Cervantes, sino en que las de *han de servir* estén equivocadas, y fueran en el original *han de ser recibidas*, ó otras mas á propósito. Sin dificultad quedaria el pasaje leyendo: «las armas que veis que aquí llevo, *han han de recibirse*: ó *las he de entregar*, ó *las esperan*, ó *las de repartirse* mañana;» pues como el pueblo del rebuzno distaba so-lo de la venta cuatro leguas y media, claro es que el

comprador de las armas podia llegar á él y entregarlas al dia siguiente. Y repare el señor Acosta como pudo aquel hombre decir la verdad y justificar al mismo tiempo su prisa. Cuando Cervantes hace que mienta algun interlocutor de su inmortal novela, fácilmente puede comprender el por qué. Sancho, en la contienda con los yangüeses echó mano á su espada; Sancho sostuvo al disfrazado Tomé Cecial que nunca se la habia coñido; mintió Sancho para escusarse de reñir con el que burlescamente le provocaba; burla llena de chiste, porque al decir aquella mentira, ignoraba Sancho que hablaba con su vecino y compadre, quien le habria visto con espada todas las veces que la habia sacado. Mas cómica es aquella otra mentira de Sancho, compuesta de muchas, cuando sin haberse mo-vido del jardín de los Duques, y habiéndose figurado que habia hecho por los aires un viaje larguísimo, cuenta lances de él á los que le habian visto con los ojos vendados, inmóvil sobre Clavileño. No es de esta especie la mentira que atribuye al de las alabardas el señor Acosta. Quien tiene por bellezas de un libro in-consecuencias como el inoportuna y exageradamente celebrado *mañana*, en cualquier papelucho necio las hallará mas á menudo que en el *Quijote*.

El trozo que ha dado lugar á nuestra cuestion se ha-lla en la *Segunda parte del Ingenioso caballero*, capi-tulo XXIV: de esta segunda parte no se hizo mas que una impresion legitima en vida de Cervantes, que mu-rrió á los cinco meses de publicarla. Es tan defectuosa como la primera de la primera parte, de cuyos errores no es posible dudar al ver las enmiendas que trae la 2.ª y 3.ª edicion de Juan de la Cuesta. Defender el texto de la segunda parte de *Don Quijote*, es lo que seria defender constantemente el de la primera en la primitiva edicion, la cual, preferible á veces, en la mayoria de los casos no puede seguirse.

JUAN ELGENIO HARTZEMBUSCH.

RUINAS.

(CONTINUACION.)

En efecto; tan pronto llegó la joven, la fisonomía de Montenegro cambió de repente, donia Isabel le vió temblar, palidecer, tornarse rojo, y despues agitarse en su asiento como si tuviese hormiguilla, mientras la joven le miró, se sonrió de una manera clásica, y paso adelante, Montenegro levantándose entonces como movido por un resorte, la siguió sin parar hasta que la joven tomó asiento casi al lado de donia Isabel, que involuntariamente retiró atrás su silla.

Montenegro, puesto en pié delante de su idolo y haciendo lo posible porque sus flacas piernas no tem-blasen á impulsos de la emorion que sentia, le dijo con un aire humilde y modesto, que encerraba un mundo de sufrimientos.

—¿Julia!... ¿Julia!... ¿quiere usted bailar conmigo este vals? Solo éste.

—Sigue usted mal el compás, le contestó riéndosele en sus barbas.

—Pero usted es maestra, y yo aprenderé á las pri-meras vueltas.

—Pero va usted á tropezar, volvió á responderle próxima á lanzar una carejada, y mirando descaradamente para las suelas descosidas de las botas del hi-dalgo.

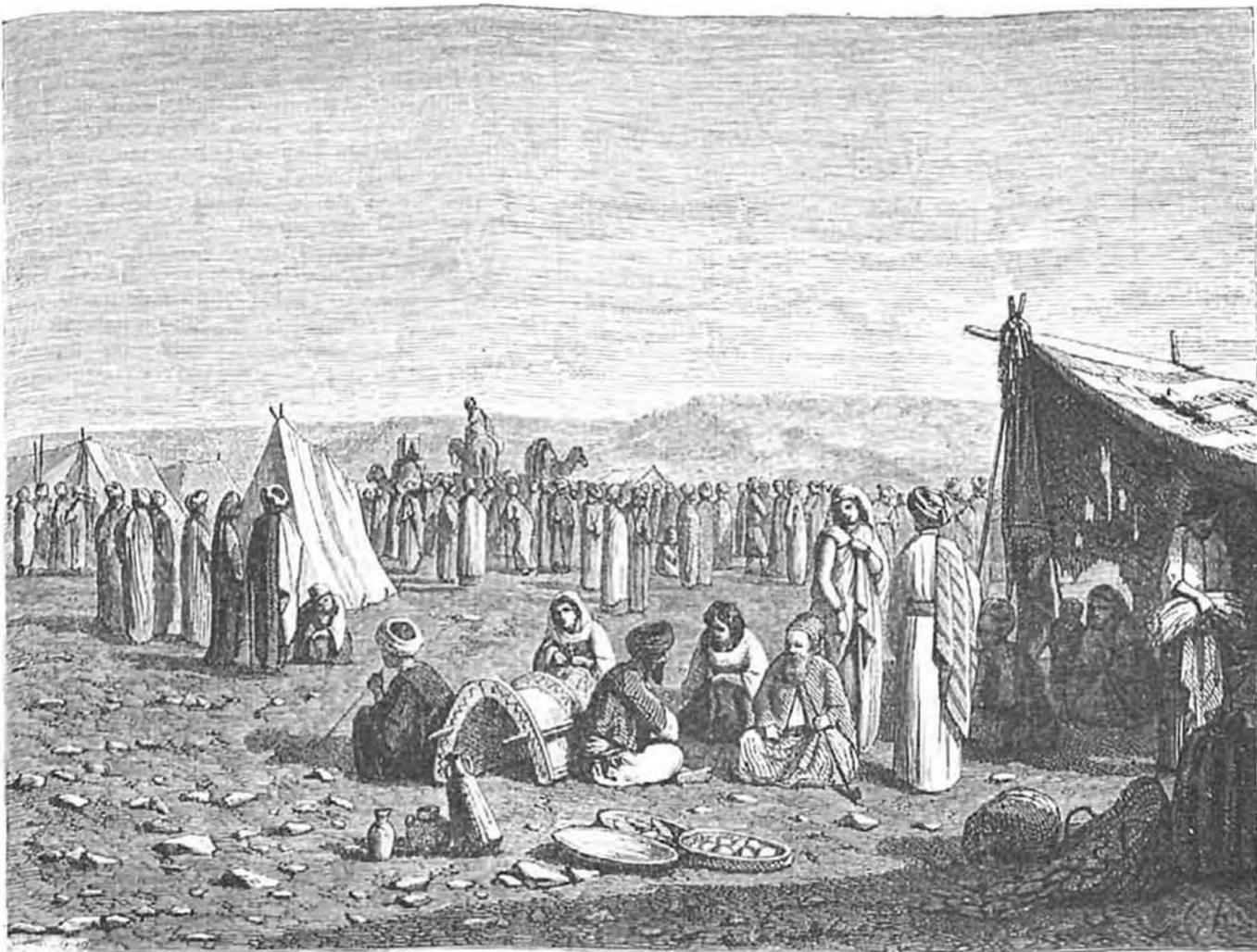
—¿Quizá!... respondió éste sintiendo que su rostro se cubria con el rubor de la vergüenza, y se retiró dos pasos. Siquiera las otras jóvenes no le hablaban nunca de sus botas. Pero la muñeca de ojos de cristal y tinta de china, sonriéndose para él dulcemente y atrayén-dole por la punta de la levita, añadió como si se hu-biese arrepentido de tanta crueldad.

—No vaya usted á ponerse compungido. Los hom-bres honrosos son detestables. No sea usted soberbio; mañana le traeré á usted unos zapatos nuevos y bai-laremos. Con esos es imposible.

—Es justo, muchacha. Tu abuelo era el zapatero del padre de Montenegro y á fé que le daba mucho que hacer. En recuerdo de esto, tu debes calzar al lijo.

La joven volvió la cabeza al escuchar estas palabras dichas en voz alta y que habian llamado la atencion de muchas personas. Donia Isabel era quien las habia di-cho, pero Montenegro al oirlas habia desaparecido.

Gran eco causó este suceso en la sala. Los unos se alegraban mucho de que la nieta del zapatero, hoy lija de un rico comerciante de *Lonja Cerrada* hubiese sido humillada en su orgullo, otros á quienes apretaba el zapato hecho en la misma horma, llamaban en su auxilio todos los sentimientos de igualdad y de frater-nidad que han sido predicados hasta el dia, á fin de condenar el comportamiento de la anciana, que echaba en cara á una pobre nina haber tenido un ascendiente honrado, un lijo del trabajo, un *maestro de obra prima* que todo lo habia ganado con el sudor de su frente. De lo cual se enorgullecía su nieta, aunque sin querer que le hablasen de ello porque gustaba mucho de la modestia tan recomendable en las jóvenes *doncellas*. Estas dignas gentes *siempre hijas del tra-bajo* encontraban justo que la nieta de un *lijo del*



DESCANSO DE UNA CARAVANA DE PEREGRINOS GRIEGOS QUE SE DIRIGEN A JERUSALEM.

trabajo insultase y echase en cara á un pobre hidalgo que traía los zapatos rotos, pero les pareció inicu que la anciana recordase á la joven doncella aquello mismo de que se honraba, es decir, que era nieta de un hijo del trabajo que le habia legado (todo con el sudor de su frente) mucho dinero, y la vanagloria de poder vanagloriarse en secreto por aquello de la modestia, de tan honesta y honrada progenie.

Pero doña Isabel escuchó impasible ciertas murmuraciones que en pró y en contra se levantaron en torno de ella, dispuesta á salir otra vez á la palestra si volvian á provocarla, pero aquellas buenas gentes que la conocian se libraron muy bien de ello, guardándosela para mejor ocasion. Ella no se despidió sin embargo sin coger un violin que halló á mano (era una gran profesora) é improvisar una cancion á estilo de su tiempo cuya letra decia asi:

En el picaro mundo,  
Que habitamos ¡ay si!...  
Toditos quieren dar  
Ninguno recibir.  
¡Ay si!... ¡Ay si!...  
¡Qué necias son las gentes,  
Qué necias, vive Dios,  
Que quieren zurrar siempre  
Y que las zurren no!  
¡Ay no!... ¡ay no!...  
Pero quieran, no quieran  
Danzan todos á un son,  
Que el mundo así fue hecho:  
Tranlarailon, tranlarailon.

Doña Isabel fue aplaudida como lo era siempre en tales casos, pero á pesar de su triunfo no pudo dormir

en toda la noche, pensando en la desgracia de Montenegro y juzgándola casi irremediable.

Cuando don Braulio vino á verla al otro día se lo contó todo, con muestras de la mayor afliccion.

—Nuestro amigo está perdido, le dijo por último. ¿Qué le parece á usted? ¡Perdido por una mocosuela bailadora de wals, que le echa en cara que no tiene zapatos! ¡Si yo fuese joven... don Braulio! La verdad diré como si estuviese para morir, yo he sido siempre muy quisquilloso en materia de gustos y quizá es por esto porque la figura de Montenegro no me choca ni pizca á pesar de su harba dorada y de su arrogante apostura; pero si yo fuese hoy joven, repito, hubiera sido capaz de ofrecerle mi mano á fin de que diese un bofetón al mundo, mas no hay que pensar en eso; esa chiquilla le desprecia y se acabó. Montenegro será capaz de morir de pena.

Asi habló doña Isabel, pero con gran asombro vió que don Braulio no se irritaba como ella, que permanecía impasible, ni mas ni menos que si se tratase de la indigestion de algun caballero de la villa, no pudo, pues, menos que esclamar un poco enojada.

—¿Y usted no dice nada? ¿Si querrá usted tambien abandonar al pobre Montenegro? No es cosa de chanza, no lo crea usted, debe estar enfermo el infeliz, y desesperado, pues cuando salió ayer de la tertulia llevaba el rostro desencajado y cadavérico.

Don Braulio se levantó al oír esto y dijo sonriendo:—Entonces es preciso que vayamos á su casa y que le salvemos: ligerito, ligerito.

—¡Bendito sea Dios! Ya me parecia que no podria usted haber cambiado tan pronto; pero eso de salvarle es demasiado. Solo siendo muy rico y viajando podria llegar á olvidar á esa mujer, que conozeo le ha herido en la mitad del corazon.

—Pues será rico, y viajará y olvidará á esa mujer que tiene mas lumos que una duquesa, y que parece un chorlito.

—¿Qué me dice usted? ¿Sus parientes consentirán acaso buenamente en devolverle, aunque no sea mas que parte de sus bienes?

—¡Qué señora! Tanto valdria decirle á un gato hambriento que soltase buenamente el pez que hubiese robado; pero, en fin, señora, sépalo usted de una vez.

(Se continuará.)

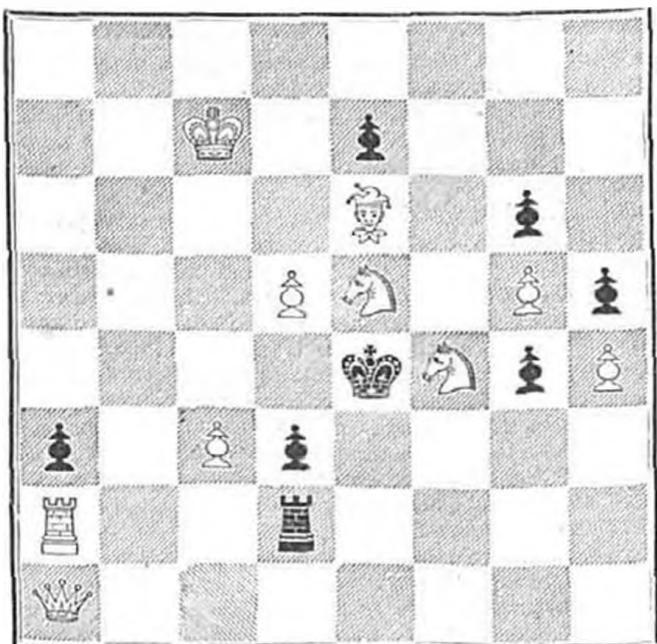
ROSALIA CASTRO DE MURGUIA.

JUEGO DEL AJEDREZ.

PROBLEMA NUM. 50.

COMPUERTO POR DON M. ZAMORA (DE ALMERIA).

NEGROS.



BLANCOS.

LOS BLANCOS DAN MATE EN TRES JUGADAS

SOLUCION DEL PROBLEMA NUM. 48.

- |                  |                      |
|------------------|----------------------|
| Blancos.         | Negros.              |
| 1.º D 2 A D jaq. | 1.º A 6 A D          |
| 2.º R T C        | 2.º P 6 C jaq.       |
| 3.º R e C        | 3.º P 7 C            |
| 4.º A 6 C R      | 4.º P 1 A            |
| 5.º T 5 R        | 5.º P 4 C            |
| 6.º P 5 T R      | 6.º P 5 C            |
| 7.º D e A D      | 7.º P 6 C            |
| 8.º D 5 R jaq.   | 8.º A 5 D            |
| 9.º T 5 C R      | 9.º A T D jaq. mate. |

SOLUCIONES EXACTAS.

Café nuevo del Siglo: señores C. Valdespino, V. M. Carvajal, G. Dominguez, E. Castro, R. V. Garces, J. Iglesias, J. Gonzalez, de Madrid.—J. S. Fábregas, de Tarragona.—M. Zamora, de Almería.—J. Romero, de Valladolid.—M. Campa Porta, de Vich.

SOLUCION DEL PROBLEMA NUM. 49.

- |                        |                           |
|------------------------|---------------------------|
| 1.º C 7 R 5 5 D        | 1.º D 6 A D jaq. (A) (B). |
| 2.º D 1 D jaq.         | 2.º C 1 D                 |
| 3.º P 1 D jaq.         | 3.º R 5 A D               |
| 4.º T 1 C D jaq. mate. |                           |
|                        | (A)                       |
| 2.º D 5 C D jaq.       | 1.º T 5 D á P juega.      |
| 3.º T 7 A D jaq.       | 2.º P 1 D                 |
| 4.º C 6 R jaq. mate.   | 3.º T 5 A D               |
|                        | (B)                       |
| 2.º D 1 C jaq.         | 1.º C 2 T D               |
| 3.º D 1 D jaq. mate.   | 2.º D 5 C D               |

SOLUCIONES EXACTAS.

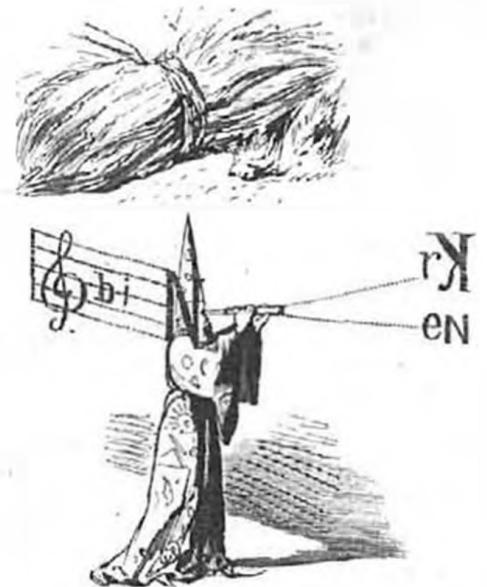
Café nuevo del Siglo: señores G. Dominguez, J. Gonzalez, E. Castro, J. Iglesias, de Madrid.—J. S. Fábregas, de Tarragona.—J. Romero, de Valladolid.—J. de Mazarredo, de Bilbao.

Correspondencia particular.—Señor don J. Romero.—Sirvase usted remitir las señas de su habitacion.

GEROGLIFICO.

SOLUCION DEL ANTERIOR.

En arca abierta el justo peca.



La solucion de éste en el próximo número.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPAR.  
IMPRESA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES: MADRID. PRINCIPLE, 4.

de la planta baja cubierta de una sólida bóveda, alejando de este modo el peligro de que pueda ser presa de las llamas esa rica y copiosa colección de manuscritos, que, si desapareciese, todo el oro del mundo no serviría de nada para remplazarla.

Los gabinetes de historia natural y de física, recientemente creados, puede asegurarse que son de lo mejor que en el día existe en España, pues las hermosas y variadas colecciones del primero y los numerosos y escogidos aparatos y máquinas del segundo, nada dejan que desear, sin que por esto se omita diligencia alguna para adquirir muchos objetos como demuestra la frecuencia con que se reciben remesas.

En cuanto á la parte material del edificio podemos asegurar que nunca le hemos visto en el estado en que hoy se encuentra por no notarse en él ni un ladrillo de sus pavimentos movido, ni la falta de una pizarra; y pues se van haciendo un poco largos estos breves apuntes de mi expedición, que de solo leerlos da frió por haberlos escrito al son del espantoso huracán que derrumbaba las chimeneas de las casas, pegado á los tizones y hasta con guantes y bufanda, dejó para otro día el hablar de lo más importante que se observa en el antiguo monasterio de San Lorenzo que es su buen método de enseñanza; la esmerada asistencia que por una módica pensión se da tanto á los jóvenes del seminario como del colegio, y otra multitud de menores que honran sobre manera así á las distinguidas personas que se hallan al frente de este gran establecimiento en que la piedad corre parejas con la ilustración, como á los ilustrados profesores que secundan tan acertadamente las elevadas al par que humillantes miras de aquellos.

Marzo de 1866.

P.

## LA FE (1).

*Quando na puede esperar  
ni es perdida  
la se defiende la vida.*  
CANCIONERO.

### I.

—Adios, el rey á pelear me envía  
al Africa abrasada,  
si tu amor se opusiera, rompería  
en tu reja mi espada.

—Vé á lidiar, pero lleva en el combate  
como escudo sagrado  
del corazón leal que por mi late  
la cruz que yo he bordado.

—Por ella de los árabes infieles  
como nupciales arras  
yo te traeré marlotas y alquícules  
y rotas cimitarras.

—Adios, dijo la dama en triste queja  
y bañando en sus lágrimas la reja  
partir le vió ligero.

### II.

Cuatro veces abril de gayas flores  
cubrió la madre tierra,  
desque el noble doncel soñando amores  
partió para la guerra.

Cuatro años há que en el altar del templo  
donde adora Castilla  
á su invicto patron de héroes ejemplo  
una lámpara brilla.

Cuatro años há que en vano su ventana  
dama de ilustre cuna  
cierra al primer albor de la mañana  
y abre al nacer la luna.

—No viene, dice ya la corte ociosa  
y el corazón deshecho.  
—Vendrá con ciega fe, dice la hermosa,  
llevó una cruz al pecho.

### III.

Más de nuevo tornó á buscar su nido  
la golondrina errante  
y pasar vió la dama el mes florido  
sin ver tornar su amante.

Detrás de la entornada celosía  
velando, en triste queja

(1) Del libro inédito *Cuentos de la villa*.

—¡ojala hubiera roto se decía  
su espada en esta reja!

Cuando una noche al trasponer los cerros  
la luna enamorada  
sintió en su reja restallar los hierros  
al choque de una espada.

¡El es! dijo al abrir, —y en grito ardiente  
oyó decir:— ¡Es ella!  
á tiempo que asomaba en el Oriente  
blanquísima una estrella.

JUAN A. DE VELDMA.

## RUINAS.

(CONTINUACION.)

¡Don Braulio es otra vez rico! no tanto como lo ha sido, pero bastante para hacer felices á más de cuatro desdichados. Ya no dará banquetes, exceptuando uno... pero sabrá repartir lo que Dios le ha dado.

Doña Isabel quedó al pronto muda de admiración; después bendijo á Dios porque empezaba á premiar en la tierra aquel sencillez corazón, y por último, le preguntó, sin temor á parecerle indiscreta, cómo había acontecido aquel milagro. Don Braulio le respondió: —Habla por el camino para no perder tiempo; ¿quién sabe lo que estará sufriendo ese pobre caballero?

Doña Isabel cogió inmediatamente su gran paraguas, arregló su tupé y bajaron la pequeña y estrecha escalera, mas cuando iban á salir tropezaron con un sujeto de aspecto hinchado y cubierto con un gran sombrero de paja, que por sus dimensiones tenía muchos puntos de contacto con el paraguas de la anciana. Fumaba un gran cigarro habano, escupía por el colmillo y haciendo una gran reverencia á don Braulio, sin cuidarse de su grave y digna compañera, exclamó: — Señor de too mi respeto, es necesario que hoy, si osté lo consiente, y no le parese mal, fagamos las coentas, porque mañana por la mañana me facia coenta darme á la vela prál Ferrol. Es cousa liguera, porque todo viene perfectamente asentao. —

Don Braulio quedó conforme con lo que el caicéño le propuso, y cuando aquel se hubo alejado, dijo á doña Isabel: —Este es el que acaba de traerme la fortuna por la puerta. Cierito sobrino mio, á quien antes de marchar para América había yo dado algunas cartas de recomendación y unos cuantos miles de reales para que al llegar á aquella tierra de Dios, no se encontrase el pobrecillo pasto de negros, acaba de morir, soltero y sin familia, siendo yo su único pariente y heredero. La herencia asciende á millón y medio de reales, sin contar algun dinero puesto en los Bancos. Con esto hay bastante para que Montenegro tenga un coche; lo tendrá, señora, y será rico. Ahora mismo depositaré en sus manos una buena cantidad; pero como nada querría aceptar, y como tampoco quiero que se vea obligado á agradecerme nada, preciso será que usted le intime la comisión, diciéndole que este es un legado particular que cierto *usurero* le ha dejado al morir, en compensación de una deuda antigua que tenía contraída con sus abuelos. Esto se le hará ver por medio de algun viejo cartapacio, y todo quedará arreglado.

Loca de alegría doña Isabel al oír esto, ni siquiera notó que se había desencadenado un recio vendaval, y que mal parados los rizos de su tupé, se agitaban descompuestos sobre su frente. Iban á pasar el puente en donde se formaban grandes remolinos, y como doña Isabel necesitase reunir todas sus fuerzas para sujetar el gran paraguas, que ya se inclinaba hácia un lado, ya hácia el otro, no pudo detenerse, cuando una voz que irió su oído le dijo: —¿Qué dicen por ahí? de mí?

—¿No es ese Montenegro? preguntó á don Braulio.

—El mismo, lleva un aspecto calenturiento y febril. Yo le sigo, en tanto usted le intima la comisión á su señora madre... Si logro cogerle le diré que usted le está esperando. Ese pobre caballero me ha dado miedo. Debe estar muy enfermo.

Don Braulio se volvió en seguimiento de Montenegro, mientras doña Isabel, entre triste y contenta, marchaba en línea recta por medio del puente, llevando agarrado entre sus dos manos el gran paraguas que hacía violentos esfuerzos por escapársele. Los pequeños pies y parte de las piernas bien torneadas de la anciana quedaron más de una vez en descubierto, á impulsos de aquel viento fuerte que parecía conspirarse contra ella, pero antes que todo era sostener aquel estimado objeto, que apartaba de continuo el sol, la lluvia y el rocío de su cabeza. Se hallaba en la parte más elevada del ruinoso y antiguo puente, cuando una ráfaga de viento más fuerte que las otras, y mezclada de una lluvia fuerte, arrebatándole el gran paraguas de las manos, le dejó espuesta á la inle-

mencia de los desencadenados elementos. Ella lo vió hacer varias volteretas en el espacio, como si se hallase contento de su libertad, y después caer graciosamente sobre la rápida corriente del río, que lo arrebató sin sumergirlo, parecía darle un adiós desde lejos, con su color encarnado, y decirle: —No me llores, señora, mía, yo al fin tenía que sucumbir, y al menos éste es un fin digno de mí.

Doña Isabel se sintió en los primeros momentos tan abatida con aquel percance, como el que de pronto siente que le falta la tierra bajo los pies. Además de encontrarse espuesta á que el temporal azotase sin traba alguna su venerable frente y su tupé, acababa de perder un fiel compañero. La desgracia era grande, y la furia con que la lluvia maltrataba su rostro, siempre tan bien resguardado hasta entonces, se lo hacía comprender demasiado á la anciana.

Pero como era fuerte de ánimo y de corazón, y se resignaba comunmente con la suerte que el cielo le deparaba, siguió intrépida su camino, diciendo para sí: —Dios lo remediará.

Mojada y llena de frío, llegó por fin á la pobre casucha que habitaban Montenegro y su madre. La puerta estaba entreabierta, y bien pronto divisó una figura humana echada en el suelo sobre unas pajas. —¿Se puede entrar? preguntó.

Una voz afligida y débil le dijo que pasase adelante, y doña Isabel penetró en aquella especie de cabaña húmeda é insalubre. Una especie de rubor cubrió el rostro enjuto de la persona que se hallaba en aquel miserable lecho, al ver á doña Isabel, y exclamó: —Señora, este es un sitio muy malo, en el cual no se puede entrar sin repugnancia... creí que era otra persona... ¿qué busca usted?

—Doña María, dijo la anciana, que aunque no trataba entonces con intimidad á la madre de Montenegro, la había tratado en tiempos mejores para ambos. ¿No me conoce usted?

—¡Ah! sí; ahora recuerdo, estoy casi ciega... Siéntese usted, pero no hay en donde. Dios me lleve y vele por mi pobre hijo, que anda muy triste. Hoy lloró toda la noche, toda, y yo no se la causa.

—Animo, doña María, todos pasamos y hemos pasado las nuestras; el mundo es así, pero Dios no abandona á sus criaturas. Yo le trago á usted una buena nueva, muy buena...

La madre de Montenegro se incorporó en su lecho para oír, y doña Isabel le dijo entonces, con el talento que le era propio, cuanto don Braulio le había encargado; pero á pesar del cuidado con que le dió la buena nueva, en poco estuvo que la enferma no perdiese, al oírlo, el conocimiento. Doña Isabel la animó, le dejó un buen bolsillo debajo de la almohada, llamó una vecina para que le hiciese inmediatamente un buen puchero, y se alejó diciendo á la pobre madre que iba en busca de su hijo, después de haber permanecido con ella cerca de tres horas. En su interior empezaba á inquietarse por la tardanza del hidalgo.

Cuando llegó á su casa encontró en ella á don Braulio, con una gran cesta delante, y á Florindo comiendo con toda la delicadeza de un gato bien educado, un gran trozo de merluza fresca; pero se conocía, por lo herizado de su pelo, que Florindo gozaba un placer que hacía mucho tiempo no había tenido.

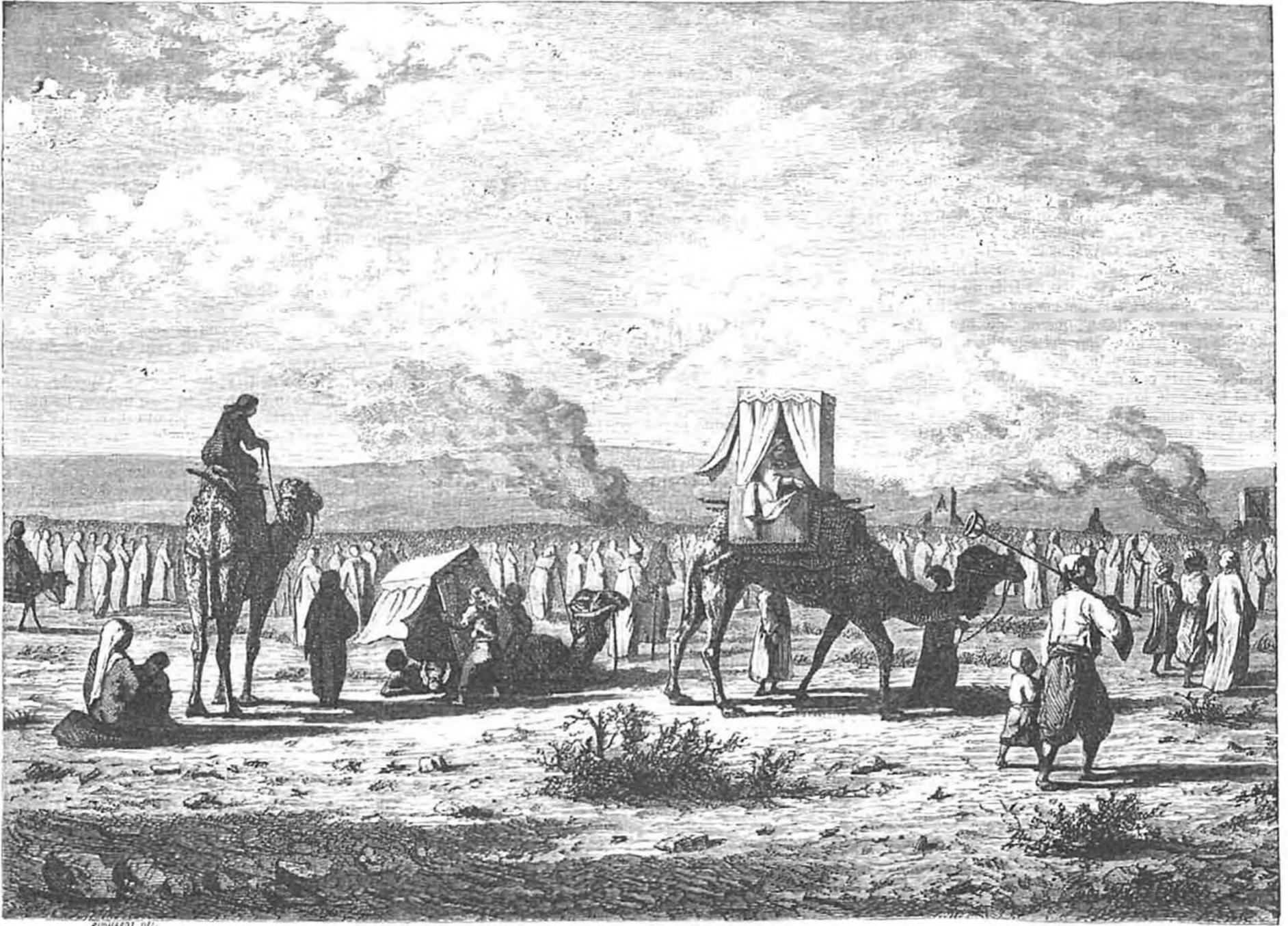
Doña Isabel quedó agradablemente sorprendida, y comprendiendo por el cesto lo que pasaba, le dijo á don Braulio:

—No debía usted ocuparse tanto de mí, mi excelente amigo. Usted sabe muy bien que soy feliz con mi suerte, y que las privaciones de que me hallo rodeada se estrellan en vano contra una existencia en las necesidades se limitan á muy poco. Yo no le diré á usted, como nuestro pobre amigo, que rehúso por delicadeza sus beneficios, pero sí que paso bien con lo que tengo.

—¿Qué ha de pasar usted, señora! Cuarenta y un reales, una taza de manteca... una gallina... no hablémos más de ello. ¡Ah! doña Isabel! solo por no atentar contra Dios puede pasar esto en tierra de cristianos. Yo aceptaría de usted, si fuese rica, lo que usted me diera; usted acepte de mí cuanto le ofrezca: es nuestro deber. Si usted rehúsa, me parecerá que es por soberbia, y no la conceptuaré digna de mi amistad. Pero, ¿qué hay de Montenegro? Yo no le pude pillar, no sé por donde se escurrió al volver de una esquina. ¿Usted ha sido más afortunada?

—Tampoco le he visto, y me salí inquieta del lado de su pobre madre, en donde he permanecido en vano esperándole por espacio de dos horas. La pobre señora está muy enferma y gana usted el cielo favoreciéndola. Creyó sin recelo cuanto le dije, y recibió el dinero sin el menor escrúpulo, aun cuando la alegría de verle en sus manos por poco la hace desfallecer. Pero ahora es preciso saber de nuestro pobre amigo, pues no dejé á su madre sino diciéndole que iba en busca suya. Dice que ha llorado toda la noche y que está muy triste, lo cual sé yo demasiado.

En aquel momento, las pisadas de un caballo que marchaba al galope por debajo de la ventana, llamó la atención de los dos ancianos, que se asomaron lanzando al mismo tiempo un grito de sorpresa. Montenegro acababa de pasar montado en aquel caballo, cuyo rápido galope podría hacer creer que iba á des-



CARAVANA DE PEREGRINOS QUE REGRESAN Á SUS HOGARES, DESPUES DE HABER ASISTIDO Á LAS CEREMONIAS DE LA SEMANA SANTA EN JERUSALEM.

vocarse, sin que hubiese respondido á sus voces mas que con una seña amistosa, que así podia significar *adios* como *hasta luego*.

Los dos amigos se retiraron atónitos, preguntándose á un mismo tiempo: ¿á dónde va? Volvieron á asomarse para verle mejor; pero se perdió á sus ojos entre el remolino de polvo que levantaba en su carrera.

—¡Desgraciado! le gritó don Braulio involuntariamente, como si pudiese oírle, ¡pierdes treinta mil duros! ¡Vuelve y harás rabiar á ese chorruto que se ha burlado hoy de tí!

—¡Treinta mil duros! ¿Cede usted todo ese dinero á ese buen jóven? Es demasiada bondad... me asombra...

—Señora, no debe usted asombrarse. Soy muy viejo, no tengo herederos, y siempre he profesado á ese noble hidalgo una afección casi paternal. Además me queda doble capital, triple todavía. El pobre Montenegro debe ser feliz, no lo ha sido nunca, y únicamente ha sabido sostenerse en su indigencia, siempre digno y honrado... pero no hay que hablar ya de esto.

—¡Oh, quiera Dios que vuelva! ¡Qué placer sentiré al verle vestido como corresponde á su clase! ¿Qué dirán entonces esas bailarinas de wals, que ni siquiera le miraban? Voy otra vez á casa de su madre, á ver si puedo saber á donde nuestro amigo se encamina, ella no debe ignorarlo. Dios lo quiera.

Doña Isabel se dispuso á salir y al ver don Braulio que no llevaba el paraguas, se lo recordó haciéndole presente que el tiempo estaba muy malo.

—¡Ay, amigo mío! dijo doña Isabel con alguna pesadumbre. A mi paraguas le sucedió lo que á «Periquillo Sarmiento, que salió á pasear y se lo llevó el viento.» Hoy lo ha arrebatado el vendabal de mis manos al atravesar el puente y le he visto vogar sobre la corriente del río. ¿Qué hay que hacer? ¿qué es eterno en la tierra?

Doña Isabel supo por la madre de Montenegro que aquel había llegado á casa tan pronto como doña Isabel saliera, que enterado de la buena nueva, había estrechado muchas veces á su madre contra su corazón, sin pronunciar una palabra, y que después cogiendo algunas monedas de oro, se despidió de la ma-

dre, diciendo que no estuviere con cuidado que á la noche estaria de vuelta.

Doña Isabel quedó mas tranquila y por la noche apareció en la reunion para decir á todo el mundo que sus amigos eran ricos.

—¡Señora! exclamaron al verla, ¡dos noches seguidas despues de tanto tiempo de ausencia! ¿Cómo usted que tanto se resfria se ha atrevido á venir sin paraguas? (Todos sabian ya el lance que le ocurriera en el puente).

—Mas vale escatimarse que prodigarse, hijas mías, y respecto al paraguas, el viento se encargará de daros cuenta de él, pues me lo ha arrebatado; pero como no nací en estos tiempos en que todos padecen de escalofrios como gusta lo bueno,—pero si no lo tengo —paso sin ello.

—Pero ha sido una gran desgracia, señora, ¡usted que no abandonaba nunca su paraguas ni aun en las noches de luna! ¿En dónde se encontrará ese fiel compañero?

—Donde le haya llevado la suerte, replicó.

Todo, señores, tiene fin en la tierra, y porque esto que digo mejor se entienda. Si no lo saben, sepan que de los rotos viven los sastres.

Y que si los paraguas fueran eternos, ¿quien tuviera el oficio de paraguero? La cosa es clara, y así paraguas mío en paz descansa.

Miles de aplausos llenaron la sala al oír estas seguidillas, no tan solo por lo que querian decir, sino por el donaire con que la anciana las improvisó y las dijo, á pesar de la ronquera que le había producido la mojadura de la mañana.

Todo lo mejorcito de la ciudad se hallaba reunido

en el salon, porque era domingo y ya se decidían á no abandonar en toda la noche á doña Isabel, cuando un imprevisto suceso vino á sellar todas las voces.

Un nuevo personaje en quien nadie pensaba, y que traía zapatillas, gorro de dormir, y un leviton que le llegaba hasta los pies, apareció de improviso en la sala causando en todos una viva sensación si bien diferente en cada uno.

¡Presentarse con aquel traje en una tertulia! y era don Braulio el que así se atrevía á romper con la etiqueta, á deshonorar con sus babuchas y su gorro de dormir, aquel salon en donde el buen tono, la modestia y el pudor tenian su morada, salvo segun la opinión de doña Isabel (y aun de Byron) cuando se bailaba el wals.

El amo de la casa, á quien don Braulio tenia en el número de los tacaños, frunció el entrecejo, y ya se levantaba llevando delante su enorme pausa para decir algo al hombre imprudente, cuando don Braulio dirigiéndose á las jóvenes mas lindas, exclamó:

—Hace mucho tiempo hermosas mujeres, reinas del universo, que yo no he podido obsequiaros, pero como tiempos van y tiempos vienen, la buena suerte que se habia cansado de mí ha vuelto á visitarme, y yo quiero darle la bienvenida con una de mis antiguas costumbres. Desde que la fortuna de don Braulio dejó de existir, fue siempre noche en este pueblo; pero hoy vuelve á salir el sol de la villa, ¡alegraos conmigo! Hermosas, ¿no eutonais en su honor alguna canción nueva como las cantábais en otros dias?

(Se continuará.)

ROSALÍA CASTRO DE MERQUIA.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

Haz bien sin mirar á quien.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPAR.  
IMPRESA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRINCIPE, 4.

El que á la vista de tanta magnificencia, de tanta magestad, no sienta como cristiano avivarse sus afectos religiosos, y como amante de lo bello, de lo sublime, crecer por momentos su entusiasmo, ó no tiene ojos, ni oídos, ni corazón, ó es un imbécil digno de lástima.

II.

Si en algún templo de la cristiandad se tribula, al Ser Supremo un culto digno de El, indudablemente es en la incomparable basílica de San Lorenzo.

Ha amanecido el domingo de Pascua, primer día del mes de las flores, y ya se han visto abiertos los ocho grandiosos trípticos, colocados en los ángulos del claustro principal por donde mas tarde ha de haber su curso la procesion, y se notan abiertas tambien las bellas puertas de los relicarios del templo, ostentando aquellos sus ricas pinturas y estos los infinitos ostensorios, cofrecitos y bustos que encierran preciosas reliquias.

En la suntuosa sacristia, y colocados sobre la inmensa cajoneria, se admiran los nunca bien celebrados ornamentos, propios del día, de rico y esplendente brocado de oro, llenos de hermosísimos cuadros que el pincel mas delicado podría apenas imitar: tal es la belleza de su composicion y colorido, la correccion de su dibujo.

A esto están reducidos los preparativos para la gran solemnidad, porque en el Monasterio de San Lorenzo no se incurre nunca, como, por desgracia, se incurre en otros templos, en la abominable profanacion de entrogarlos en las grandes festividades al brazo secular de un ignorante y chabacano adornista que el primero que hace es cubrir sus bellezas arquitectónicas con malos trapos de algodón, guarnecidos de galones, flecos y enormes borlas de un oropel de repugnante brillo, amontonando despues en los altares macetilas de porcelana, con enormes flores de papel y simétricos y recortados floreros de hojalata, poniendo fin á su gran obra con suspender del techo multitud de mezcquinas arañas con bugias, algo mas de sebo que de esperma, que han servido acaso la noche anterior en un bañe del salon de Capellanes.

¿Que necesidad tiene de nada de esto, ni de adornos infinitamente mejores, el gran templo del Escorial? ¿Es posible mejorar la gran decoracion ideada por Juan de Herrera, y que han ejecutado los primeros artistas asi nacionales como extranjeros del siglo XVI y de los posteriores?

La funcion de este día fue solemne, contribuyendo en gran manera á su esplendor la circunstancia de hallarse á la sazón en el Escorial los señores arzobispos de Trajanópolis y de Granada, el primero de los cuales, celebró de pontifical.

III.

Terminada la funcion religiosa, el resto del día ha sido de completo recreo para los seminaristas y colegiales. A las seis y media de la tarde, despues de servir un chocolate extraordinario á los sacerdotes, profesores y alumnos, se ha dado principio á la academia, que podríamos llamar *filarmónico-poliglota*, presidida por el señor arzobispo de Trajanópolis, y á la que tuvo el singular gusto de asistir. Sirvió de introduccion una linda ária coreada, cantada por seminaristas y colegiales, acompañada por la orquesta que componen tambien jóvenes del Seminario. Terminada, y corriéndose la cortina del pequeño escenario que hay en la pieza donde tuvo lugar esta fiesta, fueron apareciendo sucesivamente seminaristas y colegiales, recitando varias composiciones, y algunas en forma de diálogo, en hebreo, en griego, en latín, en árabe, en alemán, en inglés, en francés, en italiano, en vascuense, en catalán y en español, acompañados los trozos de las lenguas muertas de las correspondientes traducciones castellanas, notándose la buena eleccion de ellas: pues en los salmos se utilizaban las de Carbajal y Fray Luis de Leon.

De tiempo en tiempo, la orquesta tocaba escogidas piezas, terminando tan agradable como instructiva diversion despues de las ocho y media.

Felicito de todo corazón á los ilustrados directores de tan adelantados establecimientos de enseñanza, pues saben guardar el precepto del gran poeta latino hermanando lo útil con lo agradable y neutralizando de este modo la aridez de algunos estudios.

A las nueve y minutos, atravesaba yo, acompañado de un seminarista de mi especial cariño, precedidos del portero del monasterio que nos guiaba con un farol en la mano, en direccion á mi posada, la tenebrosa y desamparada Lonja, pudiendo apenas dar un paso por impedidos el impetuoso huracan, de repente movido, que, azotándonos el rostro con menudo granizo, no nos dejaba ver donde poníamos el pie. Tal es la inconstancia de este duro clima en el invierno y aun en la primavera, y sin embargo, estos fuertes huracanes no son perjudiciales á la salud como lo es el sutil y helado viento de la Coronada villa: de suerte que se ve aquí realizado el adagio vulgar que dice: *en la sierra ó cien leguas de ella.*

P.

VANTAS, VANITATUM.

I.

Juan habia nacido para casado como los becerros para toros; mientras no se casase no se completaría, no llegaría á su plenitud, todos se lo decian y él lo sentía, sobre todo cuando habia doblado el equinoccio de los cuarenta años. Siempre que veía á esa edad un niño algo crecidito suspiraba diciendo:—Si yo me hubiera casado sería el legítimo papa de otro igual: siempre que caía enfermo y se encontraba solo, porque las personas pagadas no nos ofrecen mas que un cariño de pacotilla, lloraba pensando:—Si yo me hubiera casado tendría una mujer, una esposa, una enfermera... Pues y ¿cuándo se le caía el botón de la camisa, ó no encontraba pañuelo limpio porque se le habia olvidado dar los sucios á la lavandera, ó le robaban los criados?..

Y sin embargo Juan permanecía soltero porque estaba convencido de que la eleccion de una mujer es cosa difícil; si se equivoca no hay lugar á la enmienda y de la buena eleccion á la mala va la diferencia de la felicidad á la desgracia pues como dice Lope de Vega,

es la mujer al fin como sangría  
que á veces da salud y á veces mata.

Persuadido de que nunca pensaría bastante sobre lo que le convenia casarse y sobre las condiciones de su futura, habia resuelto estar pensando en eso toda la vida. Pollo habia dicho, —Casarse á los quince años es imitar á Esau que vendió su primogenitura por un plato de lentejas.

A los treinta decía, —Casarse á esta edad es resolverse á comer la sopa y el cocido caseros, que aprovechan mas y causan menos que las comidas de fonda; pero las fondas nuevas me llaman tanto la atencion que si mi mujer no conviene en que las haga una visita de vez en cuando, voy á rabiarse de lo lindo.

A los cincuenta suspiraba: —Casarse á esta edad es tener buena mesa para los amigos y comer sopa.

A los cincuenta y cinco se despertó un día de tan mal humor que á haber visto alguien el fondo de su alma hubiera quitado los pistones de sus pistolas y la espada de la cabezera de su cama.

Y hubiera hecho mal porque para la furia que Juan tenia no bastaba matarse, era necesario algo mas horrible ¿qué algo? mucho, muchísimo mas. Vió á una vecina suya que no habia nacido para casada. Asi lo habia dicho ella altaneramente desde los quince á los veinte años despues de haber reñido con su primer novio, así lo habia cantado desde los veinte á los treinta con la música de Atala y Corina, así lo repetía desde los treinta con el tono con que Cortés debia arreglar á sus tropas quemadas las naves. Hizola dos señas, dijola cuatro pipos, se engulló dos desdenes acaramelados y cuatro suspiros mohosos, obtuvo un sí agrídule y cerrando los ojos, como el caballero romano que se lanzó á la sima, se casó.

De todas las mujeres á quienes se habia dedicado, moral é inmoralmemente aquella era la que menos le convenia.

Era una mujer demasiado filosófica: por el genio se parecía á la de Sócrates, por la pureza y el talento á la de J. Jacobo Rousseau.

II.

Juan habia nacido para ser hombre científico; largos años andaba buscando una profesion que armonizase con las aspiraciones de su alma y no acertaba con ella. Hubiera sido sacerdote, pero le enojaba el celibato; juriscónsul, pero no se permite hablar á los abogados sino de derecho constituido, y en el campo del derecho constituido; crecen tantas malas yerbas! Médico, pero ¿es tan oscura la medicina! Matemático, pero la imagen de Numeria está hecha de un mármol tan frío que recuerda el de las losas sepulcrales; poeta, pero ya no estamos en los siglos de Homero, Virgilio ó Dante. Naturalista, pero el estudio de la naturaleza conduce al hospital.

Despues de pensar mucho, acosado por el hambre se dedició á limpia-botas.

III.

Juan habia nacido con conciencia: anduvo buscando largo tiempo una religion, tenía sed de fe, de amor, de Dios, del infinito... Profesó todos los cultos y todos le cansaron, de todos renegó. Un día leyó una gaceta de no sé qué periódico que decía:

«El demonio es vanidoso segun un sabio asegura, y por nul medios procura poderse fingir hermoso. Despues de mucho estudiar dedujo esta conclusion: «Junto al negro el cuarteron por blanco puede pasar, buscaré pues almas negras aun mas negras que la mia que me cerquen y aquel día dicen que inventó las suegras.

Mas las suegras sus deseos no llenaban en rigor, buscó otra cosa peor, y llegó á inventar los neos.»

Sin examinar si el gacetillero tenía ó no razon en su sátira, Juan exclamó despues de haber leído esta especie de coplas: No seré yo neo jamás.

Antes de dos meses era neo de pura raza.

IV.

Juan era muy aficionado á la política y estudió pieza por pieza las diferentes máquinas gubernamentales que los diferentes gobiernos emplean para oprimir y esprimir á los ciudadanos. No podia decidirse por ninguna, al fin se decidíó por la del emperador de la China.

V.

Todo acaba, y por lo tanto acabó la vida de Juan. Cuando en la agonía reflexionaba en sus elecciones y en el trabajo que le habian costado, no pudo menos de suspirar:—Juanito, te has lucido, si la metempsicosis es verdad, y el Todopoderoso te premia con arreglo á tus méritos, debes convertirte en avestruz.

Esto pasaba en Alemania en la noche de Pascua, noche en que hablan los animales, segun tradicion vulgar que no combatiré, pues en España en otros días del año los he oido hablar repetidas veces en academias y congresos. Un avestruz estaba cerca de Juan y al oír espresarse como queda dicho, exclamó:

—Pido la palabra para una alusion personal:—Señor don Juan ó don Camueso, ¿de dónde deduce usted que merece ser avestruz? ¿Cuándo ha visto usted á un avestruz hacer una mala eleccion? Si tengo que elegir consulto al instinto que es la voz de Dios, mientras que tú consultas á la razon que engendra muchos fantasmas; por mas humilde merezco mas que tú.

Segun la tradicion alemana, tambien la noche de Pascua hablan los seres inanimados; es decir, los vegetales y las piedras, pues lo que es seres inanimados verdaderamente no conozco: ¿cómo he de conocerlos si creo que la vida está en el átomo? Un camueso pidió la palabra tambien para una alusion personal apenas acabó de hablar el avestruz, y dijo:

—¿Por qué llamar á Juan Camueso? Esto para los camuesos es degradante. Ninguno de nosotros ha cometido una torpeza en su vida; sigo las leyes de la naturaleza mas fielmente que el avestruz y mis hermanos hacen lo mismo.

Juan espantado de estas reclamaciones exclamó:—Dios mio, ¿habeis hecho al hombre rey de la creacion para que sea el mas torpe de todos los seres creados?

Pero le contestó una carejada de toda la naturaleza:—¡Rey! ¡rey! gritaban burlándose los árboles y las plantas, las fieras y los gusanos, los astros y los átomos del aire, —¡rey! ¡rey! un diente de la máquina como nosotros, que prueba á mandar el esclavo, hasta de sus ilusiones, que defenga en un punto la marcha de la naturaleza con un decreto. Cuando se figura que crea descubre, cuando se figura que piensa obedece á una ley pre-establecida. A no ser así el hombre sería mas que Dios, y la parle mas que el todo.

Juan se tapó la cabeza y se murió de rabia exclamando:

—Señor, Señor, quítad á la creacion la vanidad!

Y una voz burlona le contestó de lo alto:—Desdichado, ¿quieres, pues, que todo vuelva á la nada? ¿ignoras que el día del juicio será el siguiente á aquel en que acabe el mundo?

CÁNTOS RIMO.

Sacra que voladora  
cruza arrojada al azar  
y que nadie sabe dónde  
temblando se clavará.

Hoja del árbol caída  
que arrebató el huracan,  
y que no puede decirse  
dónde seca morirá.

Hinchada ola que el viento  
riza y empuja en el mar,  
y rueda, y pasa, y se ignora  
qué playa buscando vá.

Luz que en cercos temblorosos,  
brilla próxima á espirar,  
y que no se sabe de ellos  
cual el último será.

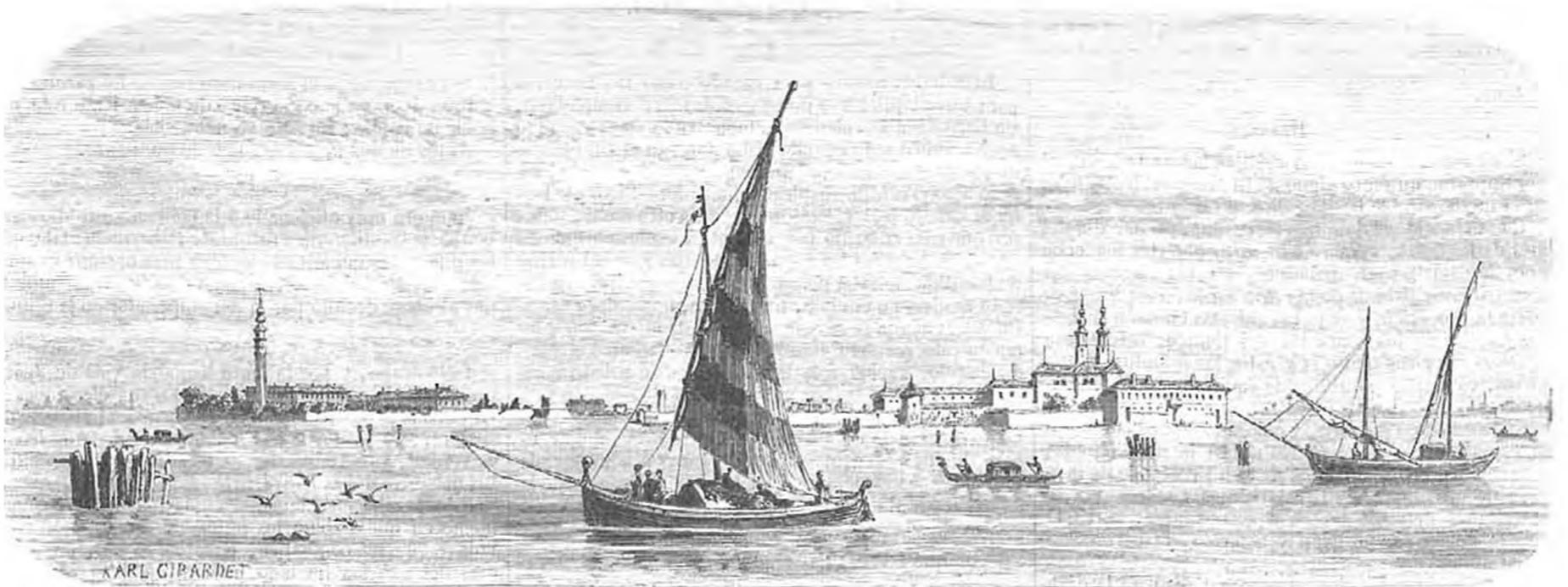
Eso soy yo, que al acaso  
cruzo el mundo sin pensar  
de dónde vengo, ni á dónde  
la suerte me llevará.

GUSTAVO ADOLFO BICQUER.

RUINAS.

(COSTRUCTACION.)

—Si, si, don Braulio, respondieron algunas indecisas; pero entonces éramos mas niñas... ademas, en-



ISLA DE SAN LAZARO DE LOS ARMEÑOS EN VENECIA.

tonces no se ponía usted ese gorro ni ese leviton, cuya circunstancia pudiera hacernos dormir en medio de la canción.

—¿A que no, si os remojo el paladar con unos vizcochillos mojados en suave licor, y si os regalo á cada una un ramo de flores cuyo grato olor os despierte los sentidos?

El entrecejo del amo de la casa se había desarrugado, y como esto viesan de nuevo las contertulias, exclamaron con mas ánimo:

—Veamos... veamos... ¿pues qué, don Braulio habrá encontrado de nuevo la servilleta encantada?

—He encontrado una gran canastilla llena de flores, de vinos y de confites, (el entrecejo del amo de la casa se parecía á un lago en calma, su vientre había disminuido) que yo os dedico á vosotras las mujeres, encanto de la humanidad. Y tened entendido que tanto me complace á mí el haceros este obsequio como á vosotras el recibirlo. Ea, Periquillo entra con el permiso del amo, que es muy condescendiente en esto de dar convites á sus contertulios, cuando sin haber echado mano á la gran gabeta, se le entra el bien de Dios por la puerta como llovido del cielo.

El amo de la casa fingió un gran golpe de tos para que no se oyesen estas palabras, se rió mucho sin tener por qué, y ¡por supuesto! dejó que entrase Periquillo con un gran cesto lleno de cintas, de flores, de botellas y de confites.

Un grito unánime de ¡viva don Braulio! resonó del uno al otro extremo del salon, á cuyo saludo contestó

el comerciante con un grito aun mas fuerte que se oyó entre todos, diciendo:

—¡Y toque el Señor el corazon de los ingratos!

Hicieron el sordo á estas palabras, y el amo de la casa, blando como si acabasen de ungrile con aceites, se dirigió á él, diciéndole entre amable y chancero, entre risueño y tembloroso, entre demonio negro y demonio blanco.

—¡Es usted un hombre extraordinario, caracoles! Eso no se puede negar, á cada uno lo que se merece.

—Bueno estará usted entonces, le contestó don Braulio, muy bueno, buenisimo, como un emplumado.

—Usted siempre tan chancero, siempre con su buen humor. Yo... francamente, como usted era así algo francote... pues... no sé si me esplico bien, y como uno tiene á veces mal humor, efecto de sus disgustillos, no sé si alguna vez habré faltado... pero si ha sucedido esto le aseguro que habrá sido involuntariamente.

—¡Y á mí que me importa? le respondió don Braulio. Yo me he alejado de los florones, porque no nací Woron como ellos, hoy que traigo la alegría conmigo, vengo á decirles que ha amanecido el sol de la villa.

Como es de suponer, fue aquella una noche de verdadera alegría, y don Braulio con su gorro blanco y sus babuchas volvió á ser el ídolo de la fiesta. Pero estaba decidido que aquella noche había de ser de sorpresas y un nuevo personaje de quien todos se olvidaban apareció en la puerta.

Al principio nadie acertaba á saber quien era aquel elegante caballero, tan elegante como no había ninguno en la villa. Pero despues de un largo reconocimiento todos exclamaron en voz baja y con asombro.

¡Montenegro! ¡Montenegro!... Pero qué demudado!... ¡No hay ninguno tan elegante ni tan perfumado como él entre cuantos le rodean!

—Pero, ¿qué cambio es este? ¿cuchicheaban las mujeres, ¿cómo viste hoy tan bien?

Y la de ojitos de cristal y tinta china murmuraba con su voz atiplada, y como si hablase consigo misma:—¡Quién me lo hubiera dicho ayer! De seguro no me mostraria tan severa.

—¿Pues qué? le interrogó otra que estaba á su lado, y había oído el soliloquio. ¿Acaso Montenegro te hizo el amor, y le habrás desairado?

—¡Y qué desaire! respondió; fue un golpe demasiado rudo, lo confieso; pero las mujeres somos así, añadió riendo. No sabemos tener compasion con una levita rota, ó con unas botas descosidas, y acaso esto nos perjudica, porque ¿qué sabe una lo que puede suceder mañana? Pero nada, no tuve la menor lástima ni consideración. Ayer por la mañana cogí su amorosa y lacónica carta, que decía así poco mas ó menos: «Marcelina, es la primera vez que amo, y quizá sea la última. Tenga usted compasion de mí; consuélleme usted con una sola mirada, y tendré valor para sufrir y esperar. Antes me hallaba conforme con mi suerte; ahora siento que la desesperacion ha penetrado en mi pecho. Si soy pobre, llegaré á ser rico; no me desprecie usted, que moriré de pesar.» Y yo escribí en lo que quedaba en blanco:—«Es usted demasiado atrevido. Cuando el hombre se encuentra en cierta situacion, y cuando no puede ofrecer á la mujer que ama sino desdichas, no debe amar. Yo no soy poética, y el mejor cuerpo del mundo me parece detestable cuando le cubre una mala ropa, tanto, que no puedo soportarme á mí misma en traje desahogado. Sabía demasiado que usted me amaba; pero, ¿qué habia de hacer? Por Dios, que esto le sirva á usted de leccion. «Bajo una mala ropa el amor no tiene cabida.»

(Se continuará.)

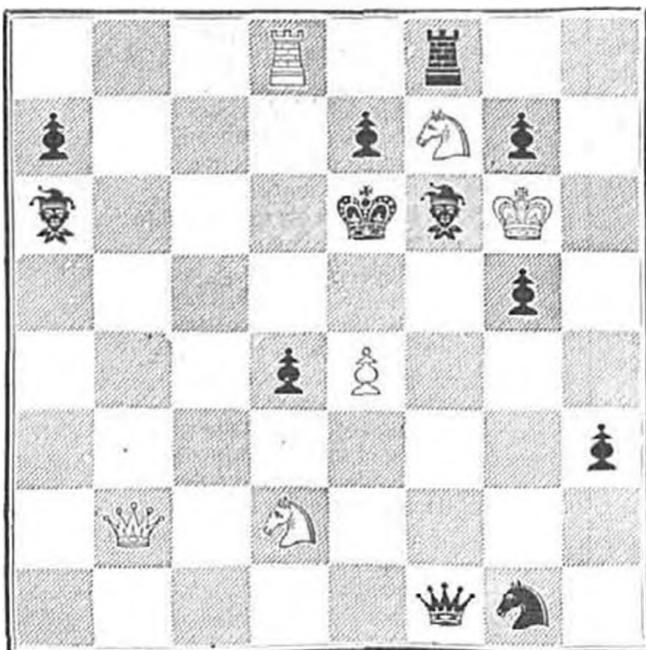
ROSALÍA CASTRO DE MURGUIA.

JUEGO DEL AJEDREZ.

PROBLEMA NUM. 51.

COMUESTO POR DON V. LUPEZ NAVALON.

NEGROS.



BLANCOS.

LOS BLANCOS DAN MATE EN CUATRO JUGADAS

SOLUCION DEL PROBLEMA NUM. 50.

Blancos.

Negros.

1.ª D e A R                    1.ª R 6 R (A) (B) (C)  
2.ª C 5 T R                    2.ª Cualquiera.  
3.ª D 5 A, A A ó 5 D segun la jugada de los negros, jaq. mate.

(A)  
1.ª D 5 A R                    1.ª T 8 D  
2.ª D 4 R jaq. mate.        2.ª Cualquiera.

(B)  
1.ª                                1.ª T 7 C D  
2.ª D 1 P jaq.                2.ª R juega.  
3.ª C 6 C jaq. mate.

(C)  
1.ª                                1.ª R 1 C  
2.ª C 6 C jaq                2.ª R juega.  
3.ª D 4 A jaq. mate.

SOLUCIONES EXACTAS.

Café nuevo del Siglo: señores J. Oller, G. Dominguez, V. M. Carvajal, E. Castro, J. Iglesias, J. Gonzalez, de Madrid.—Sociedad Bilbaina (Bilbao.—Señores socios del casino de Lorea).

PROBLEMA NUM. XXVI, COMUESTO POR D. M. CAMPÀ PORTA (DE VICH).

Blancos.

Negros.

R 4 C D                    R 5 D  
T 1 A R                    D 8 T B  
C 5 T R                    T e T D  
C 7 T D                    A 7 T B  
A e R                    A 6 A R  
A 6 R                    C 6 C R  
P 5 D                    P 2 R  
P 5 D                    P 5 D  
P 2 R                    P 5 T D

Los blancos dan mate en tres jugadas.



AVISO.—Los señores suscritores por trimestre, cuyo abono ha terminado, se servirán renovarlo, si no quieren sufrir retraso en el recibo de los números.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPÀR. IMPRENTA DE GASPÀR Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRINCFE, 4.

Las mujeres de vida airada gozan de grandes inmundidades en París, porque, triste es decirlo, su existencia entra por mucho en la prosperidad material de aquella imperial ciudad.

Aun hay otra variedad de cafés mas perniciosos, donde entre los vapores de licores malsanos y la exhibición de cuadros obscenos se deprava profundamente el espíritu y se familiariza mas con el fango de la materia.

Son los cafés-cantantes.

Prostituir de tal manera lo que podría ser un elemento delicado de civilización por medio de ese arte encantador que se llama la música, es una de esas invenciones viles, propias de ciertos industriales que explotan el progreso sin pudor, en beneficio de su codicia. El café-cantante, cuyos mas famosos ejemplares son en París, el *Alcázar* y el *Eldorado* es un espectáculo que participa del teatro y de la taberna. Sin remuneración á la entrada se instala el espectador en el asiento que halla vacío, ya en el salón, ya en la galería que la domina, en frente de un escenario precedido de una orquesta chillona y turbulenta. La entrada es gratis, pero el consumo forzoso. ¡Y qué consumo! los brevajes mas ponzoñosos, disfrazados imprudentemente con el nombre de bebidas higiénicas.

En cuanto á los artistas se reclutaban en su principio entre los deshechos de la escena; pero hoy merced á la hoga, que parece empeñada en proteger cuanto es perjudicial y cínico, se han creado cantores especiales para estas funciones. Estos abyectos personajes, entonan las coplas y representan las acciones mas descocadas, y su éxito está en proporcion directa de la obscenidad del gesto y de lo agrio de la voz.

La reina de estas representaciones es la célebre Teresa, la cual ha debido su fama, á una figura horrible, descarnada, cínica, verdadera encarnación de la poesía del arroyo y á un talento adecuado á su físico.

No obstante, esta cantatriz gana 600 á 1,000 francos por noche; su biografía anda en libros y gacetas; tiene su repertorio especial; muestra su repugnante efígie tras las vidrieras de todos los fotógrafos y *sin tema elocuente*, va á dar representaciones en casa de los grandes personajes, en el palacio mismo del soberano!

Las grandes señoras del día, las corifeas de la moda se esfuerzan por copiarla y las mas influyentes interponen su valimiento para recibir lecciones de esta Patti de paotilla.

Tras el café-cantante viene la *brasserie* despacho de cerveza, muy frecuentado por los estudiantes y los obreros, segun los barrios y cuajado á las altas horas de la noche de mujeres de mal vivir.

En el recinto de la *brasserie*, bajo una nube de humo nauseabundo, la juventud escolar y obrera, es decir, la inteligencia y el brazo del porvenir acuden cada noche á viciar sus fuerzas. Allí la licencia despliega sus alas de murciélago en una oscuridad encubridora y marca sus víctimas bajo la excitación de una embriaguez pesada y sofocante, la embriaguez de la cerveza, esa alucinación siniestra y sin alegría de los países sin sol.

Por último, el genio de la crápula soez, ha inventado el *debit de liqueurs*, especie de café tabernario, donde se expenden licores espirituosos de los mas activos.

Cuando en mis escursiones por París, esa insolente ciudad del deleite, veía yo tras de un luciente mostrador de estaño y al través de cuatro ramos de flores marchitas, una mujer escotada, embrutecer al pueblo con brevajes escanciados por su mano, y excitar á la libación con sus sonrisas provocantes, me parecía ver al genio del mal, acechando á su presa y presidiendo á la orgia de aquel pueblo que va á pasos gigantes hácia la decadencia, bajo el impulso de los goces materiales.

Estos templos consagrados á la mas fatal excitación, antros de donde sale el crimen arnado, receptáculos donde la pobreza se gangrena en lugar de depurarse, y de donde solo saca consejos la rebelión en lugar de fuerzas para combatirse á sí propia, me hacían pensar con júbilo en España. Aquí tenemos la taberna oscura y repugnante; pero no vemos á la civilización sirviéndose periódicamente de un oropel, para envenenar al pueblo.

Entre la *absinthe* del *caboulot*, nombre popular de estos establecimientos, y el vino tinto y espeso de nuestros figones, estoy por éste que se presenta sin afeites engañosos.

La borrachera del ajeno conduce al asesinato, la del vino peleon origina la pendencia.

Hay entre ambas la diferencia que separa la muerte alevosa del desafío.

Tal es la fisonomía general de los cafés de París. En el fondo allí y acá son los mismos; pero en las formas hay entre ambos la distancia que separa á una sociedad poco culta de un pueblo sobrado civilizado.

VALLEJO MIRANDA.

## DESENGAÑO.

¡Ah! pasad, ilusiones de mi infancia ya sin encantos para el pecho mio, como una flor, que pierde su fragancia, falta de luz, de ambiente y de rocío.

Pasad, que ya está frio el ardiente volcan de mi deseo: ya la vara de hierro del destino midió la longitud de mi camino. Nada me prometáis: ya nada creo.

¿Qué me podeis decir, sueños de un dia, ricos de dicha, de virtud y amores, que alimentó mi loca fantasía en sus sueños de niño encantadores?

Seco ya, y de dolores está mi pecho, por desgracia lleno: trocado está mi sol en noche oscura, que en cáliz de placer hallé amargura y en labios de mujer hebi veneno.

¿Gloria me prometeis? Una sonrisa os devuelvo de hiel. ¿Y qué es la gloria para el mortal, que fatigado pisa nuestra humana carrera transitoria?

En la revuella escoria del mundo sepultarse, sus secretos encerrar en el alma fatigada, y arrastrar una vida desdichada para legar un nombre á nuestros nietos.

¿Riquezas me brindáis? y tal vez ellas mis lágrimas enjugan, cuando lloro? ¿Si de esa inmensa confusion de estrellas el mar de luces se cuajara de oro,

con tan rico tesoro fuera mejor la condicion humana, que la del pobre, que en plegaria pia le pide á Dios el pan de cada dia, y espera en su bondad para mañana?

¿Me ofrecereis amor? Brindad amores al niño, que los sienta y que los crea, al que gozar del mundo y sus favores en su inocente candidez desea.

Seguidle hasta que vea marchitada esa flor por mil engaños, y encerrado del mundo entre los senos, perdida su ilusion, eche de menos la dulce paz de sus primeros años.

¿Cuánto sufrí por vos, sueños perdidos! ¿cuánto aguardaron mis plácidos contentos del corazón los fervidos latidos, del alma los movibles pensamientos!

Los procelosos vientos de una vaga ambición, de la fortuna el pérfido mirar, de los amores el aspil matador envuelto en flores.... ¡Tales fueron los sueños de mi cuna!

Saciar mi sed de afectos pretendía, cuando buscaba en mi ansiedad demente, como el sediento la fugaz corriente, almas, que respondiesen á la mia.

Mas ¡ay! alevosía y envidia hallé donde buscaba gloria, mentira en la amistad, ficción tan solo en la virtud, en los amores dolo, en las ciencias error, sangre en la historia.

Y ciego, y delirante, y malliciendo la funesta injusticia de mi hado, crucé los yermos del dolor, gimiendo por mi brillante sueño disipado.

En tan funesto estado consulté á la verdad: su acento mismo resonó en mí: «Quien de la vida sabe, cierra su corazón con una llave y la arroja despues en un abismo.»

No sé si esto es vivir: por ese suelo errante vago, cual reptil odioso, y con el alma convertida en hielo me sumerjo en un mundo fastidioso.

Mas si alguna vez oso salir un poco de mi estrecho centro, si mi estéril razon sus alas bate, la mano llevo al pecho á ver si late el atrofiado corazón, que hay dentro.

## RUINAS.

(CONTINUACION.)

—¿Qué contestacion tan disonante!

—Confieso que lo ha sido; pero aun no contento con ella, volvió por la noche á pedirme que bailase con él, y enojada yo de tanta audacia, le dije que sus botas estaban rotas y podía tropezar, y que hasta que yo le diese otras nuevas no bailaria con él.

—El infeliz no merecia tanto; en el fondo es un pobre hombre.

—Pero soberbio al mismo tiempo, pues no quiere recibir nada de nadie. Me ama, sin embargo; me ama como un insensato, y por lo que le dije del traje roto, es sin duda por lo que se ha puesto tan elegante. Pero para esto se necesita dinero, y por fuerza ha debido heredar... Quién sabe si sus parientes... Me ama, me ama mucho, y le hablaré con un poco de mas cariño; al fin es un caballero.

—Dudo, no obstante, que te ame tanto como te imaginas.

—¿Por qué? preguntó picada y con altivez la muñeca de ojos de cristal y tinta de china.

—No te impacientes, que te lo voy á contar. Porque esta mañana me ha enviado una carta mas tierna y mas entusiasta que la que ayer te ha escrito á ti.

—¡A tí! exclamó la muñeca palideciendo, ¡imposible!

—Héla aquí, mujer; yo no miento. Y en efecto, la joven enseñó otra carta de Montenegro, mucho mas ardiente y arrebatadora que la que habia escrito á Marcelina, puesto que en aquella queria á todo trance poseer la mano de la joven.

Pero una tercera, que escuchaba el diálogo de entrambas, dijo á su vez con burlona sonrisa:

—No hay que engreirse; yo poseo un documento igual al vuestro, pidiéndome en matrimonio. Montenegro ha querido formar una especie de serrallo, tomando por mujeres á todas las jóvenes de la villa, porque yo sé de mas de cuatro á quienes les ha enviado la misma misiva.

Las jóvenes reian á mas no poder, aun cuando procuraban no alzar la carejada, y en menos tiempo del que se tarda en escribirlo, mas de diez cartas amorosas que Montenegro habia escrito aquella mañana circularon de mano en mano.

El asunto se complicaba; nadie comprendia aquel misterio, al cual ponía el sello el vestido nuevo y el aire delicado y aristocrático del delincuente.

La muñeca de ojos de cristal y tinta de china estaba nerviosa é indignada, porque aquel haraposito, que ahora vestía el traje mas elegante de cuantos habia visto, la pusiera al nivel de las demás, y procuraba desahogar su ira arrancándole la cara á las figuras chinescas de su abanico.

El hidalgo en tanto paseaba solo de un lado al otro del salón, con todo el aire de un opulento señor. La misma benigna protección, la misma actitud erguida y llena de noble dignidad se notaba en su persona, de tal modo, que nadie se atrevia á acercársele. Su nariz, huesosa y acaballada, parecia aun mas trasparente y descarnada; sus ojos castaños brillaban bajo su frente pálida con cierta inquietud indefinible y febril, y al alisar los rizos de sus rubios cabellos y de su dorada barba, se diría que un tirantez nerviosa tornaba rígida su mano, que parecia de mármol. Doña Isabel le miraba desde un rinconcito con la mayor inquietud.

Despues que hubo paseado largo tiempo por el salón, se acercó por fin al grupo en que se hallaban reunidas y cuchicheando las jóvenes á quienes habia perdido en matrimonio, y les dijo:

—¿Cuál de tantas hermosas querrá hoy bailar conmigo la primera contradanza?

—Aquella que usted elija; así es el uso, dijo con indiscreta petulancia la muñeca.

—¡Oh! Si valiese elegir, yo las elegiría á todas, respondió Montenegro mirando frente á frente á la mujer que amaba, la cual se mordió los labios con ira, añadiendo:

—Esa seria una contradanza monstruosa.

—Una bellissima contradanza para mí, una contradanza de hadas, arrastrando en pos de sus pasos al mas fino y mas ardiente de todos los amadores.

—Está usted hoy desconocido, Montenegro; esta noche todos quieren sorprendernos.

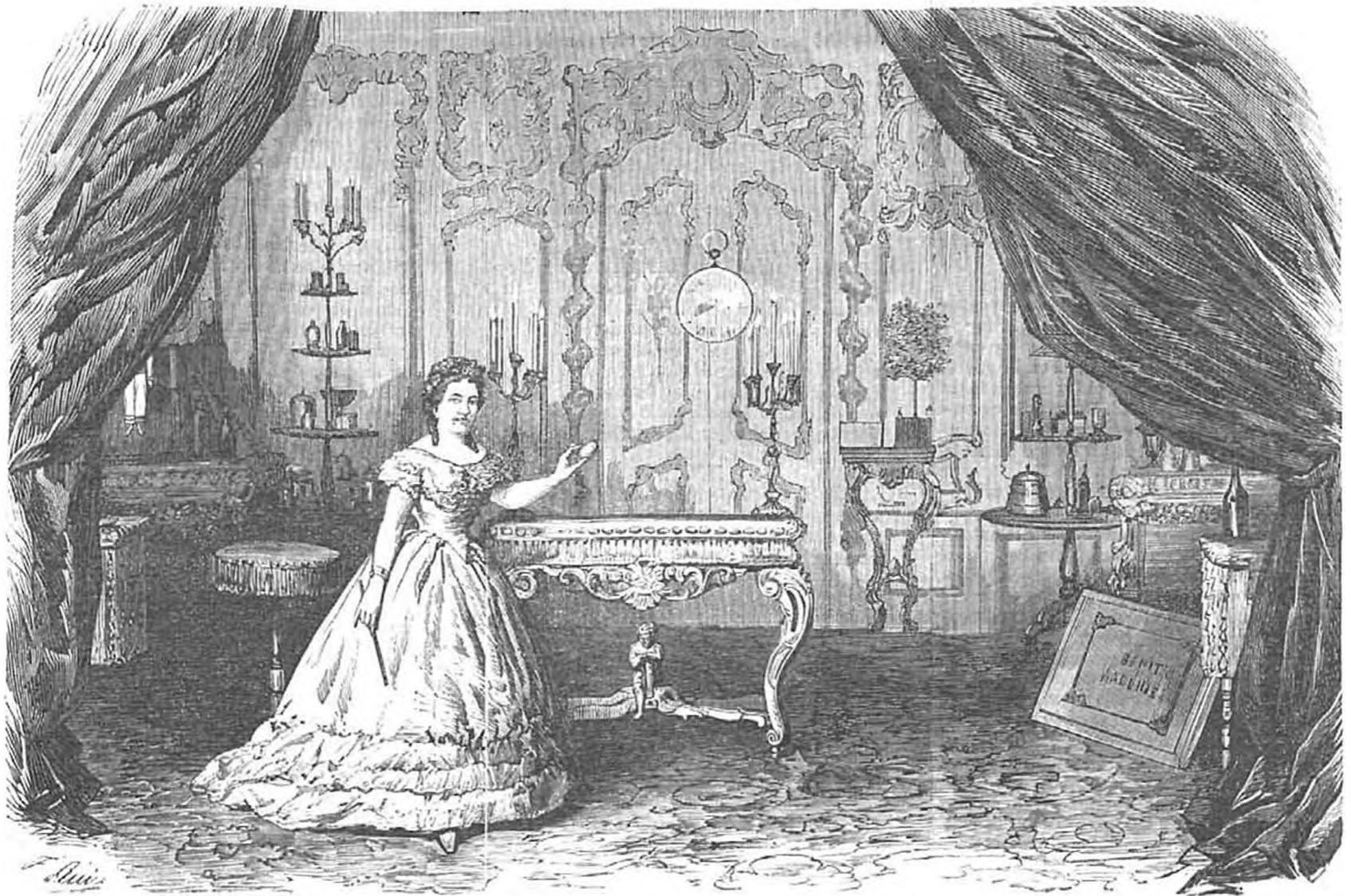
—¿Desconocido acaso, por lo del traje nuevo? ¡En efecto, es el primero que me ven estas damas! dijo Montenegro con cierto sarcasmo amargo, de que se le hubiera creído incapaz.

—No solo por eso, repuso la muñeca de ojos de cristal, cada vez mas irritada contra su amador, sino porque desde ayer se ha convertido usted en un volcan amoroso, hasta el punto de amar á diez mujeres á un tiempo.

Al oír decir esto, algunas jóvenes dejaron ver un billete en la punta de sus dedos; pero Montenegro no se turbó en lo mas mínimo, y volviendo á tomar el mismo tono sarcástico con que habia dicho sus últimas palabras, prosiguió:

—Cuando uno ha pasado mucho tiempo, toda la

FEDERICO VELLO Y CHACON.



TEATRO DE PRESTIDIGITACION DE MADAMOISELLE ANGUINET.

vida acaso, sin haber podido tocar los suaves dedos de una mujer para lanzarse con ella en el remolino del baile, la primera vez que alguna consiente en seguirnos, quisiéramos que la danza durase por lo menos tanto como el tiempo que nos ha sido rehusado este placer. Cuando un hombre ha pasado toda su existencia y lo mejor de su juventud sin la parte de amor que le corresponde á cada criatura en la tierra, y sin saber lo que es ese dulcísimo sentimiento, el día que llega á conocerlo le sucede lo que con el baile. Hoy, que me veo vestido como todos, he creído que tendría permiso para elegir una jóven y bailar con ella, ó que ellas me eligiesen á mí. También me han dicho que el amor no podía caber bajo una mala ropa, lo mismo que si el amor tuviese frío! y por eso hoy, que tengo ropa nueva, he querido desquitarme de mis antiguos descalabros, amando á un tiempo á tantas mujeres como hubiera ido amando por turno en mi pasada y triste juventud. ¿Tengo razon?

Al hablar así, Montenegro lanzó á la muñeca de cristal una mirada tan ardiente y tan fiera, que la hizo estremecerse de pies á cabeza. Le pareció que aquella mirada encerraba un terrible misterio. En tanto, como Montenegro alzase la voz al hablar, algunos se habian aproximado para escuchar la discusion. Doña Isabel y el comerciante fueron los primeros, pues habian notado que Montenegro les habia mirado como si no les conociese.

Montenegro cesó de hablar por un momento, pasó despues la mano por la frente, y poniéndose en pié delante de la muñeca de ojos de cristal y de tinta de china, que no las tema todas consigo, exclamó, dirigiéndose á ella con una risa que tenia mucho de dolorosa y comprimida.

—¿No sabe V., señorita, en dónde he estado hoy? Calla Vd..., bien; va Vd. á saberlo, y todos los que se hallan presentes. Yo vivo con mi anciana madre, esperando á recobrar los bienes que me han usurpado. lo cual va á acontecer muy pronto. Mas hé aquí que cierto día sentí bullir dentro de mi corazon una cosa inquieta, que no me dejaba comer, ni estudiar, ni dormir: yo hasta entonces habia podido hacer todo esto perfectamente, é irritado con aquel inesperado inconveniente, me determiné á saber lo que era.

Abro, pues, una mañana el corazon, y encuentro que lo que me mortificaba era la imagen de una mujer.

Un prolongado murmullo se levantó entre los circunstantes al oír estas últimas palabras. ¿Montenegro era capaz de tanta ironía ó estaba loco? Pero una fria y escudriñadora mirada, que dirigió en torno suyo, les hizo creer lo primero, y el hidalgo prosiguió, mientras

un silencio sepulcral se habia vuelto á estender en torno.

—Tan pronto como ví que lo que me atormentaba era una cosa tan pequeña, la arranqué de un golpe, volví á cerrar el corazon y me dormí tranquilo aquella noche. Pero á la siguiente mañana, aquella imagen no tan solo me inquietaba en el corazon, sino que se me habia subido al cerebro, causándome tormentos espantosos. ¡Tenia una voz tan imperiosa! Y siempre que me ponía á estudiar, me gritaba, diciéndome: «Yo estoy contigo para siempre; á donde tú vayas iré yo; pero jamás seré tuya en realidad, porque tú eres muy pobre, y yo quiero pan, y tú no me lo das. Mi madre, por otro lado, me decia lo mismo; pero yo, ¡pobre de mí! como oía siempre la voz de aquella mujer, no podía hacer nada: tenia un infierno dentro de mí.

—Montenegro, dejemos esta conversacion, exclamó de pronto doña Isabel sin poder contenerse; otro día nos contará usted eso, que la noche va á concluir.

—¡Oh! señora, repuso el hidalgo haciendo una reverencia; permítame usted que hable hasta el fin: el cuento es extraño, pero verídico, y algo aprenderá usted sabiéndolo.

Otro día, notando que cuando queria leer, la imagen páfida de aquella mujer empañaba mis ojos con lágrimas y me entrampaba los renglones, me decidí á escribirle una carta lacónica y esplicita, rogándole que me dejase en paz, que tuviese compasion de mí, pues era la primera vez que una mujer, á quien ningun daño habia hecho, me martirizaba y se divertía conmigo, haciéndome llorar y quitándome el sueño. En seguida volví á abrir mi corazon, dejando dentro la carta, para que ella la leyese. Mas, cuando fui á buscar la contestacion, la imagen habia huido, dejando solo la carta, y en ella un alfiler, con el que habia picado los renglones, añadiendo ella algunos mas, que escribió con mi propia sangre. El alfiler prosiguió dándome tormentos que no puedo espresar, y como mi madre se quejaba en su lecho, fatigada por una vida sin descanso, me dije:—Es preciso que esto concluya,—y con un atrevido pensamiento en la mente, ayer por la mañana me visto, abrazo á mi querida y desgraciada madre, y me pongo en camino para la corte. Tan pronto me presento allí, las puertas de palacio se abren á mi paso; pregunto por la reina, y me llevan á su presencia. Entonces se lo conté todo, y como viesse que se hacia la reacia, le dije:—Sajonesilla, ven aquí; y colocándola sobre mis rodillas, como solia hacerme mi madre cuando yo era niño, la di unos azotes que enrojearon sus blanquísimas carnes; pero pronto me dió lástima. Los azotes surtieron, sin embargo, su efecto, y todo

quedó arreglado entre la sajonesa y yo. ¿Ven ustedes esta hermosa barba rubia? Pues todo es oro que ella me ha regalado. ¿Ven ustedes estos cabellos? También son oro... oro por todas partes. Y cuando llegué á mi casa, ya la sajonesilla habia enviado á mi señora madre un bolsillo bien lleno. Entonces me planté la ropa nueva, que con el dinero de mi amiga habia comprado en la corte, y me dije:—Hoy sí que danzaré con ellas; hoy sí que el amor no se escapará por entre los agujeros de mi ropa vieja; hoy sí que mi querida madre se calentará á un buen fuego y dormirá en colchon, y tendrá criados, porque yo nado en oro, señores.... ¿Quieren ustedes oro? ¡Ahí vá! ¡Ahí vá!

Y diciendo esto, arrancaba su barba y sus cabellos con alegría frenética. Despues, cogiendo á la muñeca con fuerza, la arrastró en pos de sí, dando vueltas por la sala, y diciendo:

—Bailemos, señorita, bailemos; ya no tengo las botas rotas: quitame el alfiler que has clavado en mi corazon, y ámane, porque ya tengo ropa nueva y podré darte pan.—Pero de pronto la alejó de sí, diciendo: ¡Atrás, mujer! Yo no alimentaré nunca serpientes. Tengo una madre que me ama y amigos que me estiman.

—Sí, sí, amigo mio, dijo doña Isabel acercándosele y lo mismo don Braulio; pero, ¿qué es lo que tiene usted hoy en su cabeza?

El hidalgo les rechazó, diciéndoles que no les conocia, mientras todos pronunciaban dolorosamente estas palabras:

—¡Está loco! ¡Está loco! ¡Infeliz!

Las grandes desgracias conmueven los corazones mas empedernidos; así no hubo nadie en la reunion que no espermentase una verdadera y profunda emocion ante la triste escena que acababan de presenciar. Lo que no podian explicarse, era el traje nuevo del pobre loco, aunque muchos pensaron en don Braulio; pero se oponia á esta idea la delicadeza del hidalgo. Doña Isabel deslizo todas las dudas, haciendo saber á los presentes que Montenegro acababa de recibir una cuantiosa suma de un usurero, que habia tenido antiguos negocios con su padre.

(Se continuará.)

ROSALÍA CASTRO DE MURGUIA.

ser rico, y apollarse en el celibato, por no transigir con la suegra, es imposible vivir gastando levita.

Me refiero á la modesta levita de quince duros: á la que supone un mes de sueldo de un empleado, varios artículos de un escritor ó una obra de un artista.

La levita aristócrata, la levita de 40 duros, pagados ó no pagados al cabo de cuarenta meses, supone un hombre feliz por todos cuatro costados: esa misma levita, cuando pasa á los hombros del mayordomo, encubre á otro hombre dichoso, porque no comprende su desgracia: pero la levita á que me refiero, testigo acaso muchos años de la miseria de su dueño: la levita que encubre largos infortunios, inseparables de la honradez: esa levita que rechaza la limosna, que es necesaria para sostener acaso la pobre existencia de una familia entera, que inhabilita para una profesión mecánica aunque digna; esa levita que os roza en la calle, limpia, frecuente, cepillada de continuo; esa levita encierra frecuentemente una horrible historia, prolongados padecimientos, acaso el hambre y la desesperación.

Por eso respeto involuntariamente á la levita, cuya moda pasó: por eso la considero un obstáculo tradicional, y muchas veces la mortaja de un hombre.

Pero noto que me estravió de mi objeto: dos palabras y concluyo.

Cuando leáis en algún periódico de oposición que conviene allanar los obstáculos tradicionales, reios de sus frases: la que está llamada á esta empresa no es la política, ni habita en este mundo: la guardamos dentro del alma y se llama *la virtud*.

M. OSORIO Y BERNARD.

## ANIVERSARIO DE CERVANTES.

### LA FUGA DEL BAÑO.

#### I.

«Llega, llega, oscura noche,  
Mucho detienes tu paso:  
¡Ay, te olvidas que un minuto,  
Son siglos para un esclavo!»  
Así cantaba un cautivo  
Al son del grillo pesado,  
De Cheredin en el muelle  
De Argel, el astro mirando  
Que, entre pálidos fulgores,  
Camina lento á su ocaso,  
Y en magestad se sepulta  
Tras del abismo azulado.  
Vaga su mirada inquieta,  
Tiende receloso el paso;  
La vista del moro esquiva,  
La soledad vá buscando,  
En silencio repitiendo  
Al son del grillo pesado:  
«Llega, llega, oscura noche,  
Mucho detienes tu paso:  
Y no sabes que un minuto,  
Son siglos para un esclavo.»

#### II.

Media noche era por filo:  
Duerme en sueño reposado  
Sobre la frágil barquilla  
El pescador africano:  
Cruzando el temido mar  
En su galera el corsario:  
En pobre cama el labriego,  
En duro banco el forzado,  
En rico lecho mullido  
El insolente tirano  
Que de esclava favorita  
Goza inerte los encantos,  
Y tan solo vela el triste  
Que, el grueso hierro limado,  
Entre la vida y la muerte  
Camina con sobresalto,  
La vista lúgubre buyendo  
De las prisiones del Baño.  
No lejos de la Alcazaba  
Entre escombros hacinados  
De antiquísima mezquita,  
Do solo resuena el canto  
De la siniestra corneja  
Y el triste buho solitario,  
Detiéndose el fugitivo  
Y atento oído prestando,  
La tímida voz escucha  
Y el débil incierto paso,  
Que entre tinieblas espesas  
Revelan seres humanos.  
— ¡Saavedra! una voz murmura  
— ¡Omar! responde el esclavo,  
Y al punto de sus amigos  
Se ve estrechado en los brazos,  
— ¿Teneis valor?

A seguimos  
Miguel, dispuestos estamos,

— Pues á la mano de Dios,  
El cielo sea nuestro amparo.

#### III.

Ya atraviesan la alcazaba  
Y oscuros y estrechos barracas,  
Los caballeros cautivos  
Que Cervantes ha juntado,  
Navarrete, Castañeda,  
Osorio, Beltran del Salto,  
Francisco Meneses, Rios  
Y otros varios castellanos,  
Omar les sirve de guía,  
Omar, corso renegado,  
Que por la fe de Mahoma  
A Oran promete llevarlos.  
La senda reconociendo,  
Mas que los ojos, el tacto.  
Ganan puertas, fosos, muros,  
Cruzan vergeles cercanos,  
Y de la selva en lo espeso  
Veloces buscan resguardo:  
Que en tanto que no se alejan  
De los lugares poblados,  
Entre la muerte y la vida  
Los tristes van caminando.  
Ya la ansiada libertad  
Contemplan, y mudos cantos  
De acción de gracias elevan  
Al cielo justo apiadado.  
Mas, ay, que el pérfido Omar,  
Sus promesas olvidando,  
A la desdicha insensible,  
Y á las dádivas ingrato,  
Muda intento, tuerce el curso,  
Hacia Argel vuelve sus pasos,  
Y en noche oscura, sin norte,  
Por caminos desusados  
Les deja, espuestos á muerte  
Del hambre, sed y cansancio.  
Avanzar, es imposible,  
Retroceder, arriesgado.  
Terrible noche contemplan  
De desconsuelo y de llanto:  
Noche nuncio y precursora  
De día tristísimo, infausto.  
El angustiado cautivo  
Espera y teme los rayos  
Del nuevo sol, que al alzarse  
Su oriente será y su ocaso.  
Argel, que era su tormento,  
Es hora su estrella y faro,  
Y la prision maldecida  
La tabla de su naufragio.

#### IV.

Ya el nuevo sol se avecina,  
Ya de las aves el canto,  
Con los suspiros se mezclan  
De los perdidos esclavos.  
Los miracetes y muros  
De la ciudad, en lejano  
Horizonte se dibujan,  
Y el crepúsculo en los campos  
El hondo valle distingue  
De los montes y collados.  
La senda entonces divisan  
Que recorrieron ufanos;  
Agora fatal camino,  
Que á la muerte ha de llevarlos.  
Hidalgos son valerosos;  
Guerreros que han afrontado  
En cien combates la muerte;  
Mas, ¡morir como rebaños  
A manos del vil verdugo!  
¡Morir sin gloria ni lauro,  
El pecho noble intimidado  
De intrépidos castellanos!  
Cervantes solo confia  
Al miedo y pavor extraño.  
«Valor, amigos, exclama,  
Si hidalgos sois y cristianos,  
Vuestra esperanza en el cielo  
Anime los yertos ánimos.  
Para los grandes peligros  
Son los pechos esforzados.  
Muerte cierta nos espera  
Do quier el rumbo emprendamos,  
Si Argel es nuestro refugio,  
La dura ley de los hados  
Obedezcamos: ¡Seguidme!»  
Esto dijo, y firme el paso  
A la ciudad encamina,  
Los tormentos despreciando,  
Castigos duros previene  
El Rey á su intento osado.  
Los fuertes grillos se doblan,  
Que afligen al triste esclavo;  
Mas no desmaya su pecho  
En su estrella confiado,  
Que apenas en su horizonte  
Brilla de esperanza un rayo,

Probar fortuna pretende,  
Y el grillo romper pesado:  
Que al que aduermen las venturas,  
Las horas pasan cual rayo;  
Pero los breves minutos  
Son siglos para un esclavo.

NICOLÁS DIAZ BENJUMEA.

## RUINAS.

(CONCLUSION.)

Las gentes de la reunion se dispersaron, y don Braulio y doña Isabel acompañaron al loco á su casa, quien parecia haber vuelto á su sano juicio, tan pronto el aire frio de la noche pasó sobre su rostro. Su madre se diría que habia rejuvenecido, sentada al amor de un abundante fuego, y recibió á su hijo muy contenta, sin conocer en él ninguna señal de locura. Ni don Braulio ni doña Isabel se atrevieron tampoco á darle tan infausta nueva, llegando ellos mismos á creer que aquello no habria sido mas que un arrebato del momento.

Pero cuando doña Isabel, á la siguiente mañana, habia ya puesto el pié en el umbral de su puerta para ir á ver á su amigo, le vió pasar rápidamente ante ella hacia la carretera, en un estado de desorden difícil de describir. En vano le llamó á grandes voces, pues él no quiso oírlo, apresurando aun mas su carrera. Doña Isabel comprendió entonces que el mal de su amigo era incurable, y, sin valor para salir, volvió á entrar en su casa.

Estaba enferma, y no se habia apercibido de ello hasta aquel momento. La humedad que habia penetrado sus huesos el día anterior á causa del mal calzado y de la falta de su paraguas, unido á las emociones que habia experimentado, acabaron casi con sus fuerzas. A pesar de esto, no quiso acostarse; pero cuando don Braulio vino á visitarla, notó que tenia el rostro demudado, y llamó á un médico, quien declaró que la enferma estaba de peligro. Sin embargo, rehusó acostarse, segun se lo aconsejaban.

Hizo su tocado, como de costumbre, frió un huevo á Florindo, y despues se puso á la ventana mientras hacia calecta.

— Señora, ¿cómo está usted asi espuesta al viento que penetra por la ventana cuando detesta el frio?

— Rarezas de los viejos, contestó. Además, quiero ver si vuelve ese infeliz amigo nuestro. Y doña Isabel, contándole á don Braulio cómo habia visto desaparecer á Montenegro, se echó á llorar, pues profesaba al hidalgo un cariño casi maternal. Si no se lo habia dicho antes, fue porque casi temia hablar de aquel suceso, que le tenia traspasado el corazon.

Don Braulio quedó sorprendido; se fué al lado de la madre del infeliz hidalgo, que nada sabia de su nueva desgracia, y cuando á la caída de la tarde volvió á ver á doña Isabel, la halló todavía en el mismo lugar en donde la habia dejado.

— Aun no ha vuelto, le dijo al punto.

— Pero, señora, ese frio que está usted recibiendo en la ventana, va á hacer que su indisposicion se agrave. Retírese, y ya remediaremos lo demás. Mandé har á dos hombres en busca de esa pobre criatura, cuya desgracia deja un profundo vacío en mi corazon.

Un gran ruido de voces que se acercaba, interrumpió su diálogo, y bien pronto divisaron un grupo de gentes, entre el cual venia un hombre, cuyo paso era mas ligero que ninguno, y de un aspecto desolador.

Su ropa negra venia cubierta de lodo, sus cabellos en desorden, y los pies descalzados y ensangrentados.

Era Montenegro, el mismo que miró para la ventana sin conocer á sus amigos. La multitud le siguió gritando: — ¡Está loco! ¡Está loco! Y doña Isabel, tornándose pálida como la muerte, dijo á don Braulio:

— Amigo mio, vaya usted á atender á esa infeliz criatura... á mi me es imposible dar un paso.

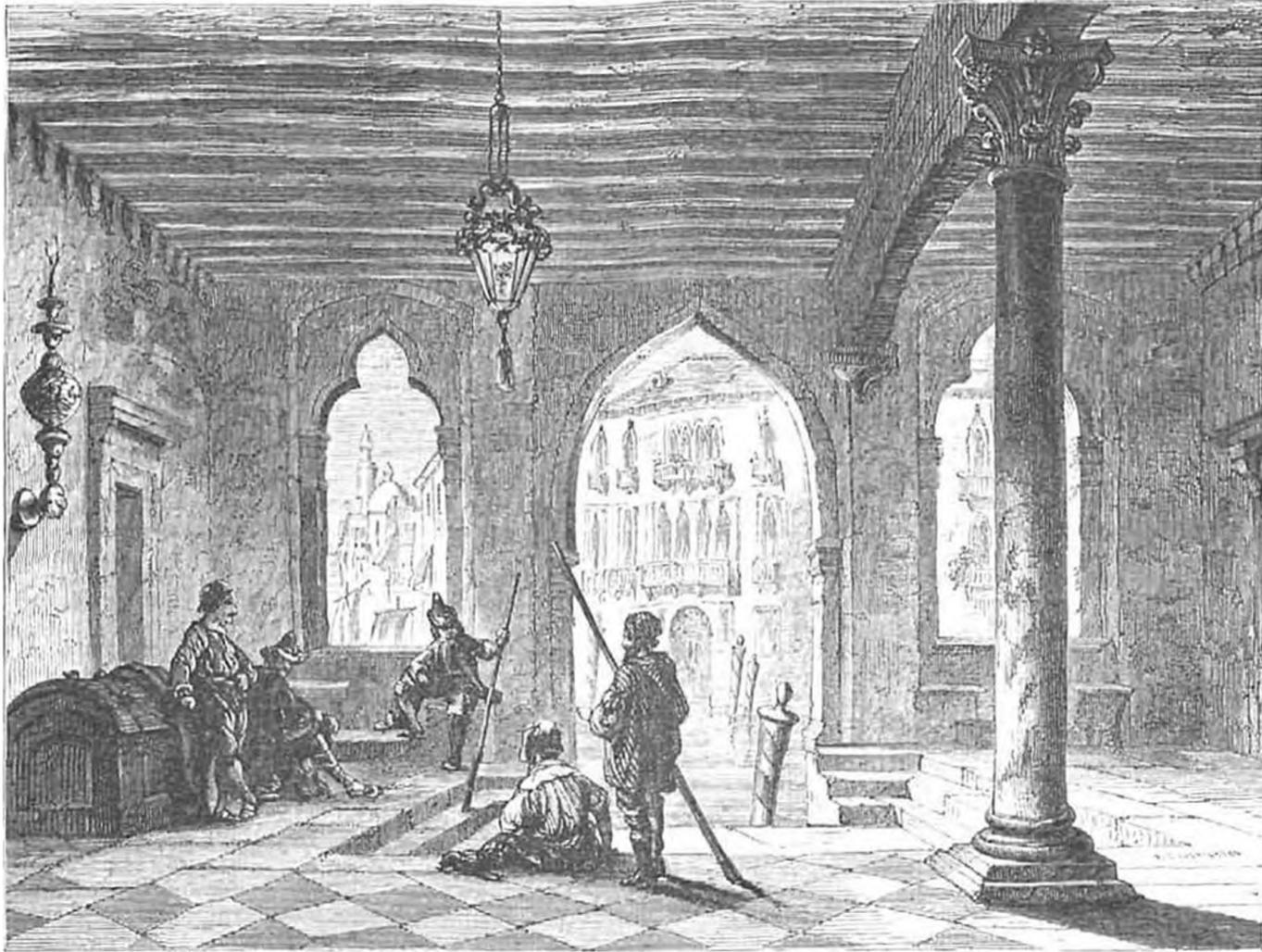
— Señora, le respondió el comerciante, nuestro desgraciado amigo ya no tiene remedio; pero usted está muy enferma, y no debo abandonarla antes de haberla auxiliado. No tome usted tan á pechos las cosas, que en este mundo ya es sabido que las felicidades son contadas.

— Don Braulio, no es solo este suceso el que me daña. Yo estaba mas vieja de lo que creia, y la mojadura de ayer habrá contribuido tambien á desmoronar por completo este edificio, ruinoso ya, á pesar de su apariencia fuerte todavía. Don Braulio, tráigame usted un confesor al momento, por lo que pueda ocurrir... Mi cabeza no está bien, y...

— Pero qué, señora, exclamó don Braulio con voz entrecortada; ¿iré á perder mis dos únicos amigos en un día?

— Francamente, mi buen don Braulio, me siento morir. ¡No sé qué noche cubra mi corazon!

— Señora, volvió á esclamar don Braulio, casi sin saber lo que decia. ¡No se muera usted, por el amor de Dios! Usted, á quien yo estimo y quiero como á una hermana... como á la señora mas cabal que haya nacido.



ATRIO DEL PALACIO FÓSCARI EN VENECIA.

modo, impidiendo que se estropease por los caminos, pues se despedazaba el cuerpo contra las paredes de su encierro, y maltrataba á quien intentaba detenerlo, no haciendo por el contrario mal alguno si le dejaban libre.

Un día le hallaron muerto en medio de un camino real, con los pies casi despedazados, el pecho hinchado y la boca llena de espumosa sangre. Una fuente, en la cual había apagado por última vez su sed mortal, murmuraba tranquilamente á algunos pasos, mientras zumbaban multitud de insectos en torno del abandonado cadáver. Ya no se hubiera reconocido en él al flaco y rubio caballero, que cuidaba tanto de sus cabellos y de su dorada barba: una y otro habían desaparecido.

Él había esparcido por los caminos aquellas galas, que le habían consolado en su indigencia, arrancándolas con sus propias manos, y diciendo que eran oro. Así, cuando veía algún pobre, cogía sin compasión un puñado de sus dorados cabellos, y se los arrojaba, diciendo: —¡Ahí tienes oro; sé feliz. La sajonesilla, mi amiga, me ha dado bastante para que pueda repartir con vosotros.

Generalmente, andaba diez y doce leguas por día; en cada fuente que encontraba al paso bebía siempre, y al pie de una fuente exhaló el último suspiro, después de haber andado por espacio de veinte horas sin parar. La muerte vino á ser el descanso de tan larga jornada.

La muñeca de ojitos de cristal y tinta de china se casó con otro hidalgo que solo lo era en nombre, y acostumbraba decir, do quiera se encontrase (como no fuese en su pueblo), que cierto noble caballero se había vuelto loco por ella.

Don Braulio no dió mas convites; pero hizo felices muchos desgraciados, entre ellos la madre de Montenegro, á quien nada le faltó en el resto de su vida.

Esta fue la única persona á quien visitó, en recuerdo de los dos únicos amigos que le habían sido fieles en el mundo. Hizo hasta el fin de sus días, que fueron largos, una guerra declarada á los tacaños y á los avaros, y antes de morir dejó escrito su epitafio, que decía así:

MALDIGO Á LOS LADRONES DEL PORRE QUE LLEGUEN Á PROFANAR MI TUMBA. AQUI REPOSA

EN HOMBRE QUE NO EN VANO HA ESPERADO EN DIOS.

Solo nos resta decir, que estos tres tipos que hemos descrito son verdaderos, y personas existen todavía que los han conocido. Nosotros no hemos tenido esa dicha; pero le conservaremos siempre un eterno recuerdo. Quizá con alguno de ellos no hagamos mas que cumplir en esto con un deber que nos imponen nuestros nobles y dignos antepasados.

ROSALIA CASTRO DE MURGUÍA.

GEROGLIFICO.



La solución de éste en el próximo número.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPÁR. IMPRENTA DE GASPÁR Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRÍNCIPE, 4.

—El Señor me llama.... acuérdesse usted de mí en sus oraciones, y también de que le he profesado mi mayor estimación. Usted merece la de todo el mundo.... ¡Y Florindo! pobrecillo... Ven aquí, animalito... Tu ama te va á dejar....

El animal saltó al regazo de la anciana y mahulló cariñosamente, mirándola con sus grandes ojazos, como si quisiese comprender lo que le decía. Pero doña Isabel, echándose de repente hacia atrás en su silla, exclamó con voz fuerte:

—¡Jesús... un confesor... Dios me val....

No acabó la última palabra, porque había muerto. Don Braulio, estupefacto y casi sin movimiento, la contemplaba mudo, sin creer en lo que veía, y así permaneció algún tiempo, mientras el gato, poniendo sus patas delanteras en el pecho de la que fuera su ama, mahullaba tristemente, oliéndole el rostro con inquietud.

Don Braulio, despertando al fin de su aturdimiento, salió á disponer un suntuoso entierro á su cariñosa amiga. Y cuando volvieron al lado del cadáver, vieron que el gato no la había abandonado. La anciana tenía razón. Aquel pobre animal siguió el cuerpo inanimado de su dueña hasta el cementerio, encontrándosele muerto al tercer día sobre un pañuelo de la difunta, en el pequeño cuarto en donde aquella había lanzado su último suspiro, mientras las bailadoras de wals decían al son de la música:

«Descanse en paz doña Isabel, pues que ya ha pasado el tiempo de los minuets.»

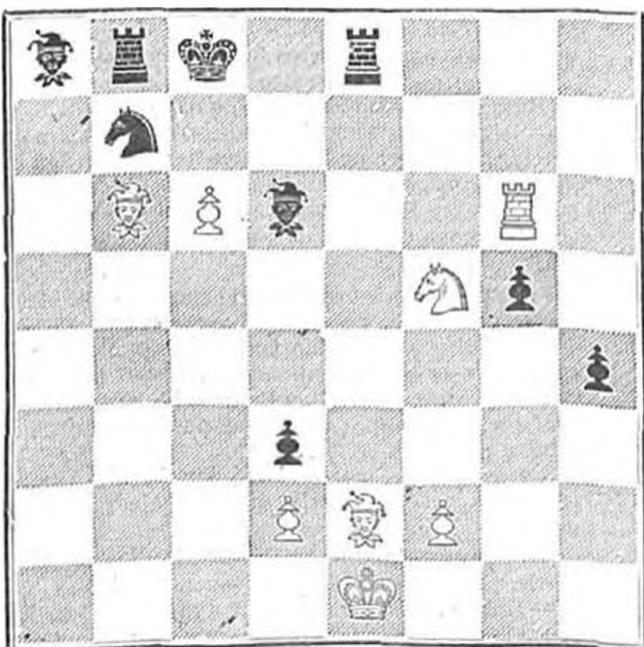
Montenegro anduvo errante largo tiempo de ciudad en ciudad, descalzo y desnudo, diciendo que iba á evacuar sus negocios, que pronto ganaría su pleito, y que necesitaba viajar de una parte en otra, para que sus defensores no se durmiesen. En vano el buen comerciante procuró encerrarle y mitigar su mal de este

JUEGO DEL AJEDREZ.

PROBLEMA NUM. 52.

POR DON M. FONTANA (DE LORCA.)

NEGROS.



BLANCOS.

LOS BLANCOS DAN MATE EN TRES JUGADAS.

SOLUCION DEL PROBLEMA NUM. 51.

- |                            |                     |
|----------------------------|---------------------|
| Blancos.                   | Negros.             |
| 1.º G 5 C D                | 1.º D 5 A D (A) (B) |
| 2.º D 2 F D                | 2.º T 1 C (1) (2)   |
| 3.º C 5 A D                | 3.º R 1 R           |
| 4.º R 2 T B jaq. mate. (1) | 4.º D 1 C           |
| 5.º D 1 D jaq.             | 5.º A 5 A D         |
| 1.º D 1 A jaq. mat. (2)    | 2.º T 1 T           |
| 3.º C 5 A D jaq. mat. (A)  | 1.º T 1 C           |
| 1.º .....                  | 2.º R 1 R           |
| 2.º G 5 A D jaq.           | (B)                 |
| 3.º D 8 C D jaq. mate.     | 1.º T 1 T           |
| 1.º .....                  | 1.º T 1 T           |
| 2.º G 5 A D jaq. mate.     |                     |

Soluciones exactas.—Café nuevo del Siglo: señores V. M. Carvajal, G. Dominguez, E. Castro, C. Valdespino, J. Iglesias, de Madrid.—M. Zamora, de Almería.

SOLUCION DEL PROBLEMA NUM. XXVI.

- |                             |            |
|-----------------------------|------------|
| 1.º G 5 C D jaq.            | 1.º R 1 R  |
| 2.º A 1 C                   | 2.º libre. |
| 3.º T 4 R ó 5 A R jaq. mat. |            |

Soluciones exactas.—Café nuevo del Siglo: señores B. García, J. González, J. Iglesias, J. Oller, de Madrid.—M. Zamora, de Almería.

PROBLEMA NUM. XXVII.—POR N.

- |          |         |
|----------|---------|
| Blancos. | Negros. |
| R 6 C R  | R 6 T R |
| D 6 C R  | T 4 R   |
| A 8 A D  | A 5 C D |
| C 6 C D  | P 2 R   |
| P 6 A D  | 5 D     |
| 5 e D    | 2 A D   |
| 3 D      | 6 T D   |
| 4 C R    |         |
| 5 T R    |         |

Los blancos dan mate en cuatro jugadas.

galicia



**GALICIANA**  
BIBLIOTECA DIXITAL DE GALICIA



Xacobeo 2021



**XUNTA  
DE GALICIA**